

15 DE SEPTIEMBRE

1906

Revista

Contemporánea

DIRECTOR Y PROPIETARIO

D. JOSÉ DE CARDENAS

Senador del Reino y Consejero de Instrucción pública.

REDACTOR JEFE

D. JUAN ORTEGA RUBIO

Catedrático de la Universidad Central.

SUMARIO

	<u>Páginas.</u>
Estudios históricos, por Antonio Balbín de Unquera	257
Novelistas españoles: Vicente Blaseo Ibáñez (continuación), por Andrés González-Blanco	275
De la evolución de la familia, por Damian Isern ...	303
Los insectos, por A. de Segovia y Corrales	317
Musicalerías, por José Subirá	345
Sonetos, por Enrique Prúgent	355
El colectivismo (continuación), por Manuel Gil Maestre	363
Boletín bibliográfico, por A. Balbín de Unquera , por Leocadio López , por P. A. y por José Subirá ..	373

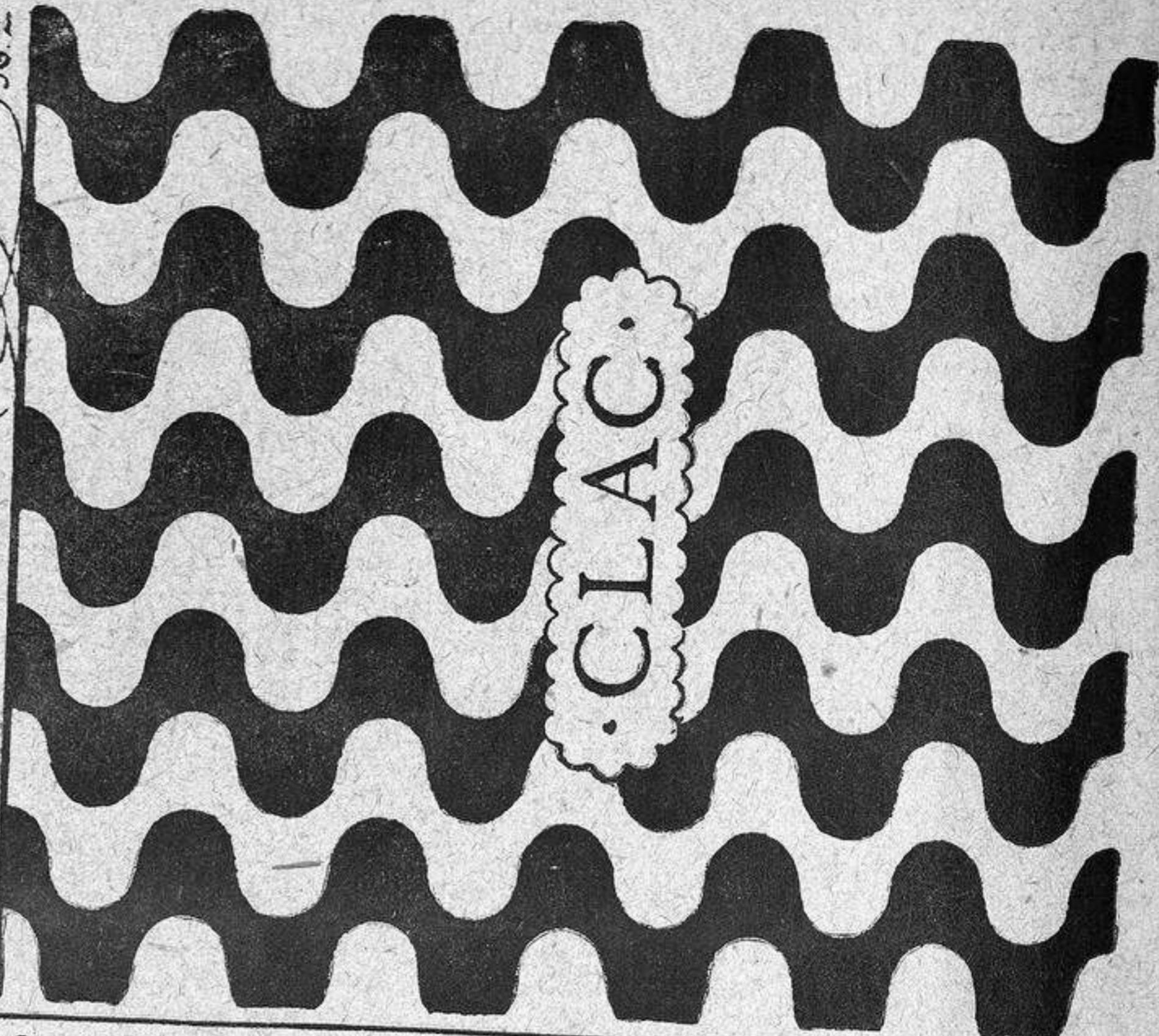
Toda la correspondencia á la Administración: Pizarro, núm. 17, pral.
MADRID



"FUMEURS"

Si vous voulez fumer avec plaisir
essayez le "Papier Clac" Exigez l'amar-
que et la signature du seul fabricant.

Compagnie
No. 2



CLAC

PASTILLAS BONALD Las mejores que se conocen
para las enfermedades de la boca y garganta.
Núñez de Arce, 17 (antes Gorguera).

PÍLDORAS Y UNGÜENTO
DE
HOLLOWAY.

JUSTAMENTE RENOMBRADOS.

**LAS
PÍLDORAS**

purifican la sangre, corri-
gen todos los desórdenes
del hígado, del estómago,
de los riñones e in-
testinos y son de un valor
inapreciable en todos los
desórdenes que afligen
al sexo femenino y á los
niños.



**EL
UNGÜENTO**

es el solo remedio seguro
para males de piernas,
llagas, úlceras y heridas
inveteradas. Para la cura-
cion de bronquitis, males
de garganta, toses, resfri-
ados, gota, reumatismo,
hinchazones glandulares y
todas las enfermedades de
la piel no tiene igual.

Elaborados solamente en el 78, New Oxford Street, London.
Y vendidos por todas boticarios del mundo entero.

ESTUDIOS HISTÓRICOS

I

La monarquía en Roma.



Desde principios del último siglo se ha obrado una completa transformación en la manera de estudiar la historia romana, especialmente la del primer período. Niebuhr y Mommsen han sido los que se han puesto al frente de la nueva escuela y, aunque concediéramos que se han dejado llevar en alguna parte del espíritu sistemático, es imposible desconocer que han hecho legítima aplicación del método de las hipótesis, únicamente admisible en historia cuando se apoya en muy fuertes y muy significativos indicios. De todas suertes, la base de operaciones, por así decirlo, es la narración clásica, de que debemos dar cuenta. Quizá el único de los historiadores antiguos que intentó profundizar en los asuntos del origen y procedencia romana fué Salustio en los capítulos iniciales de la *Guerra catilinaria*, y aun éstos se reputan deficientes por la moderna crítica. Dionisio de Halicarnaso no escasea las fábulas y Tito Livio, aun sin creer mucho en ellas, las menciona al lado de los más estupendos prodigios, echando así una semilla que, en tierra fértil, produjo multitud de leyendas que difícilmente podrán sostenerse ante la seriedad y verdad de la historia.

Salustio habla de los orígenes, añadiendo *sicut ego accepí*, y no dice de dónde tomó las noticias que transmite á la posteridad; verdad es que los antiguos eran por lo general enemigos de citas, y si las hacían, jamás las prodigaban, y el estilo literario predominaba en ellos más que la sagacidad y penetración del crítico. Los estudios sobre las primitivas razas de Italia ó las emigradas que primero se establecieron

en ella son modernos, y transcurrieron muchos siglos antes que Micali escribiese su magistral obra *L'Italia avanti il dominio dei romani*. El mismo parentesco entre griegos y latinos era desconocido, y en vez de él se creía en el de las razas del Asia Menor, donde estuviera situada Troya. La federación de todos los pueblos del Lacio, tan bien demostrada por Mommsen, era también desconocida; la *guerra social*, después de muchos siglos de república, es una prueba de que sus vínculos jamás habían sido muy fuertes, ó de que, en otro caso, la absorbente autoridad de los *quirites* los había quebrantado. En la religión, costumbres y lengua del Lacio predominaba el factor griego. El etrusco, el sabino y otros aparecen, pero son sofocados por el genio de Albay, de Roma, y el hallazgo de la *cabeza* que dió nombre al Capitolio en tiempo de Rómulo y el de los libros de las Sibilas indica que la ciudad, pretendido refugio de malhechores, en la que no había otras mujeres que las robadas, nacía imponiéndose y mandando á todas las circunvecinas.

La descendencia de Rómulo es seguramente una fábula y su disensión tan poco fraternal con Remo no es muy creíble. Roma quería á toda costa descender de los dioses y de aquí el juicio de Rhea Silvia y de Lupa, tan querido de los romanos. Las aventuras de Caco y Hércules son plenamente mitológicas, como el asilo de Saturno y la hospitalidad dispensada por Jano. La muerte ó desaparición de Rómulo otra fábula, necesaria, sin embargo, para transformarle en Quirino. Pero puede ser cierta la alianza con Tacio, rey de los sabinos, aunque entonces no se explica la falta de las mujeres y por consiguiente de familias, la división del pueblo en tribus *rhamnenses*, *tacienses* y *lúceres* y acaso la famosa traición de Tarpeya.

La historia de Numa es más fabulosa todavía. Un rey hierático místico y con sus puntas y ribetes de engañador, aunque fuese para bien del pueblo, no se concibe bien en aquellos agitados tiempos. La ninfa *Egeria* es un mito, opuesto al de Tarpeya, pero, á los ojos de la fría razón, menos sostenible. Y tan conseja como éste, el de la compra, destrucción de unos libros de las Sibilas y conservación de los restantes.

Pero tiene visos de cierta la introducción de los elementos etrusco y sabino.

A otro rey, Anco Marcio, se atribuyen obras públicas de consideración: éstas son monumentos que duran; pero también acerca de ellos suelen equivocarse los pueblos. Acueductos hay romanos que el pueblo atribuye á los moros, ya que no á diabólicas influencias.

Tulo Hostilio es un monarca guerrero más explicable en aquella época. El pueblo romano comenzaba su tarea devastadora de los demás y la comenzaba gloriosamente. Guerras pequeñas, como las de las repúblicas de América en nuestros días, ó *razzias*, como las de beduínos y berberiscos, de resultados lentos, pero definitivos y seguros, con las que se formaba el espíritu patrio y militar, lo mismo en el pueblo que en sus caudillos.

Tarquino I, ó Prisco y su esposa Tanaquil, representan un elemento extraño al Lacio, como el de Numa Pompilio y Anco Marcio, y pueden ser la personificación del mismo. Cicerón decía que el fondo de la religión romana era más bien etrusco que griego. Aun conservando los nombres de los dioses helénicos, dábales otro carácter; la liturgia, los agüeros, los sacrificios también se parecían más á las costumbres autóctonas que á las griegas.

Servio Tulio es, á ser cierto lo que de él se dice, uno de los hombres que más se adelantaron á su época. Acogido por Tarquino, su educación y niñez fueron acompañadas de prodigios; su gobierno, al parecer, inmejorable; su llaneza y modestia, extraordinarias, y parece más inclinado á la democracia que á la monarquía. La división del pueblo en clases y el Censo, que deben ser ciertos, obra maestra de política. Ese espíritu democrático no podía ser compartido por el segundo Tarquino, ó el Soberbio, ni por su orgullosa mujer, que en la *via llamada* por este horrible crimen *Scelerata* se atrevió á guiar su carruaje pasando sobre las cenizas del padre, y preludiando una época de verdadero despotismo.

Se ha dicho que la duración de eras de dos siglos que á la monarquía se atribuye la hace inverosímil. No es éste, á la verdad, el principal motivo para dudar de la historia de la



monarquía, porque en el mismo lapso de tiempo se cuenta igual número de monarcas, aun en la historia moderna. De Maistre ha tratado este punto magistralmente y Le Bas lo ha discutido en su *Historia romana*. El fundamento de las dudas es la incertidumbre de las tradiciones y el cúmulo de leyendas que se han forjado acerca de aquellos acontecimientos.

La misma destrucción de la monarquía no está exenta de esa falta. Cuando Tarquino el Joven estaba sitiando una ciudad, trabóse entre él y los suyos una conversación de campamento ó de cuerpo de guardia, en que se habló de la virtud de las matronas romanas y en especial de la de Lucrecia, esposa de Tarquino Colatino. El joven hijo del rey salió de noche y á escondidas llegó á Roma y pretendió seducir á la casta esposa, venciendo su pudor por la fuerza, y ésta, vencida, pero no corrompida, se dió muerte, concitando las iras del pueblo romano. ¿Es cierta esta historia? ¿Lo es, por ventura, la del rey D. Rodrigo y la Cava? Ambas son de la misma especie. Es lo cierto que no podían sufrir los romanos el despotismo del rey, que ya se anunciaba también en la conducta del príncipe. De aquí el odio del pueblo al nombre de rey más que á la institución en su fondo, y tanto que el nombre, proscrito en la política, se conservó en la liturgia con el nombre de *rex sacrificulus*. Cuando se restauró la monarquía, llamándola *imperio*, éste no fué más que la reunión de todas las magistraturas populares.

La monarquía en Roma era electiva, pues entre los seis reyes no hubo uno que fuese hijo del otro, y entre ambos, cuando vacaba la corona, se nombraba un magistrado con el nombre de *interrex*, y de aquí el nombre, que todavía se conserva, de interregno. La potestad real distaba mucho de ser absoluta, á pesar de que el jurisconsulto que trazó el título *De origine juris* en el *Digesto* dice de aquella época: *Omnia regis manu gubernabantur*, y sabido es que la palabra latina *manus* significaba potestad é imperio.

Que en Roma había tradiciones monárquicas y populares y que la opinión se hallaba dividida se prueba con las tentativas de restauración en los primeros tiempos de la repú-

blica, en las que acabó por triunfar el pueblo. Las tendencias democráticas se significan por los respetos tributados al pueblo por el cónsul Valerio Publicola y el célebre juicio de Bruto condenando á muerte á sus hijos por conjurarse en favor de la restauración monárquica, *eminente animo passio*, como dice un historiador, *inter publicæ pœnæ ministerium*.

La magistratura consular, que sucedió á la monárquica, difería de ésta en el número de magistrados, que en vez de uno eran dos; en el nombre, á *consulando*, que no indicaba poder como el de los reyes ($\mu\acute{o}\nu\acute{o}\varsigma$, $\alpha\rho\chi\upsilon$), y en la duración del cargo. También difería en que la magistratura monárquica era civil y militar, y los cónsules se dividían el mando generalmente, asumiendo uno el poder civil y otro la dirección del ejército.

La enseñanza que nos da esta historia es que los pueblos se atienen más á los nombres que á la esencia de las cosas y se dejan llevar de la imitación de sus vecinos. Los pueblos etruscos y otros comarcanos de Roma conservaron la monarquía; pero en tiempos de la *guerra social*, ya los vemos regidos por repúblicas, como el pueblo romano, su enemigo.

II

Geografía é historia de España.

La geografía tiene íntimas relaciones con la historia, lo mismo que la cronología, supuesto que aquélla nos proporciona saber el *ubi* y ésta el *quando* de los acontecimientos. Por eso las grandes divisiones de la historia son la geográfica y la cronológica. Aquélla, en el sistema planteado por el alemán Herder, se ha convertido en base de una muy ingeniosa geografía de la historia, y también fué utilizada por Montesquieu para las más extensas aplicaciones al derecho y á las ciencias morales y políticas.

En España, como en todas las naciones, tal relación es un hecho no interrumpido. Por lo que sabemos de la primitiva, se conoce que nuestro territorio estaba dividido en multitud



de tribus diferentes y desunidas, de modo que el nombre español sólo podía designar unidad geográfica á la manera del italiano y el alemán hasta época muy reciente. Así nos presenta el historiador latino Floro, español por más señas, el aspecto político de nuestro país. Ni la invasión griega, ni la fenicia, ni la cartaginesa borraron este carácter de nuestra población; únicamente los romanos. con su yugo de hierro y su plan de centralización política, no administrativa, modificaron esta manera de ser, en España característica. El Ebro fué para ellos línea divisoria entre pueblos completamente latinizados y los que, siempre indómitos, conservaban tenazmente su fisonomía y organización primitivas. De ahí la división en provincias senatoriales é imperiales, aquéllas más romanizadas, éstas más independientes y en perpetuo estado de guerra. Otro tanto acontecía en las Galias, donde los países más reducidos y sujetos tomaron el nombre de *provincia*, que luego se convirtió en Provenza.

En cuanto España cambiaba de señores, volvía á su inclinación, al aislamiento. Después de la invasión de los bárbaros adopta unidad más fuerte que en tiempo de los romanos; pero subsisten la raza vencedora y la vencida que no pudieron completamente fundirse, á pesar de la ley, que permitió los matrimonios entre godos é hispano-romanos. Y como aquella unidad era reciente y además no muy consolidada, tornó á deshacerse con la invasión agarena.

La tendencia separatista del país se había marcado en la resistencia y destrucción de Numancia y en Viriato, y hasta había contagiado al romano Sertorio, habilísimo político, al que no habíanse ocultado los sentimientos del país. Sus tentativas para hacer de España otra Roma probablemente habrían fracasado; pero limitadas á oponerse á los vencedores, ciñeron su frente de lauros y fué preciso que la traición viniese á cortar sus proyectos con su gloriosa vida.

Los suevos, estableciendo en Galicia un trono, dieron el primer indicio de la futura separación de Portugal y entre los godos representaron las tendencias á la unidad Eurico, Wamba, Chindasvinto y sobre todo Leovigildo. No hizo poco Recaredo con el vínculo de la religión, único tal vez

fuerte que habría de existir para la restauración española.

Son notables en la época fenicia y cartaginesa Malaca, Barcelona, Cádiz y Cartagena. En la romana, Tarragona, Mérida, Hispalis; en la visigoda, Toledo, Narbona, Arlés, Nîmes, porque la España política había salvado las dos barreras del Piríneo al Norte y del Estrecho al Sur. Muchas y notables batallas se dieron en tales épocas; la de Munda decidió, como después la de Accio, de la suerte del mundo conocido, que era el romano. Los sitios de Numancia, Sagunto y Cartagena fueron de los más célebres que en la historia se registran.

La batalla de Guadalete era natural que se diese en el Mediodía, pues por allí anunciaron su aparición los agarenos, desde los días de Wamba, que del África venían. El reino de Orihuela, fundado por Teodomiro, el de Asturias por D. Pelayo y la monarquía pirenaica, de tan incierta historia en sus principios, son nuevas pruebas de que la tendencia al aislamiento y á la vida regional convenientemente organizada no se olvidaba jamás en la raza española. Por ello los romanos habían tenido que aumentar el número de las provincias, Wamba que hacer la división de las diócesis y Chindasvinto que forzar la máquina para establecer la unidad allí donde el espíritu regional tenía tan vitales y fuertes fundamentos.

Los árabes, que no dejaban de ser políticos hábiles, habían impuesto por la guerra la unidad; pero ésta no dejaba de ser grata á los españoles, porque nada tiene de nivel la cimitarra, y además la diferencia de religión era un valladar que no podían salvar ni querían. Lo que en un tiempo Numancia, en otro Cartagena, en otro Lancia y Orihuela, fué Asturias por una parte y por otra San Juan de la Peña. Hasta Cataluña buscó el imperio francés para librarse de los invasores. Al núcleo de la formación española reuniéronse tierras y más tierras; los acogidos en las breñas descendieron al llano y allí, por decirlo así, hiciéronse á modo de montes artificiales, los castillos, de los que tomó su nombre Castilla. España tuvo del feudalismo lo bastante para halagar sus sentimientos de independendencia y poco para quebrantar el vínculo na-

cional que se proponía reanudar después de la invasión sarracena. Nombrar las ciudades y lugares célebres de la guerra de reconquista sería empresa imposible; todos los territorios se empaparon en sangre generosa; en todos se cosecharon laureles y en no pocos mordieron el polvo los héroes que nos reprodujeron la nacionalidad perdida.

Los árabes estuvieron poco tiempo con la poderosa unidad de la primitiva época; la dependencia del califato de Damasco no podía ser muy duradera; tendencia á la unidad se ve en los califas de Córdoba; pero existían luchando y sobreponiéndose alternativamente unos á otros los árabes y los berberiscos. El amor á la tierra natal conservó entre los moros á los muzárabes y entre los cristianos á los mudéjares, y la convivencia en un mismo país trajo con el tiempo cierta conciliación y amistad y copia de costumbres é instituciones entre los vencedores y los vencidos, formándose, aun por el mismo vínculo del matrimonio y á pesar de las leyes, una raza mixta.

La proximidad al África era causa de que se renovasen las invasiones sarracenas, como las de almohades y almoravides. Los cristianos tenían en su tierra el punto de apoyo, y los mahometanos fuera. Por eso, aun en los últimos desesperados esfuerzos de los amotinados en las Alpujarras se buscaban socorros en África y en Turquía.

Fué necesaria y conveniente la división de España en reinos, para oponer por todas partes enemigos á las morismas. Separados, vencían á los moros en el propio territorio que ellos habían reconquistado; unidos, en Calatañazor, en las Navas de Tolosa, en el Salado oponían temibles trincheras á los enemigos de su fe y creencias. Algaradas hacían unos y otros con ejércitos valientes, aunque allegadizos. Las tomas de Toledo, Jaén, Córdoba y Sevilla, la de Huesca y Zaragoza, la de Oporto y Lisboa no podían menos de producir á la larga la expulsión de los agarenos. Y á la larga, decimos, porque los cristianos se desunieron á las veces y pagaron siglos enteros la pena de esa desunión, que era como el pecado original de la raza española.

Hay una invasión parecida á la de España, y es la de los

tártaros en Rusia, donde también existió un núcleo para la resistencia y repúblicas ó monarquías que representaron para la expulsión de los bárbaros análogo papel al de nuestros reinos.

La expansión española por Europa se debió á Aragón, porque florecieron antes que los castellanos su comercio y marina. Ninguna ciudad castellana adquirió tan pronto la preponderancia de Barcelona; Aragón sin Cataluña y las Baleares hubiera tardado en constituirse y engrandecerse tanto como Castilla.

Las negociaciones diplomáticas entre Luis XII y Fernando V vinieron á trabar nuestra expansión por Francia; y el descubrimiento de América nos abrió un Nuevo Mundo, en que recogimos más glorias que utilidad definitiva. El inconveniente de este descubrimiento y colonización fué principalmente el desviarnos del África, por donde, en representación nuestra y por cuenta propia y á costa de no pocos sacrificios, se extendió Portugal, que todavía conserva hoy sus posesiones en aquel continente, cuando hemos perdido las nuestras.

Para nuevas expansiones y á pesar del triunfo de Lepanto, nos faltó marina; las posesiones de Europa, separadas de la metrópoli y entre enemigos que cada vez se iban haciendo más poderosos, no podían fácilmente conservarse. Nos habíamos colocado á manera del filósofo Caleno, de quien habla Quinto Curcio en su historia de Alejandro. Cuando poníamos la planta en un paraje, levantábase otro, á cuyo levantamiento, por multitud de razones, no podíamos acudir con la prontitud, fuerza y eficacia que para el buen resultado de la empresa hubieran sido imprescindibles.

Á pesar de todo, revivieron en el continente americano los nombres de las grandes ciudades de España, y habiendo sido los primeros que con Sebastián Elcano dimos la vuelta al mundo, nos deben la geografía y las ciencias el más valioso y merecido tributo de respeto, al que también, por el arrojo é intrepidez de nuestros marinos, debe asociarse el mundo marítimo, ó sea la Oceanía. De suerte que sentimos

siempre el influjo del elemento geográfico; pero lo modificamos y nos aprovechamos de él para nuestra historia acaso más que ninguna otra potencia europea.

III

Pipino el Breve. — Los lombardos. — El poder temporal de los Papas.

La historia de Francia, en el tiempo que vamos á recorrer, comprende uno de los períodos más importantes para Europa y sirve de punto de enlace entre los fastos religiosos y profanos y entre las historias de Francia, Italia y Alemania. Es como un puente entre las monarquías de los bárbaros y las cultas, y por estos conceptos merece la particular atención que le han prestado los cronistas. No abundan de historiadores estos tiempos y los que se conocen son generalmente eclesiásticos, que dedican más solicitud á las cosas de la Iglesia que á las del Estado y siembran de leyendas sus narraciones.

La primera dinastía en la historia francesa es la de los Merovingios. Los francos, así *Salios* como *Ripuarios*, tenían una monarquía en que el rey era, como en todos los pueblos bárbaros, *primus inter pares*. Una vez convertidos al cristianismo por la devoción de Clotilde y el voto de Clodoveo, los obispos figuraron en primer lugar en el gobierno, y por eso se ha dicho que la nación francesa ha sido hecha y organizada por los prelados. Los reyes, sin embargo, frecuentemente se enlazaban con el pueblo, como demuestra con muchos ejemplos el célebre historiador Thierry (*Dix ans de l'histoire de France. Lettres sur l'histoire de France*), y siguiendo las viejas costumbres bárbaras, que no nos atrevemos á llamar germánicas, porque había pueblos que no eran de tal estirpe y tenían iguales usos, trataban en los *campos de Marzo* de las cosas menos importantes con los principales, según dice Tácito, y de las más importantes con todos los guerreros, *De minoribus rebus Principes consultant; de majo-*

ribus omnes. Pero estos reyes en general valieron poco; cuasan horror las páginas de San Gregorio de Tours hablando de los hijos y la mayor parte de los sucesores de Clodoveo, y los últimos soberanos de esta serie llevaron bien ganado el título de holgazanes ó *faineants*, con que por vía de vergonzoso estigma se les conoce en la historia. Algunos se dejaron guiar por monjes y obispos, que valían tanto como San Lupo de Troyes, el que detuvo en Francia á los *hunos* de Atila, como el papa San León en Roma, ó por hombres de Estado, que á la vez eran grandes artistas, como San Eloy de Noyon; pero los más entregaban su autoridad á los mayordomos de palacio (*maires du palais*) y éstos eran los que continuaban la historia de Francia.

Carlos Martell (*martellus-marteau*) defendió la nación y salvó á Francia de la invasión agarena, venciendo en Poitiers á los moros que alla fueron después de haber sojuzgado toda España, salvo Asturias y las gargantas del Pirineo; mas á pesar de esto, el vencedor tuvo que luchar con el clero, porque no se plegaba á todas sus imposiciones. Cuanto más crecía la autoridad de los mayordomos de palacio, más disminuía y se desprestigiaba la de los reyes; pero aquéllos eran tan hábiles que, con tal de conservar su poder de validos, sostenían el trono Pipino el Breve, sin embargo, ensayó otro método: era partidario del hecho sobre el derecho, y no estaba desprovisto de ambición ni de fuerza; por eso, en realidad, la época ignominiosa de los Dagobertos y Childebertos concluyó y se deshizo bajo los rayos de aquel sol naciente, y comenzó la dinastía de los *Carlovingios*, que, si bien duró poco tiempo en su esplendor, lo tuvo muy grande y trazó para el país anales muy gloriosos.

Los *maires*, y como ellos Pipino, consagraban su atención á la política interior y no descuidaban la del extranjero, y á veces unos reyes en Francia consideraban como tales á otros que en el mismo país residían y eran sus deudos. Luchaban también los *maires* de un reino contra los de otros, quedando la victoria por el más hábil ó el más fuerte; los obispos eran, como Pretextato, sacrificados al pie de los altares, y la mayor confusión reinaba en todo cuando los validos

no hacían uso de aquellas facultades que, bien ó mal, se habían arrogado. Ganaba el trono al que se atribuían los buenos resultados, y el pueblo no perdía; consideración que ha de tenerse muy presente para apreciar las ventajas del cambio de dinastía, que para Francia fueron reales y efectivas y se extendieron por Europa.

Pipino era guerrero además de político y, lo que es más, afortunado en sus empresas; su poder era tal que pudo constituirse en protector de la Iglesia, ganando con ello la voluntad de los obispos y aun la del pueblo. Italia gustaba ya los frutos de la caída y destrucción del Imperio romano. Pueblos bárbaros la habían invadido: hérulos, ostrogodos, lombardos, preludiando la invasión de los sarracenos, de que tampoco pudo librarse, particularmente en Sicilia y otras islas y en las costas de la península. Existía un imperio que se llamaba romano, siendo griego; santo, y cuando más trataba de religión, caía de lo herético en lo cismático. El exarca había representado en Italia al emperador de Oriente, y los exarcas desde Rávena querían mandar á los papas de Roma, á la manera que, andando el tiempo, intentarían los alemanes sujetarlos á su yugo. Pero el emperador estaba lejos y cerca los papas, que defendían siempre los fueros del pueblo y de la gente italiana. Otros poderes adquirieron influencia después de ser y manifestarse fuertes; la influencia moral fué necesario antecedente de la material de los papas.

Los ostrogodos habían tenido una época de esplendor, á guisa de nuestros visigodos; Teodorico se había engalanado con el título de rey de Italia, que debía ser tan raro en la historia. Amalasunta había tenido que oponerse á los guerreros con motivo de la educación de su hijo; Boecio y Casiodoro habían ilustrado una monarquía bárbara con los rayos próximos á extinguirse de la civilización romana. Boecio había escrito aquel célebre libro *De consolatione*, que fué el más leído en la Edad Media, hasta que apareció la *Imitación de Cristo*, y el polígrafo Casiodoro era una especie de enciclopedista de la época, émulo de la gloria del anterior personaje. Un tiempo hubo en que los ostrogodos adquirieron preponderancia sobre nuestros visigodos, y algunos cuentan al

citado Teodorico, en concepto de tutor de su nieto, en el número de los reyes de España.

Un pueblo más feroz y menos culto que los ostrogodos, los lombardos, se apoderó de Italia, poniendo su capital en Pavía, como los griegos en Rávena y en Roma los papas. Alboino traía toda la rusticidad de los primeros invasores, y bebía los vinos de Italia en los cráneos de sus enemigos, que le servían de copas. Suavizáronse luego las costumbres de aquellos bárbaros, convirtiéronse como todos del arrianismo al catolicismo, fundaron iglesias, veneraron reliquias de santos, practicaron devociones, y Teodolinda, cual otra Amalassunta en su manera de proceder y de civilizar á su pueblo, mereció los elogios de los papas. Decayó, sin embargo, aquel pueblo, las flores de su civilización no pararon en frutos, la ley personal y las costumbres más suaves no produjeron la revolución que algunos esperaban, y hacia los tiempos en que se ocupa este nuestro punto de vista cayeron en decadencia los *lombardos* ó *lombardos*. Oprimidos los pueblos acudieron á los papas; humillados y vejados, éstos buscaron, no en Italia ni en Oriente quien pudiese acudir á su auxilio, sino en la Francia de Pipino, y de aquí el principio del engrandecimiento de la dinastía Carlovingia, y simultáneamente el del poder temporal de los sucesores de San Pedro.

Por mucho tiempo se sostuvo que San Silvestre había recibido de Constantino el poder temporal de Roma y que no habiendo sino en esta ciudad dos potestades supremas, temporal y espiritual—cupieron antes mucho tiempo y caben ahora,—Constantino fué á Oriente, hizo de Bizancio Constantinopla, y sin llamarse rey, fué desde entonces San Silvestre dueño de Roma. No es exacto; Diocleciano dejaba á Roma por Nicomedia, y no sería por dejársela á los papas. El imperio romano habíese extendido mucho por el Oriente y era preciso defenderlo por aquella parte. Mas esto no quiere decir que no ejercían los papas verdadera y creciente influencia, y que no buscasen su apoyo, muy grande ya, los nuevos poderes que en la cristiandad se levantaban.

Pedido por el papa San Zacarias el apoyo de Pipino, los papas llegaron á dejar á Roma por viajar á Francia, en bus-

ca de protección. Pipino se lo concedió, combatiendo y venciendo á los lombardos. El poder temporal no se debió á Constantino, ni del todo y definitivamente á Pipino el Breve, porque su duradero establecimiento data de las concesiones del hijo de aquel, Carlomagno. Dicese que el *maître du palais* consultó á la Santa Sede á quién debía pertenecer la potestad suprema, al que la tenía de derecho, ó al que de hecho la ejercía, y que la Santa Sede contestó que á los últimos. Lo cierto es que el último de los *faineants* desapareció entre su nulidad y las tinieblas del claustro, y aquella dinastía, cuyo solar aún se conoce en territorio hoy belga, se colocó á la cabeza de todas las de Europa.

IV

El cisma de Aviñón ó el cisma de Occidente.

La túnica inconsútil de Jesucristo, que es como la Iglesia, ha sido varias veces desgarrada por la maldad de los hombres. Las herejías atacan el dogma y los cismas rompen la subordinación debida, y como el abismo al abismo llámanse mutuamente, de tal suerte que pocas veces se ven separados, y es natural y está dentro de la lógica del mal; porque hay que proscribir la herejía, y el disidente se subleva contra la autoridad de quien le ha condenado. Ya dijo San Pablo: *oportet hæreses esse*, y por muchos pasó la Iglesia de Jesucristo desde sus días primeros. El cisma de Focio en el siglo IX había separado del catolicismo precisamente los países en que primero fué propagado; pero estaba reservado á posteriores tiempos ver otro no menos sensible, aunque menos duradero, cual fué el de Aviñón, que destrozó en lo religioso el Occidente, como aquél había hecho con las regiones orientales. El espíritu metafísico de Oriente, las sinrazones de los emperadores en materias eclesiásticas habían producido el primero, y el espíritu feudal y las luchas entre las dos potestades prepararon y perpetraron el segundo.

Conocido es el reinado de Felipe *el Hermoso*, rey avaro,

de más ambición que recursos, que tropezó con el carácter fuerte y decidido de Bonifacio VIII. La manopla de Guillermo de Negaret, la codicia de los colonos, los atropellos de los señores feudales, que vendían protección y realmente esclavizaban á la Iglesia, no podían hacer que el poder temporal se sobrepusiese impunemente al que tiene su asiento y su jurisdicción en las almas. Faltaba al primero arrancar violentamente de Roma la silla de San Pedro, creyendo que al sacar de allí á los papas los tendría enteramente á su devoción, y la nación francesa, protectora de todos los díscolos, como quiera que se llamasen, se haría árbitra de los destinos del mundo.

Clemente V convoca el Concilio de Viena y queda suprimida la orden de los Templarios. La culpabilidad de los mismos es todavía un problema histórico; pero, sea lo que se quiera, su condenación es una prueba de la influencia de los reyes franceses, que á la sazón querían dominar en la Iglesia, como habían comenzado á someter á los señores feudales. Y lo primero era tan fatal para los pueblos como conveniente y saludable lo segundo.

Benedicto XI, que reinó desde 1303 á 1304, estuvo sujeto al rey é hizo lo que éste deseaba. La traslación de la Silla á Aviñón fué una prueba de la victoria del poder temporal sobre la Iglesia en una época en que á un ánimo lleno de altivez se oponían los excesivamente apocados; así es que Aviñón fué residencia de los papas desde el año 1309 hasta el 1379, y esta época se denomina *cautiverio*, á imitación del antiguo y famoso de Babilonia. Aviñón no tenía especiales recuerdos para los cristianos; los apóstoles no habían derramado allí su preciosa sangre. Aún se conserva la residencia de los papas, que la ciudad ha regalado á León XIII; es un castillo que recuerda el régimen de la Edad Media, quizá mejor que ninguna otra construcción de aquellos tiempos. Jaime de Osta fué proclamado papa, llamándose Juan XXII, y siguió viviendo en Aviñón, negándose á pasar á Roma; pero los cardenales, no contentándose con la elección de aquél, nombraron otro Sumo Pontífice, y uno y otro excomulgaron á los de la obediencia contraria. El antipapa murió en

la cárcel de Aviñón en 1333. Sucedió á Juan XXII Benedicto XII, que en vano quiso sacudir el yugo de los soberanos de Francia, que casi tenían más poder en los asuntos de la Iglesia que en los de su propio Estado. En tanto Dulcideo, Guillermo de Ocan y otros sembraron las cátedras y los espíritus de malas doctrinas, y Güelfos y Gibelinos turbaban la paz pública, tanto en Alemania como en Italia.

Sucedieron en la Silla apostólica Inocencio VI, Urbano V y Gregorio XI. Inocencio VI fué el que trató, aunque en vano, de reprimir los crímenes de D. Pedro el Cruel de Castilla, en tanto que el desterrado arzobispo de Toledo D. Gil de Albornoz, nombrado vicario de la Santa Sede en Italia, presentaba al Papa un carro con las llaves de las ciudades que había conquistado para el poder apostólico; Urbano V intentó volver á Roma la Silla, á las que con sus verdades y consejos le excitaba el Petrarca.

El cardenal Roger, pariente de Clemente VI, tomó el nombre de Gregorio XI; él, aunque francés, sacó de Francia la Silla pontifical y se cuenta que desoyó las advertencias de su mismo padre, convencido de que el interés y la dignidad de la Iglesia exigían imperiosamente la traslación de su residencia. Santa Catalina de Sena, con la gran autoridad que entonces ejercía en las almas y la gran fama de su virtud, igualmente se lo aconsejaba.

Muerto Gregorio XI, los cardenales se decidieron unos por un francés y otros por un italiano y mejor todavía si fuere romano. Elegido el arzobispo de Bari, Urbano VI, tuvo que oponerse á Clemente VII, elegido en Aviñón por los franceses. El mundo católico se dividió entre las dos obediencias, no sin escándalo hasta de los mismos cismáticos. Apareció entonces Bonifacio IX y continuó el cisma. La Sorbona de París tomó cartas en el asunto y quiso remediar tan graves males. Entonces se pensó que los contrarios se reuniesen en Pisa (Toscana), y efectivamente se celebró un Concilio, célebre en los fastos eclesiásticos, y se nombró papa á Alejandro V (Pedro Philargi), natural de Candía. La Iglesia tenía que buscar en Oriente el deseado remedio á sus males.

Pero España, Escocia y otros países seguían obedeciendo la autoridad espiritual de Benedicto XIII (Pedro de Luna).

Al nuevo Alejandro V sucedió Juan XXIII, con el que se relacionan los célebres nombres de Juan de Hus y Jerónimo de Praga.

Reunióse el Concilio ecuménico de Constanza en Suiza, y Juan XXIII fué depuesto, como también Benedicto XIII; pero éste se retiró á Peñiscola, en la costa valenciana, sin querer renunciar á sus pretendidos derechos. Aun en su lecho de muerte hizo que los cardenales de su obediencia le eligiesen por sucesor al llamado cardenal Muñoz, que á la postre renunció sus derechos, contentándose con el obispado de Mallorca, en las Baleares.

La elección de Martino V, en 11 de Noviembre de 1417, puso fin al cisma llamado de Occidente, y restituyó á la Iglesia la paz y el orden, que desde entonces no han vuelto á turbarse por parecidas causas.

Esta es, en resumen, la historia del cisma, en el que sólo se descubren dos caracteres bien marcados, Gregorio XI y D. Pedro de Luna. Éste marcó bien el carácter aragonés, y no es de creer que obrase de mala fe, por lo menos antes del Concilio, creyéndose debida y legalmente elegido, y considerando que tenía, no el derecho, sino el deber de sobrellevar la terrible carga del Supremo Pontificado. Es notable la actitud de la Iglesia española en el Concilio de Alcalá, donde discutieron los prelados el partido que deberían tomar en semejantes críticas circunstancias. Pedro de Luna reunió en Tortosa una famosa asamblea, en la que discurrieron sobre temas de religión doctores rabínicos y cristianos. Los santos mismos dudaban cuál de los elegidos era el verdadero papa, y sabido es que San Vicente Ferrer, oráculo entonces de España, se había decidido por D. Pedro de Luna.

La existencia de antipapas no era nueva en la Iglesia, pues ya tuvo como tal á Ursicino, en tiempo de San Dámaso, y luego á otros varios; pero no conoció antes ni conoció después verdaderas dinastías de antipapas. No se resintió empero el dogma; hubo, como siempre, herejías, pero ellas eran independientes del cisma y continuaron después de ter-

minado. Lo que padeció fué, como no podía menos de suceder, la disciplina eclesiástica. Dios ha evitado á los tiempos modernos tan gran desolación, no permitiendo que, á pesar de las guerras y rivalidades de grandes potencias, que han tratado de intervenir en las elecciones pontificias, se reproduzcan semejantes circunstancias.

ANTONIO BALBÍN DE UNQUERA.

NOVELISTAS ESPAÑOLES

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

(Continuación.)

Ya que en el último párrafo traje á cuento dos ó tres imágenes y concreciones de imágenes felices en la primera obra de Blasco, seguiré con una enumeración de estas joyas, de estos hallazgos. Los hay á millaradas en las novelas de Blasco Ibáñez. Es fértil este novelista en esas síntesis de régimen, en esas concreciones gramaticales, en todas esas maravillas y novedades de sintaxis que debemos á la novela naturalista. Porque hoy, que lo vemos á distancia, reconocemos esta verdad: que el naturalismo vino á enseñar á bien escribir, en España sobre todo. Con él, involuntariamente, varias generaciones han aprendido el estilo, cobrando éste aquella densidad, que Flaubert reputaba como su más apreciado galardón. Si no hubiese reportado otros beneficios, éste bastaría para justificarle ante la posterioridad. Se ha dado la sanción de lo definitivo, de lo acabado, de lo intangible con ciertas páginas de novela realista (1).

Sin el naturalismo, la sintaxis castellana no hubiera adquirido lo que si, se me permite, he de llamar seguridad de sí misma, precisión, poder sintético y otras cuantas cualidades, á cual más bellas. Lo cual quiere decir que sin el advenimiento del naturalismo no se hubiera llegado á escribir de esta manera: «¡Con un pillo así era imposible estar serio

(1) Esta intangibilidad es acaso la suprema aspiración del gran arte. El arte debe tocar con tales manos los objetos que los deje inutilizados para otros. Por eso todo lo acabado es bello y hasta sublime.

mucho tiempo! Se necesitaba tener corazón de piedra para no conmoverse, cuando, cogiendo la guitarra y poniendo los ojos en blanco, se arrancaba por el *fandanguito de Cádiz*, entonando después melancólicamente el *¡Triste Chactas!*... que hacía llorar á todos las muchachas de la época, ó *aquello otro punteado y expresivo que comenzaba*:

«Inflamado mi pecho amoroso,
sólo en ti se cifraba mi anhelo...» (1).

¿Comprendéis cómo un literato del año 1830 no hubiera acertado á encontrar esa bella frase que dice: *aquello otro punteado y expresivo que comenzaba*?... ¿Comprendéis cómo, además de no haberse fijado en esas pequeñeces del análisis, tampoco se hubiera fijado en esas menudencias de la sintaxis?... Ved, pues, lo que debemos al naturalismo, y cómo Blasco Ibáñez, perfecto novelista del realismo, nunca deja de ser psicólogo y estilista.

Y ahora, siguiendo con lo que traía entre manos, voy á citar otras dos ó tres imágenes ó concreciones de estas enormes, poderosas, tentaculares—para hablar el lenguaje de Verhaeren (porque en efecto parecen atraer con sus garras, como el pulpo, toda una serie de ideas y de *sentimientos*),—que pueden comprobarse en todas las obras de Blasco; por ahora me limito á las de esta primera y tan completa. «...Una de esas gargantas de lobo que dan entrada á pasillos y escaleras *estrechas é infectas como intestinos*» (2). «Paseábase por la trastienda mirando los fardos apilados, con la misma expresión que, si en vez de paños, percales é indianas, contuviesen un enorme tesoro, toneladas de oro en barras, celemines de brillantes, lo suficiente, en fin, para comprar el mundo» (3). Y esta otra, ya citada y tan grandiosa: «La fe se *había rasgado en él como una virginidad irreparable*» (4). «No sería millonario, no soñaría con palacios en el ensanche y brillantes

(1) *Arroz y tartana*, II, 38 y 39.

(2) *Ibidem*, I, 20.

(3) *Ibidem*, II, 34.

(4) *Ibidem*, XI, 222.

trenes de lujo; pero al llegar á la vejez se pasearía por una tienda acreditada, con zapatillas bordadas, gorro de terciopelo y la prosopopeya de un honrado patriarca, viendo á los hijos talludos tras el mostrador, como activos dependientes, y á Tónica, hermosa, á pesar de los años, con el pelo blanco y los ojos de dulce mirada animándole el arrugado rostro» (1). «Las buenas burguesas se habían fijado en la dulce belleza de Tónica, y sin dejar de mover los labios como si rezasen murmuraron bajo sus velos negros: será su querida» (2). Y á propósito de todos estos aciertos artísticos, notaré que bien pudieran ser inconscientes. Se ha repetido mucho que Blasco Ibáñez es un gran artista inconsciente. A este propósito recuerdo una anécdota que me fué comunicada en íntima conversación. En cierta ocasión, Blasco Ibáñez describía, con su palabra calurosa y gráfica, en la tertulia de Fernando Fe, una de sus excursiones *observatorias* ó *experimentales* hechas con motivo de su última novela, *La horda*; y contaba cómo vieron entre otras cosas «un montículo que se hinchaba con los escombros y detritus de la gran ciudad...» Los que le oyeron se miraron complacidos por la fuerza de la imagen (3); pero al leer la obra vieron con sorpresa que la imagen no aparecía. Esto parece demostrar que Blasco Ibáñez no es un consciente.

* *

Una de las características de Blasco es la creación de personajes de cuerpo entero. En todas sus obras hay uno ó dos que bastarían para inmortalizarlas. Así en *Arroz y tartana*, el de Juanito y el de D. Antonio Cuadros. El primero, tímido, sumiso, dejándose oprimir de la familia hasta el día en que el amor le hostiga y la casualidad le pone en acecho, haciéndole perder la fe en su madre, es un personaje tan

(1) *Arroz y tartana*, XI, 233.

(2) *Ibidem*, XII, 345.

(3) Con la cual tiene relación aquello de Fedro: *parturiunt montes*. Los montes se hinchan y paren: ¡bella imagen!

vivo que parece salirse de la novela y como que le vemos andar, moverse, accionar, gesticular. En el capítulo IV nos hace que nos representemos este tipo en la imaginación en todas sus colosales dimensiones con sólo unos párrafos. «Juanito era el encargado de abrir la puerta cuando la familia volvía del baile. En la madrugada, cerca de las cuatro, oía chirriar los pesados portones, entraba el carruaje en el patio con gran estrépito y él saltaba de la cama metiéndose los pantalones. La entrada de la familia le deslumbraba, sintiendo el infeliz una impresión de vanidad... Levantábase mal arropado, tosiendo y tembloroso á abrir la puerta, pues era preciso dejar dormir á las criadas para que al día siguiente el cansancio no les entorpeciera en sus trabajos. Además, la vista de su familia parecía traerle algo de los esplendores de la fiesta; el perfume de las mujeres, los ecos de la orquesta, el voluptuoso desmayo de las amarteladas parejas, el ambiente del salón, caldeado por mil luces, y el apasionamiento de los diálogos» (1). En estos renglones está retratado de mano maestra el ser dócil, corto de genio, pobre de espíritu é irresoluto. En cuanto á D. Antonio Cuadros, filisteo enrabiado, arquetipo de burgueses, modelo de comerciantes enriquecidos, lo que, en fin, los franceses llaman un *parvenu*, está bien trazado en sólo dos frases que pronuncia, en una ocasión en que persigue con audaces conatos de intimidación á D.^a Manuela. «Los chicos tardarán en venir—dijo D. Antonio.—Rafael estará con sus amigos, y en cuanto á Juanito, le atraen obligaciones ineludibles. Me han dicho que ahora tiene novia y está loco por ella. ¡La juventud! ¡Oh, qué gran cosa! Ya conozco yo eso, ¿verdad, Teresa?» (2).

En *Flor de Mayo* este personaje colosal es la tía Picores, vieja loba, especie de Mammón con faldas, entronizada en su puesto de la pescadería como en un regio trono. Ved cómo la describe Blasco Ibáñez: «La tía Picores mostrábase majestuosa en la alta poltrona, con su blanducha obesidad de

(1) *Arroz y tartana*, IV, 82 y 83.

(2) *Ibidem*, VIII, 187.

ballena vieja, contrayendo el arrugado y vellosos hocico y mudando de postura para sentir mejor la tibia caricia del bra-serillo, que hasta muy entrado el verano tenía entre los pies, lujo necesario para su cuerpo de anfibio, impregnado de humedad hasta los huesos. Sus manos amoratadas no estaban un momento quietas. Una picazón eterna parecía martirizar su arrugada epidermis, y los gruesos dedos hurgaban en los sobacos, se deslizaban bajo el pañuelo hundiéndose en la maraña gris, y tan pronto hacían temblar con sus tremendos rascuñones el enorme vientre que caía sobre las rodillas cual amplio delantal, como, con un impudor asombroso, reman-gábase la complicada faldamenta de refajos para pellizcarse en las hinchadas pantorrillas... Su vozarrón cascado era siempre el que decía la última palabra en las disputas de la pescadería, y todas reían sus chistes horripilantes, las sentencias de filosofía desvergonzada que pronunciaba con aplomo de oráculo» (1).

De cierto que hay aquí demasiada concesión á los extravíos del naturalismo; estos *tremendos rascuñones* y esa *complicada faldamenta de refajos* hubiéranse tomado como pasaporte seguro para la inmortalidad en la época de *La bestia humana*. Hoy día somos algo más rígidos y no admitimos eso á título de materia deleitable, *materia delectabilis*, de arte, ni tampoco á título de información y de exactitud experimental: porque la novela puede pasar sin esos detalles. Mas con ello no quiero decir que yo inculpe á Blasco de lo que se le ha echado en cara tantas veces: ordinariez y vulgaridad. Ambos conceptos parecen tan relativos y elásticos, que sobre ellos ha podido extender Goethe un juicio definitivo. «El arte en sí y por sí—escribe el autor de *Ifigenia en Tauride*—es noble (*die Kunst an und für sich ist edel*): por eso el artista no se amedrenta ante lo vulgar ú ordinario (*deshalb fürchtet sich der Künstler nicht vor dem Gemeinem*). Mas aún, desde el momento en que lo acepta (ó lo toma como asunto de su obra), está ya ennoblecido (*ja, indem er es aufnimmt, ist es schon geädelt*), y así vemos á los grandes artistas ejer-

(1) *Flor de Mayo*, I, 17 y 18.

cer con resolución su derecho de majestad (*und so sehen wir die grosten Künstler mit Kühnheit ihr Majestätrecht ausüben*) » —En rigor, el asunto es tan complicado y se presta á tales tergiversaciones por parte de los que no aman la novela naturalista, que se siente uno inclinado á salir del paso con las mismas palabras que Ovidio empleaba en sus *Elegías* para justificar su libro ante el César:

«Quicumque Argolicâ de classe Caphareâ fugit,
 »semper ab Euboicis vela retorquet aquis:
 »et mea cymba, semel vasta percussa procella,
 »illum, quo læsa est, horret adire locum.
 »Ergo, care liber, timida circumspice mentem;
 »et satis a mediâ sit tibi plebe legi.
 »Dum petit, infirmis nimium sublimia pennis,
 »Icarus, Icaris nomina fecit aquis.
 »Difficile est tamen, hic remis utaris an aurâ,
 »dicere; consilium resque locusque dabunt.»

Lo cierto es que la belleza de ciertas obras, consistente en su pulidez, en su abstención de todo elemento ordinario, no tiene más que un defecto: que se la viene alabando desde hace mucho tiempo, como los griegos dijeron de la virtud de Arístides, que fué tan celebrado por ella que mereció el apodo antonomástico y panegírico de justo: *ut meruerit cognomen justii*, según decía un ejemplo de mi vieja gramática latina... Y de esas cualidades pudiera también decirse lo que Pascal dijo de los primeros principios filosóficos, y que, queriendo ser elogio, suena á reproche: *son demasiado evidentes*. Sí, se ven demasiado estas virtudes estéticas para que no desmerezcan ante la consideración de los hombres lúcidos y sedientos de buen y gran arte. Además, que esta cuerda de la delicadeza y congéneres se ha tocado mucho, y el mucho uso ó, lo que es lo mismo, el abuso de una cosa engendra desprecio y aborrecimiento hacia ella. — Bien lo entendía así Cornelio Nepote, el cual, en sus *Vitæ virorum illustrium*, escribía convencido y amargado: «... *Fopuli nostri honores quondam fuerunt rari et tenues, OB EAMQUE CAUSAM GLORIOSI, nunc autem effusi, atque obsoleti*».

En 1820 se hubieran asustado del primer capítulo de *Flor*

de Mayo, que es, sin embargo, la escena popular más verídica y fuerte y con más arte trazada que en España tenemos y con la cual sólo pueden compararse el capítulo del Carnaval en *La tribuna*, ciertas escenas de *Fortunata y Jacinta*, muchos cuadros de Pereda (especialmente en *El sabor de la tierruca* y *La puchera*); y para citar del extranjero, los capítulos salientes de *Germinia Lacerteux*, todo *L'Assommoir* y el capítulo de la consulta en *El primo Basilio*. Ya había escrito D.^a Emilia Pardo Bazán, con su fina penetración crítica (que siempre ha ido en ella aliada al poder creador), aplicando á España el ejemplo francés: «... Los maestros Galdós y Pereda abrieron camino á la licencia que me tomo de hacer hablar á mis personajes como realmente se habla en la región de donde los saqué. Pérez Galdós, admitiendo en su *Desheredada* el lenguaje de los barrios bajos; Pereda, sentenciando á muerte á las zagalejas de porcelana y á los pastorcillos de égloga, señalaron rumbos de los cuales no es permitido apartarse ya» (1). Ya en Francia, Zola había escandalizado al asegurar que «mi delito es el de haber tenido la curiosidad literaria de recoger y vaciar en un molde artístico el lenguaje del pueblo». «Es una obra, añadía, llena de verdad, y la primera novela acerca del pueblo que no miente y que tiene *el olor del pueblo*» (2).

Y, sin embargo, esta labor honrada y artística merecía algo más que escandalizados clamores de reprobación. Porque, como ha notado muy justamente el tan perspicaz crítico cuanto soberano novelista Palacio Valdés, «ese afán pueril que algunos artistas sin genio manifiestan por ir escogiendo en la naturaleza, no lo que les parece bello, sino lo que creen que debe parecer bello á los demás, y rechazando lo que puede disgustarles, engendra ordinariamente obras frías y desabridas» (3). El minucioso afán del detalle clínico imperante mucho tiempo en el naturalismo no era más que un anhelo de verdad; y la verdad, como decía lapidariamen-

(1) *La Tribuna*, prólogo, 4 y 5.

(2) *L'Assommoir*, prefacio.

(3) *La hermana San Sulpicio*, prólogo, XIX.

te San Jerónimo, no gusta de angulosidades ni busca espías (*veritas angulos non amat nec quærit susurrones*). Ya era hora de que los artistas no tropezasen en su camino con obstáculos que les interceptaran en la recta travesía. Ya era hora de que resabios de arte convencional no vedasen el cultivo de la verdad en sus manantiales vivos y claros. Y al fin y al cabo, el naturalismo pudo decir lo del viejo Cato: *sat citò si sat benè*—que, fielmente traducido á buen romance, da el *más vale tarde que nunca*, ó aquello otro más expresivo del adagio castellano, *más vale llegar á tiempo que rondar un año...*

*
* *

Quedamos, pues, en que nulamente es reprobable el ansia de verdad que hacía al naturalismo reproducir el lenguaje y los modos de decir lo mismo que los modos de obrar del pueblo bajo. Así nos hemos acostumbrado á esta opinión, y hoy no tenemos la mental epidermis tan delicada que no podamos resistir escenas como éstas: «La buena moza apeló á su supremo argumento de desprecio. ¡Mira!... ¡parla en éste! Y volviéndose de espaldas con vigorosa raboutada, dióse un golpe en las soberbias posaderas, temblando bajo el percal la enorme masa de robusta carne con la firme elasticidad de los cuerpos duros. Aquello tuvo un éxito loco. Las pescaderas caían en sus asientos, sofocadas, por la risa; los tripicalleros y atuneros de los puestos cercanos, formados en grupo, sacaban las manos de los mandiles para aplaudir, y los buenos burgueses, olvidando su capazo de compras, admiraban aquellas curvas atrevidas de sonora robustez » (1). Además, estos alardes de lo que en tiempos de Espronceda aún se llamaba *mal gusto* están corroborados por una pluma fuerte y por un estilo sano, y no se les puede, por lo tanto, acusar de poco artísticos; pues hoy hemos adquirido una verdad, á costa de las penosas luchas de muchos siglos, verdad que decide del destino de muchas obras literarias publi-

(1) *Flor de Mayo*, I, 21.

cadadas en la última mitad del pasado siglo: la de que el artista es el que hace las cosas bellas, ó para expresarlo de otra manera, no sé si más ó menos paradójica, que el Arte crea la Belleza y la moldea á su capricho (1).

No se crea por eso que todo son cardos y espinas en la cerca del naturalismo. Hay flores, rojas ó rosadas flores, llenas de languidez y de aroma, de bien oler de cálices y de mimosidad de pétalos. Al lado de lo que parece un bostezo ó un eructo literario, brota un desgarrado suspiro, un íntimo, elegíaco, conmovedor sollozo. Porque aspirando la novela naturalista á ser reproducción fiel de la vida, evidentemente ha de ser como la vida, variable y contradictoria, encantadora y divinamente incongruente.—Así en el espacio de un momento solemos hablar de amargas afecciones sifilíticas ó de elevadas soñaciones espirituales, y en un breve momento nos quejamos de amarga dispepsia ó lloramos la muerte de nuestras ilusiones de juventud... Entrar aquí con la hoz de la selección, aunque sea la plateada media luna del claro discernimiento, es ridículo y sólo perdonable como travesura

(1) Esto ya lo comprendía el viejo estético inglés lord Shaftesbury, que escribía en su obra *Moralists: a philosophical Rhapsody*, publicada primero aparte en 1709 y luego incorporada á las *Characteristics*: «Aunque tengáis afición á otras bellezas (*whatever passions you may have for other Beauties*), sé, buen Filoctes, que no sois tan admirador de la riqueza de cualquier clase que le permitáis poseer mucha belleza especialmente en una masa tosca (*you are no such admirer of wealth of any kind as to allow much beauty to it, especially in a rude heap or mass*). Pero en las medallas, monedas, grabados, estatuas, etc., podéis descubrir belleza y admirarla.— De cierto, dije yo; mas no, por razón de los metales.— ¿No es, pues, el metal ó la materia lo que es bello para vos?— No.— ¿Nada más que el Arte?— Ciertamente.— Luego ¿el Arte es la Belleza?— Justo.— Y el Arte es lo que embellece (*and the Art is that which beautifies*).— Exactamente.— De suerte que lo embelleciente, no lo embellecido, es realmente bello (*so that the beautifying, not the beautified, is really beautiful*).— Así parece.— Porque lo que es embellecido es bello solamente por los accesorios de algo que embellece (*only by the accessories of something beautifying*), y en virtud de la desaparición y con la exclusión de los mismos cesa de ser bello (*and by the recess or with drawing of the same it ceases to be beautiful*).— Así sea ».

de infancia. La Naturaleza no gusta de particiones, como tampoco la vida: ambas, como hembras insaciables, quieren ser amadas hasta por todos y cada uno de los poros de su cuerpo, si posible fuese. Además, como ha notado el ya citado Palacio Valdés — cuyo prólogo á una de sus obras maestras es á su vez una obra maestra de crítica, no sólo del naturalismo en particular, sino en general del arte,—«el contenido de lo bello es indiferente, porque toda la realidad es igualmente bella, que no hay para qué entretenerse en averiguar por qué unos objetos son feos y otros hermosos, y que la ciencia de lo bello no consiste más que en estudiar los sentimientos y los juicios que en nosotros despiertan». Y es una falsa inducción creer que quien escoge alguna vez la realidad en sus aspectos bajos, no pueda comprender más que estos aspectos. Solemne mentís dan á tan absurda hipótesis ciertas páginas de las obras de Blasco Ibáñez. Así, en el mismo primer capítulo de *Flor de Mayo* leemos estas admirables descripciones de amanecer, que no tienen muchos antecedentes en novela española. Porque en la descripción verdaderamente poética y lírica Blasco acaso no tenga otro rival que la Sra. Pardo Bazán:—Galdós es demasiado minucioso y fatigante, Palacio Valdés gusta poco de describir, Pereda no siente lo moderno. Estas primeras páginas de *Flor de Mayo* son de lo más granado y floreciente que se ha escrito en España. Leed: «Al amanecer cesó la lluvia. Los faroles de gas reflejaban sus inquietas luces en los charcos del adoquinado, rojos como regueros de sangre, y la accidentada línea de tejados comenzaba á dibujarse sobre el fondo ceniciento del espacio. Eran las cinco. Los vigilantes nocturnos descolgaban sus linternas de las esquinas, y golpeando con fuerza los entumecidos pies, se alejaban después de saludar con perezoso ¡bon día! á las parejas de agentes encapuchados que aguardaban el relevo de las siete. Á lo lejos, agrandados por la sonoridad del amanecer, desgarraban el silencio los silbidos de los primeros trenes que salían de Valencia. En los campanarios, los esquilones llamaban á la misa del alba, unos con voz cascada de vieja, otros con inocente balbuceo de niño, y repetido de azotea en azotea, vibraba el

canto del gallo con su estridente entonación de diana guerrera. En las calles desiertas y mojadas despertaban extrañas sonoridades los pasos de los primeros transeuntes. Por las puertas cerradas escapábase, al través de las rendijas, la respiración de todo un pueblo en las últimas delicias de un sueño tranquilo» (1). ¿No da esto la sensación de descripcionismo definitivo, acabado, sensación que en España debimos al naturalismo y que se obtiene acaso solamente en algunas páginas de *Los Pazos de Ulloa*, *La madre Naturaleza* y *La Tribuna*? Porque con el naturalismo penetró en España el gusto por la prosa moderna, y con el gusto, el cultivo de esa prosa:—esa prosa, que, siendo menos retórica que la antigua, es, sin embargo, más lírica. Parecerá mentira, pero es muy exacto que párrafos como éste «junto al puente del mar, los empleados de consumos paseaban para librarse de la humedad, escondiendo la nariz en la bufanda; tras los vidrios del fielato, los escribientes recién llegados mostraban sus soñolientas cabezas» (2), provocan en el lector la emoción que se deseaba y que es tan intensa, más (me atrevo á decir) que la que obtenían los viejos poetas románticos con sus empinados concientos.

Para comprender las diferencias que separan á la descripción moderna y le dan superioridad sobre la antigua basta leer algunos párrafos de cualquier obra de Blasco. Por ejemplo: «Comenzaba el día en la ciudad. Pasaban los tranvías repletos de madrugadores; trotaban por parejas los caballos del relevo, dirigidos por muchachos, que los montaban en pelo, y por ambos lados del camino desfilaban á la conquista del pan los rebaños de obreros, todavía adormecidos, camino de las fábricas, con el saquito del almuerzo á la espalda y la colilla en la boca... En las calles comenzaba el movimiento. Iban por las aceras con paso ligero las criadas con sus blancas cestas; los barrenderos amontonaban el barro de la noche anterior; andaban por el arroyo con lento cencerreo las vacas de leche; abríanse las puertas de las

(1) *Flor de Mayo*, I, 5 y 6.

(2) *Ibidem*, 6 y 7.

tiendas, empavesándose con multicolores muestras, y en su interior sonaba el áspero roce de las escobas, arrojando á la calle nubes de polvo, que adquiriría una transparencia de oro al filtrarse entre los rayos del sol» (1). Por estos párrafos vemos cómo en la descripción moderna no se desdeñan los detalles al parecer nimios; ellos contribuyen á realzar el aspecto del conjunto. Claro que en este exceso de detallismo habrá siempre un peligro; pero el artista de buena cepa sabrá esquivarlo con el poder de su sola intuición, sin ayuda de reglas inviolables y fijas. Por lo general, artistas tan inconscientes como Blasco Ibáñez rara vez conocen el valor del término que marcan las reglas, como lo demuestra el hecho de que rara vez razonen su arte (2). Y es precisamente con esta especie de artistas con los que ha de ejercerse la crítica más diestramente, pues es forzoso señalarles códigos y hasta leyes penales para amedrentarlos,—y la crítica es sobre todo abogacía, según la expresión del paradójal Unamuno.

*
* *

«Para obtener de una labor—decía Taine—todo lo que esta pueda dar es menester, á mi juicio, entregarse todo á ella, casarse con ella y no tratarla como á una querida, con quien está uno dos ó tres años, sin perjuicio de volverá empezar después con otra. Un hombre no produce todo lo que puede sino cuando ha concebido una forma artística, una verdad científica, una idea general, y la encuentra bella hasta el punto de dedicarle todas sus preferencias, de quererla más que á sí

(1) *Flor de Mayo*, I, 14.

(2) Por ejemplo, Blasco, que yo sepa, nunca ha dado razones, y por lo tanto, es de presumir que no haya reflexionado sobre su arte, sino en un artículo titulado *El arte social*, donde hacía algunas consideraciones, por cierto bastante deficientes, sobre la novela de tendencia y la novela de tesis. (Véase el primer número de *La República de las Letras*.) Y no hay que exigirles primores de crítica á estos artistas, rezagados de las antiguas civilizaciones, donde la inconsciencia constante era el pan nuestro de cada día. *No nos le des hoy*.

mismo, de adorarla como á diosa y de juzgarse feliz con servirla » Esto ha hecho Blasco con su estudio del pueblo; no ha sido un accidente en su vida literaria, una labor á que uno se entrega por pasatiempo y por probar todos los géneros. Blasco Ibáñez ha estudiado el pueblo con delectación y con amor; sus estudios son únicos é incomparables en España: lo mismo el estudio del pueblo bajo madrileño, en *La horda*, que el de la gente de mar, en *Flor de Mayo*, que el del pueblo del campo, en *La barraca*, ó el de un pueblo degradado, en *Cañas y barro*. Apenas si en *Arroz y tartana* intentó el estudio de la burguesía valenciana, y en *Entre naranjos* da observaciones, aunque superficiales, sobre cierta clase de aristocracia rural. Así que Blasco puede decir de casi todos sus libros lo que Montaigne decía del suyo único: «No hice mi libro, sino que mi libro me ha hecho á mí; libro consustancial con su autor, de una ocupación propia, miembro de mi vida, no de una ocupación y un fin extraño como todos los demás libros». Y por eso sus estudios de alma popular no son fatigantes y minuciosos, como los de aquellos que van á ella una vez, por incidencia, y cuyas obras nos dan la impresión de relatos de excursiones á países exóticos, por nadie pisados, donde cada cosa que ve es para el viajero una sorpresa, que ingenuamente tiende á reproducir en el lector, siendo así que á éste quizá no le coge de susto ya nada de aquello... Por eso las obras de Blasco revisten un aire de seguridad y como de fiereza, sobre todo cuando nos habla del pueblo, el eterno niño (I), con sus arranques salvajes y sus

(I) *Le peuple est simpliste comme les enfants*, decía Renan en una ocasión, con motivo de la inauguración de la estatua de no recuerdo qué médico célebre. Y añadía con frase apropiada á las circunstancias: «No conoce más que dos clases de hombres: los que le divierten y los que le curan (*ceux qui le soulagent et ceux qui l'amusent*)». Sí; el pueblo es candoroso y por lo tanto pueril. Es el niño eterno: todo lo que coge en sus manos lo embellece, dándole el encanto de la inocencia. Todo lo perfuma con su gusto juguetón y travieso. Esto se ve en las algaradas ó revoluciones en pequeño. Este niño eterno que es el pueblo, cuando rompe vajilla y muebles, lo hace con una gracia verdaderamente infantil que nos subyuga y con un atractivo tan ideal que nos hace sonreír á todas las travesuras, aun las travesuras graves,

exaltaciones de candidez. Porque el pueblo representa en la escala social lo que el niño en la individual: siendo las restantes clases lo adulto, lo adulterado, según un retruécano que me gusta...

Lo conoce bien y no se engaña ni intenta engañarnos respecto á sus vicios y flacos, que aprecia como pocos. Así en *Flor de Mayo* nos presenta un hombre vago y vicioso (Tonet), una incestuosa (Dolores) y una degradada física (Rosario). No se entretiene, pues, con vagas declamaciones sentimentales ni finge á sus héroes arrebolados querubines. El pueblo—viene á decir en conclusión—es sucio, es feo, es degradado; pero hay que limpiarlo, embellecerlo, asearlo. Así salva todos los reproches que puedan hacerse de ordinario y de obscenidad. Si sus novelas tienen puntos feos, es que sus novelados los tienen; y así como sería ridículo pedirle una arcangélica pulcritud (de cuerpo, de alma... y de lenguaje) á una pescadera embadurnada de escamas y casi sin lavar, sería burlesco exigir atildada limpieza á una obra que de pescaderas trata. Los tristes seres, los seres sin arte y sin alma que se escandalizan cuando una frase del pueblo, demasiado cruda, hiere su tímpano—siquiera sea á través de las opacas páginas de una novela,—debieran releer de continuo aquel admirable prólogo de Zola en *L'assommoir*, ver-

las que dicta la cólera ó el despecho... ¿Hay cosa más agradable que ver á un niño enfurecido? Se retira á un rincón, pone hocico, patalea con gracioso furor, hace mohines y gestos de verdadera rabia... pero le miramos detenidamente un momento... y todo su exterior hace traición á la ira sorda que finge sentir. Le miramos y en sus ojos serenos, límpidos y dulces han cuajado lágrimas risueñas, que en vez de afearle le hermocean; se tapa el rostro con los brazos porque la risa está próxima á estallar... Por fin estalla... ¡Adiós toda la adorable murria de aquella gran alma joven que desborda por los ojos toda su candidez y su sana jovialidad! Él quería hacernos creer que en su interior se desencadenaba una tempestad violenta; pero todo le contraría y no consigue hacernos pensar sino que su alma está llena de ingenua alegría... Quería actuar *d'enfant terrible*, y á la primera tentativa de examen detenido que en él hacemos suelta la jocunda carcajada, franca y leal... ¡Ah eterno niño grande, ya todos te conocemos!...

dadero *galeato*, acaso el más sincero y veraz de los que se han escrito. Sus palabras son inolvidables porque demuestran una vez más cuán propensa es la inteligencia humana á dejarse engañar y á incurrir en juicios extraviados. «Cuando en un periódico se publicó *L'assommoir*—dice el vigoroso autor de *Nana*,—fué atacado con una ferocidad sin ejemplo, denunciado y abrumado por todos los crímenes. ¿Es, pues, absolutamente necesario explicar aquí, en unas cuantas líneas, mis intenciones de escritor? He querido describir la caída fatal de una familia obrera en el apestado ambiente de nuestros arrabales. En el apogeo de la borrachera y de la holgazanería se encuentra el relajamiento de los lazos de familia, los horrores de la promiscuidad, el progresivo olvido de honrados sentimientos y como lógico desenlace la vergüenza y la muerte. *Es sencillamente la moral en acción.*» Nada más exacto. *Tourt court*, como dice la bella expresión francesa; todas las novelas naturalistas son un abreviado de la moral en acción. Por eso son bien de deplorar aquellos hombres funestos que aún se empecinan en sostener la inmoralidad de *Nana* ó de *Cañas y barro*. Claro que no son novelas para leídas por vírgenes; pero las vírgenes, si aún existen en alguna parte esos seres fantásticos (aquí donde ya han desaparecido, según la poética expresión del más prometedor poeta catalán, Carner, los niños, las brujas, los muertos y las hadas: *les infanteses son acabades com les bruxies, els morts y les fades*):—las vírgenes, pues, si son merecedoras de nuestra atención intelectual, no merecen, en absoluto, la literaria. ¿Qué tienen que ver en esto las vírgenes, para quienes está cerrada la mitad del mundo mental, ante cuyos ojos el horizonte interior es un segmento de semicírculo?... Confesemos que lo que aquí indigna es bien el lenguaje. Muchos que no se cansarían de releer los escabrosos flirteos, y hasta algo más, de una duquesa, hacen remilgos ante una mujer del pueblo, que siente en momentos de debilidad impulsos de abrazar á un hombre que no es el suyo, ó con quien aún no le vinculan las ceremonias del juzgado. Porque ésta lo dice muy claro y no se recata con ambibologías de gusto dudoso, como la duquesa. No puede

darse otra explicación más humana de los clamores reprobatorios que acompañaron á la publicación de las primeras novelas naturalistas en que se estudiaba el pueblo.

Este estigma de obscenidad con nadie reza menos que con Blasco: tanto es así, que hasta se duda de su naturalismo, si no se supiese que hay otros más que el de la ninfomanía. El autor de *Cañas y barro* parece no haber pasado por ese «período de algunos años, durante los cuales naturalismo significaba *mancebía y hospital*» (1). Sus novelas son castas, sobrias, como la *Naturaleza*: no pudiera decir de ellas Emerson, como dijo de algunos poemas, que son una versión corrompida del texto de aquélla. Así, aun cuando ponga en escena, como ocurre en *Flor de Mayo*, lo que Guy de Maupassant llamaba «el eterno drama que se repite sin cesar todos los días, bajo todas las formas, en todos los mundos», el adulterio, lo hace con una castidad tal que asombra. Vengan aquí los que á todas horas están clamando contra la novela naturalista, por considerarla constitucionalmente obscena, asquerosa, ilegible. Vengan aquí los que identifican á Zola con Pierre Louys y sostendrían gustosamente que se parecen el uno al otro como «dos gotas de leche» (*sic lacte lactisimile est*, que decía el olvidado y genial Plauto). Vengan aquí y no encontrarán por ninguna parte ese culto á la mujer desnuda que Leopoldo Lugones reputaba indignadamente, y con razón, por *aspiración suprema de la literatura contemporánea*; de cierta clase de literatura depravada, añadiría yo. Vengan aquí y lean detenidamente las obras de Blasco Ibáñez. Y díganme honradamente si no creyeron hárselas con un asceta. Y esto ocurre con todos los buenos representantes de la novela naturalista. Los que buscan en la novela naturalista una satisfacción á su apetito libidinoso; los que se deleitan en leer las amarguras de Gervasia, la inolvidable heroína de *L'assommoir*, como se leen las colecciones de *Le Rire* ó de *La Vida Galante*; los que hablan en corrillo íntimo de las novelas naturalistas, sibilante y queda-

(1) Emilia Pardo Bazán, *Los hermanos Zenganno*. Versión española. Estudio preliminar.

mente, como se ha de nefandos libros, esos tales bien pueden ser calificados de hombres lúgubres; lo que en mi idioma particular quiere decir sin arte (*un kunstliche Menschen...*). Bien es verdad que en la novela naturalista se olvida á veces la profunda frase de Tito Livio: *Quid salvi est mulieri amissâ pudicitia?* Claro que yo no pretendo equiparar á la casta Virginia ó á la angelical Graciella con la ninfómana Germinia Lacerteux ó la impúdica Elisa. Mas á pesar de todo esto, hay muchas atenuantes que serían largas y trabajosas de explicar, aunque se emplease el descarnado laconismo forense.

*
* *

Este estudio del pueblo para nadie más apropiado que para un artista como Blasco, poco complicado y poco mixto, es decir, con poca combinación de elementos contradictorios y multiformes. Edmundo de Goncourt escribía en el prefacio á su última novela, *Los hermanos Zenganno*, tan admirablemente traducida por D.^a Emilia Pardo Bazán: «Hemos empezado por la canalla, en razón á que la mujer y el hombre del pueblo, más próximos á la naturaleza y al estado salvaje, son criaturas sencillas y nada complejas; mientras el parisiense y la parisiense de la sociedad selecta, excesivamente civilizados, y cuya marcada originalidad se compone de matices y medias tintas, de menudencias vaporosas—semejantes á las gentiles y discretas menudencias que prestan carácter de distinción al tocado y adorno de una dama,—exigen años de observación á quienes se proponen conocerlos, calarlos y *cazarlos*; y apuesto yo á que el novelista de más alto genio no adivinará nunca á las gentes de salón si se guía por los amigos *chismógrafos*, que en lugar suyo van á escudriñar el mundo elegante. Toda la investigación relativa al hijo y á la hija de la civilización parisiense es larga, difícil, laboriosamente diplomática. Á la primer visita comprende el observador el interior de un obrero ú obrera; pero en un salón de París... hay que gastar la seda de las butacas para sorprender su espíritu y arrancar una confesión á sus doradas

molduras». Esto quiere decir que la novela aristocrática exige más arduo trabajo de análisis que la novela popular (1), y por lo tanto hay que sentirse artista más complejo para estar predispuesto á ella. No reza bien tampoco con la novela de las clases altas el método de Blasco, dominado por un escaso sondeo en las minuciosidades del mundo interior. Y para hacer la novela aristocrática, hay que sondear mucho, cauterizar muchas heridas, pausar otras, abrir algunas, dilatar no pocas. Porque decir novela aristocrática es como decir novela del tedio. Esta novela exige mayor complejidad de análisis, porque es preciso excorticar más, rascar más (y perdónese lo pedestre, en gracia á lo plástico, de la imagen), pues las materias de análisis ostentan más arrugas, más callosidades, que las de las novelas populares. Por eso artistas como Zola y Blasco apenas si pueden extenderse á la clase media, punto medio, y su centro está en las clases bajas. Las mejores novelas de ambos grandes artistas (2) son las que estudian el pueblo. Y ya que he apareado los nombres de estos dos grandes artistas, diré algo sobre su parecido moral é intelectual, que se ha hecho notar con mucha frecuencia, y más bien con malévolas intenciones, si ha de decirse la verdad. Se habla, á propósito de Blasco, de la influencia de Zola. Sin el no hubiera salido á luz el autor de *La barraca*, según atestigua él mismo. Mas no es bien insistir mucho sobre esto en literatura vieja ya de tantos siglos, la cual pu-

(1) Sin embargo, en España ha dominado durante mucho tiempo la absurda teoría (llamarla singular aún es poco... poco fuerte), «sostenida hasta por personas tan discretas como el crítico barcelonés Ixart, de que para pintar duquesas no conviene lo indispensable para estudiar á las aldeanas y maritornes: aproximación, asimilación artística, impresión directa». (Emilia Pardo Bazán: *El padre Luis Coloma: biografía y estudio crítico*, IV, pág. 55.) La nunca bien admirada autora de *Morriña* hacía bien en tocar este espinoso problema.

(2) Esto no veda para que yo reconozca belleza á obras como *Nana* y otras del autor de *La tierra*, donde se estudia á las clases acomodadas. En cuanto á Blasco, ya se ha hablado tan elogiosamente como se merecía de *Arroz y tartana*, estudio de la clase media valenciana. Pero en la creación de tipos y en el desarrollo del plan nunca éstas superan á las novelas populares.

diera decirse una literatura de impregnaciones y reminiscencias. Así como cuando en la atmósfera se han disuelto multitud de átomos de esencias aromadas, es muy difícil esquivar su absorción, no de otro modo es casi imposible impedir que ciertas influencias literarias muy marcadas imperen sobre nuestro espíritu. Además, hay un período en todo desenvolvimiento de nuevas doctrinas: el terrible período que D.^a Emilia Pardo Bazán llama, con mucha propiedad, de *sturm und drang*, empleando una bella frase alemana; período en que parece como que las ideas se dilatan, se elastican y al cristalizarse en fuerzas, en tendencias, según la concepción favorita de Fouillée, penetran en todos los espíritus y los arrollan de tal manera que escasos resisten su invasión. Y es en esa época cuando resulta muy arduo definir lo que es adquirido y lo que es consustancial, y por lo mismo no se puede culpar á nadie de imitador ó de influído. No se podría señalar á punto fijo la parte de ajeno y la parte de propio que hay en cada cual. Así, por ejemplo, la poesía de Rubén Darío ha influído de tal manera en la actual que reina en España, que no se sabría distinguir lo que se debe á la ilustre personalidad del autor de *Prosas profanas* y lo que es privativo de cada cual. Y no por eso se les podría tildar de imitadores sin grave ofensa al derecho más rudimentario.

Aparte de eso, hay quien no juzga ofensa que se le llame imitador, en cuanto que esto significa adoración y embebecimiento en un autor preferido. «No temáis—escribe Emerson en sus *Hombres simbólicos*—ser tildados de imitadores. Más grande y noble es la devoción al genio que el miserable orgullo de ocultar centones de otro: sé no ya tú mismo, sino un platonista; no ya un alma, sino un cristiano; no ya un naturalista, sino un cartesiano; no ya un poeta, sino un shakeriano» (1). Quien se ofende de que le llamen imitador, es

(1) Bien distantes estamos aquí de las afirmaciones de otro pensador no menos alambicado (y á veces tan conceptuoso y enrevesado) que el autor de *Natura*, Baltasar Gracián, quien escribe: «La admiración es comúnmente sobrescrito de la ignorancia; no nace tanto de la perfección de los objetos, cuanto de la imperfección de los conceptos...

porque confunde la imitación con el plagio. En rigor, no andan del todo descaminados; los imitadores, ya lo he dicho una vez, son seres bizarros, como los plagiarios son seres penables. Otro término debiera emplearse para expresar esta idea: el de influencia, que es el exacto y correspondiente. Los influídos son seres respetables, dignos de toda nuestra consideración: tienen un ideal que empareja y se confunde con el ideal de belleza que han tenido otros anteriores á ellos; es natural, pues, que al presentarlo, surjan coincidencias, identificaciones, más bien que de expresión, de concepto. Otra cosa ocurre con los imitadores; son grotescos porque tienen algo de simios. Y de los plagiarios ya no hablo; deben ser encomendados á la acción de nuestro prudente Código penal. Hay mucha diferencia entre asegurar que tal ó cual artista se parecen, tienen semejanzas y parentescos más ó menos acentuados, y poder denigrar á un autor, como el conde de Toreno,

el necio vil de corazón de cieno,

cuando, contestando á los que le preguntaban si era afecto á las obras de Espronceda, dijo: *Me gustan más los originales*. Indudablemente, Espronceda sigue siendo un gran poeta romántico, pero también es verdad que la acusación subsiste, no desvirtuada sino más bien reforzada por la mala octava real que el autor de *El Diablo Mundo* dedicó al noble vil... Así pues, la acusación de estar influído por algún gran maestro no puede pesar como piadosa culpa sobre el espíritu de cualquier artista cuando es un indicio de que se ha sondeado su conformación; y sólo puede causar repulsión cuando se hace en forma burda y grosera (1).

Volviendo á mi tema, diré que la influencia de Zola en la

Merezca cada cosa la estimación por sí, no por sobornos del gusto.» (*El héroe y el discreto*, primor V.)

(1) Como lo ha hecho, por ejemplo, un Max Nordau escribiendo en su forma acostumbrada de ataque brusco é irrazonado: «Una novela de Emilio Zola es exactamente como una novela de Eugenio Sué, del abate Prevost ó de Scarron». (Véanse las *Paradojas psicológicas*, I y II.)

manera de novelar de Blasco es innegable y él mismo no la rehuiría. La misma medida en el manejo de los elementos dramáticos, y sin embargo el mismo acierto cuando los utiliza; la misma intromisión del autor en los diálogos de los personajes, que crea una especie de *diálogo interior*, por decirlo así, muy gráfica, artístico y agradable (con el cual se evitan las imperfecciones del diálogo directo), privativo del autor de *Nana* y del autor de *La bodega*; la misma creación de tipos episódicos, entre los cuales pudiera formarse la galería de personajes más humanos de sus novelas, tipos que asoman una vez y quizá no vuelvan á aparecer en escena, porque tal vez no encuentren oportunidad para ello; la misma manera de expresión, en la que el lenguaje, aun sirviendo solo de vehículo del pensamiento, adquiere á veces una artística grandiosidad; el mismo amor á la novela popular y sobre todo al lenguaje del pueblo fresco y gráfico, y al cabo de algún tiempo de vida literaria, la misma insania de la novela social... Fuera taimonía señalar las diferencias de temperamento entre ambos artistas: Blasco es más meridional, luego más retórico en ocasiones; tiene también más imaginación; no necesita acudir con tanta frecuencia al documento humano y á la experimentación; es más vehemente; no trabaja en frío, razona menos su arte; nunca ha llegado á ser crítico, como lo fué (y bien formidable, bien perspicaz por cierto) el autor de *Fecondité*.

*
* *

Vuelvo, por fin, después de tanto bilroteo, á la segunda novela de Blasco Ibáñez, *Flor de Mayo*. Como novela de costumbres populares, sólo tiene igual en *La Tribuna*, *Sotileza*, *La desheredada* y *José*. He aquí cinco joyas de la literatura española á fines del siglo pasado, y todas las debemos á la novela naturalista. Si ésta no hubiese entrado en España y en ella se hubiese aclimatado, á despecho de invectivas que se le prodigaban en sus comienzos, hoy no disfrutaríamos del placer sobremanera intenso de leer y releer las páginas encantadoras de estas inmortales novelas.

No podríamos paladear en su acre, en su incitante regusto, estas expresiones populares tan llenas de vida y de frescura; no podríamos asistir al desenvolvimiento de estas almas ingenuas; no conoceríamos sus arrebatos trágicos y sus mansedumbres conmovedoras. No podríamos, en suma, fruir de este exquisito párrafo que da fin á *Flor de Mayo*. «¡Que viniesen allí todas las zorras que regateaban en la pescadería! ¿Aún les parecía caro el pescado?... ¡Á duro debía costar la libra!» Yo no sé si existirán (y de hecho quiero ignorar que existen) en este mundo desgraciados que no sientan la belleza de este párrafo, suprema exaltación, grito enérgico de un alma dilacerada; por mi parte, puedo decir que me conmueve esta exclamación, en la que la crudeza del lenguaje popular no está lenificada por ningún circunloquio académico.

Hay, no obstante la rudeza de los tipos, ráfagas de poesía en el ambiente en que se mueven y en las escenas que presiden. Así, por ejemplo, nadie sospecharía en una sociedad de marineros tan encantadores brotes de lirismo como los presentados en este párrafo: «... Y Roseta, que había callado, haciendo un mohín de disgusto á cada título, soltó el suyo. Debía llamarse *Flor de Mayo*. Aquella misma noche lo pensaba ella en la barcaza de la playa mirando una estampa de las que adornaban las libras de tabaco *Flor de Mayo* que venían de Gibraltar. La seducía el título tan bonito, formando una aureola de colores sobre la marca, que era una señorita vestida como una bailarina, con rosas como tomates sobre la faldilla blanca y en la mano un manojo de flores que parecían rábanos... Todos se entusiasmaban con el título; lo encontraban dulce y bonito; sus rudas imaginaciones agitábase con un estremecimiento de poesía. Le encontraban algo misterioso y atractivo, sin sospechar que el mismo nombre era el de la histórica barca que, llevando hacia las costas americanas el perseguido éxodo de los puritanos ingleses, presenció la gestación de la mayor república del mundo» (1). Tampoco un hombre áptero, es decir, un hombre sin alas—

(1) *Flor de Mayo*, VII, 146.

sin las alas del arte,—como algunos suponen á los artistas de la especie de Zola y de Blasco Ibáñez, podría concebir esta hermosa impresión: «¡Qué emoción cuando caía sobre el mostrador de húmedos tablones el estrecho sobre pegado unas veces con oblea roja y otras con miga de pan, con su complicada dirección en letras gruesas: *Para la señora Tona la del cafetín, junto á la casa dels bous*. Un perfume raro, exótico, que hablaba á los sentidos, de vegetaciones desconocidas, mares tempestuosos, costas envueltas en celajes de rosa y cielos de fuego, parecía salir de las groseras envolturas de papel, y las tres mujeres, leyendo y releendo las cuatro carillas, soñaban con países desconocidos, viendo con la imaginación los negros de la Habana, los chinos de Filipinas y las modernas ciudades del Sur de América» (1).

Inútilmente se afanarían los suspicaces en husmear aquí lo que se designa con la frase acomodaticia de concesiones al público. No hay más que arte; las desdichas del pobre Pascualet, el hermoso tipo del guapo vago, del *monsieur Alphonse* de villorrio que es Tonet, de la hembra bravía y gallarda que se llama Dolores, lo mismo pueden interesar y conmover al más humilde plebeyo que al más éfero artista. Ahora bien: no es arte puro si se denomina con esa ambigua frase lo que sólo pertenece á unos cuantos privilegiados, lo que es patrimonio de unos ebúrneos seres, más ebúrneos por la macilencia de sus carnes que por lo marfileño de su estilo. Mas el gran arte, que lo seguirá siendo siempre, fuera y contra inconcebibles exclusivismos, admite en su seno todo lo que sea representación de una belleza.

*
* *

Es innegable que el naturalismo satisfacía una exigencia y respondía á una necesidad del espíritu humano. Según la hermosa definición de Enrique George, el hombre es un animal insaciable (2). Como cada cincuenta años necesita cam-

(1) *Flor de Mayo*, III, 71 y 72.

(2) El doctor Bunge tuerce la frase, que en rigor tiene el mismo sentido, diciendo: *el hombre es un animal que aspira*. (Véanse sus

biar radicalmente de modas en el vestir, exige también modificar—cada cincuenta años, calculando aproximadamente—su tipo ideal de Belleza (1). Por esto puede decirse que ella es cambiante y que no hay un arquetipo de belleza, sino tipos provisionales.

Antes del último tercio del siglo pasado, por ejemplo, antes de que Walt Whitman hubiese forjado sus maravillosos poemas de la ciudad industrial; antes que en pintura Claudio Monet hubiese planeado sus estaciones de ferrocarril—para no citar más que dos considerables ejemplos,—no se comprendía que la vida contemporánea y la actividad obrera pudiesen ser objeto del arte (2). Sería absurdo negar, por otra parte, que este imperio de la moda lo imponen generalmente aquellos que no ven en el arte sino el deleite de un momento—y una época en historia equivale á un momento en nuestra vida—y que tratan de sanar su paladar estragado con variaciones efímeras de manjares;—y aquí está el bello epí-

Principios de psicología individual y social, I, § I). En *Progress and Poverty* explica George su idea, dando, sin querer, bases para una teoría sobre el origen del arte. Porque, en efecto, esta *insaciabilidad*, esta *aspiración* continua—que hacen que en él el apetito sexual, v. gr., en el animal simple movimiento mecánico, efectuado en una época determinada y siempre sin dilapidación de fuerzas, llegue á convertirse por la repetición en un hábito y por el carácter de *humanidad* que á él aporta en fuente de goces y hasta en manantial de emociones artísticas, y el apetito *alimenticio*, deleite del paladar con la hartura y del gusto con el refinamiento—¿qué son sino los impulsos que más tarde le mueven á la creación de un alimento mental que sacie su apetito inteligente? Con esta generalización noto ahora que me he acercado más de lo que quisiera á las teorías de Spencer y Ribot sobre el origen del arte. Lo cierto es que yo he querido ser sincero y explicar largamente esta idea, formada en mí antes de leer á los representantes de la estética positivista y mucho antes de conocer la obra del autor de *Social problems*. La seriedad crítica me obliga á hacerlo constar así.

(1) «*By a law of Nature, — escribe Carlyle en Past y present, II, IV—all ideals have their fatal limits and lot, their appointed periods of growth, of maturity, of decline, degradation, death and disappearance.*»

(2) Véase lo que con aplicación á la pintura y escultura dice Roberto de la Sizeranne en su obra *Les questions esthétiques contemporaines*: Introducción.

teto griego empleado con toda su propiedad, porque en su espíritu estragado como un mal paladar las teorías y las aficiones á una escuela determinada duran lo que las rosas, según el dulce Malherbe, *l'espace d'un matin...* Esto lo demuestran hechos concluyentes que á todas horas podemos comprobar en torno nuestro. Se exalta con preferencia á olvidados artistas, que de cuando en cuando surgen en el cielo del Arte—como esas estrellas fugaces que sólo se dejan ver á ratos—imponiendo su brillo y haciéndose admirar. Antes de Mac-Pherson, v. gr., no se supuso que hubiese existido un bardo legendario en la remota Gaelia; vino el hábil mixtificador y supo poner de moda Ossian de tal modo que todo lo que venía de aquellas épocas parecía una maravilla clásica. Entonces los cantos á la manera de... (siempre hay alguna manera que priva) parecían maravillas de dicción y todo lo que oliese á esto encantaba al orbe civilizado. Así se han resucitado obras de artistas olvidados, lo cual prueba mejor aún la insaciabilidad del ser humano en arte como en todo. Esta insaciabilidad, que en el fondo es un producto de insanos apetitos mentales, conviértese, á vuelta de depuraciones y noblemente manejada por artistas de fuerza, en acicate de empresas grandes. La variabilidad del tipo estético es causa de las mayores ignominias y de las mayores grandezas. Ignominias en manos de un actualismo exagerado, que no concibe sino lo que es del momento actual y lo que viene de quien se sienta en los bancos de su pequeña capilla (1). De aquí proceden en línea recta el chaleco rojo de Gautier en el estreno de *Hernani* y las invectivas de Zola contra Hugo: indicios sociales ó intelectuales de la misma idea; el frenesí

(1) Ejemplo de las exageraciones á que conduce la glorificación del tipo estético actual, con mengua de los anteriores, es aquella chispeante y encantadora anécdota que corre entre los artistas sobre Delacroix é Ingres. Se dice que habiendo preguntado una persona á este último qué pensaba del primero, respondió: «*C'est un homme de genie; mais n'en parlez pas*». Y habiendo repetido el juicio al autor del famoso *Diario* y preguntado á éste á su vez qué pensaba de su contrincante, contestó riendo: «*C'est un homme de talent; mais n'en dites rien*».

de lo aportado por una nueva escuela, las extravagancias á que conduce la actualización de un tipo estético. Mas volviendo al punto de donde me trajo esta divagación, quede sentada la siguiente verdad: que el tipo estético es variable y que esta variabilidad, siempre que no se rebaje á la humillante condición de motivo para contiendas y rencillas ínfimas entre artistas, es activo impulso que da origen á las grandes innovaciones, á las grandes audacias; que, pasadas por el tamiz de la historia, son las obras del genio.

Por consiguiente, dejemos declarado que una de las grandes *conquistas* del naturalismo es la *revelación de la belleza moderna*. Sully Prudhomme, que, por otra parte, en estrofas de hierro ha cantado á la locomotora—por lo cual le reprocha un reciente poeta polaco,—sostiene, con Ruskin, que la industria humana llegará á ser cada vez más incompatible con el arte. Habla de los *magnifiques vaisseaux à voiles d'autrefois* y de nuestros *laidis bateaux à vapeur*. Ruskin tenía verdadero odio á los ferrocarriles; Tennyson le respondió que el arte puede cubrir, como la naturaleza, con sus flores, las vías y los taludes de los caminos de hierro. ¡Linda frase! El arte lo embellece, lo beatifica todo, y este beatificar bien puede tomarse como frase que tiene su sentido propio ó como vil remedo onomatopéyico del *to beautify* inglés, y entonces la frase podía laconizarse en la lengua del poeta de Maud: *Art beautifies everything*. Por eso los grandes autores modernos han podido cantar, como Zola en *La bestia humana*, la energía de una locomotora en movimiento, ó describir, como Blasco Ibáñez, la actividad de un gran centro industrial en *La bodega*.

Y además de la belleza moderna, el naturalismo vino á enseñar la gracia misteriosa de cada momento de nuestra vida. Sin el conocimiento de este hecho, *que la acción más insignificante de nuestro vivir humano es noble y santa*, sería difícil concebir cómo se han escrito páginas de tan intensa facultad emocionante como las siguientes: «En la playa fué grande la alarma. Aquel viento anunciaba para las pobres gentes, duchas en las desgracias del mar, una tempestad de las que dejan rastro en los hogares de los pescadores. Albo-

rotábanse las pobres mujeres, y con las faldas azotadas por el viento, corrían por la playa sin saber adónde ir, dando espantosos alaridos y encomendándose á todos los santos de su devoción, mientras que los hombres, pálidos, ceñudos, chupando cigarrillos y poniéndose al abrigo de las barcas, varadas en la arena, examinaban el horizonte, cada vez más oscuro, con la mirada concentrada y poderosa de las gentes de mar, y se fijaban con inquietud en la entrada del puerto, en la avanzada escollera de Levante, rojos pedruscos, sobre los cuales comenzaban á romperse las primeras moles de agua, cubriéndolos de hirvientes espumarajos. La suerte de tantos padres á quienes la tempestad había sorprendido ganándose el pan hacía temblar á la gente de playa, y á cada mugido del viento, todos, bamboleándose sobre la arena, pensaban en los robustos mástiles, en las triangulares velas que tal vez en el mismo momento se hacían trizas» (1). El sentimentalismo popular, tan rudo, tan ingenuo, tan distante de la sensiblería empalagosa de salón, está maravillosamente expresado en este párrafo intenso y patético: «Grupos de mujeres desmelenadas, frenéticas de dolor, roncas de gritar sus exclamaciones al cielo, corrían por el muelle de Levante, expuestas á ser devoradas por las olas, que escalaban los peñascos, mojadas por el polvo de amarga agua que escupía la furiosa marea, y miraban ansiosas el horizonte, como si en la sombra pudiese distinguir la lenta y horrible agonía de las últimas barcas. Faltaban muchas á llegar. ¿Dónde estarían? ¡Ay, Dios!... ¡Qué felices eran las mujeres que estaban en el puerto abrazando á sus maridos é hijos, mientras los otros, más infortunados, corrían dentro de un ataúd, al través de la noche, saltando de ola en ola, rodando á lo más hondo de hirvientes simas, sintiendo bajo los pies el crujiir de las quebrantadas tablas y sobre la cabeza la lívida montaña de agua, próxima á desplomarse!» (2).

Los que sólo han visto en la personalidad de Blasco Ibáñez ordinariéz y rudeza, debieron presentar documentos justifi-

(1) *Flor de Mayo*, II, 34 y 35.

(2) *Ibidem*, 36.

cantes y no ocultar los que desbaratasen sus planes. Así, ¿se puede decir que da pábulo á la ordinariez el artista que se limita á notar la conversación de las mujeres del pueblo, con todas sus expresiones y ademanes soeces, pero que los reprobaba, casi los fustiga como rígido moralista, aun con riesgo de faltar á la primera condición preventiva de todo novelista: la impersonalidad? Pues esta conclusión se desprende de ciertos párrafos en que el moralista se siente como cohibido y al mismo tiempo forzado, en aras del decoro artístico, á notar ciertas bajezas. « Enardecíalas, escribe en una ocasión, la tardanza de los panaderos en dejar libre la báscula; llovían insultos sobre aquellos mocetones, que no se mordían la lengua, y el derroche de indecencias que se cruzaban con acompañamiento de amigables risas; enviábanse á tocar lo otro y lo de más allá, barajando con inocente tranquilidad las blasfemias más monstruosas con los distintivos del sexo» (1). ¿No se comprueba que el artista anota esto por precisión y casi con disgusto? No puede, no, deleitarse en cosas groseras quien tiene imágenes tan artísticas, tan visionarias, tan verdaderamente *iluminadas* como ésta, á la cual no encuentro parecido en muchas obras de artistas españoles: «... y los labios carnosos de un rojo tostado mostraban al separarse una dentadura igual, fuerte y tan brillante que parecía iluminar la cara con pálida claridad de marfil». Y quien plasticamente sabe dar la impresión del mar en calma: « El día fué de los más hermosos. El mar estaba tranquilo, terso como un espejo, sin la más ligera ondulación reflejando el inquieto triángulo de oro que formaba el sol sobre las muertas aguas».

ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO.

(Continuará.)

(1) *Flor de Mayo*, I, 10.

DE LA EVOLUCIÓN EN LA FAMILIA

I

En la ciencia española, ni más ni menos que en la de la inmensa mayoría de los pueblos cultos, ha sido considerada siempre la familia, durante no pocos siglos, como primer vínculo natural de sociedad humana desde un punto de vista, y, desde otro, como la mónada social por excelencia. Por esto los censos no se hacían antes por individuos, sino por fuegos, hogares, familias. Consta esto, por modo bien claro, de dos documentos, igualmente fehacientes, un texto de Zurita, y el apuntamiento de la población castellana, hecho en el año de 1482, por Alonso de Quintanilla, contador mayor de los Reyes Católicos. Zurita hace constar que en Aragón, «país pobre y montañoso», había, en 1404, 42.683 familias, y que se contaban generalmente seis habitantes por cada una de ellas (1). Resultaba así que Aragón sumaba 256.098 habitantes. Alonso de Quintanilla declaraba que había «contado muy ciertamente el número de las vesindades de los Reinos de Castilla, é de León, é de Toledo, é de Murcia, é de Andalucía», «sin lo que hay, añadía, en Granada», y hallado haber en ellos «un cuento é quinientos mil vesinos», de los cuales, declaraba, podrán ser «de tierras solariegas, de caballeros é otras personas legas doscientos é cinquenta mil vesinos». «Así que quedarían, concluía, en lo realengo, é abadengo, é órdenes, é behetrías, un cuento é doscientas é cinquenta mil vesinos», á razón de cinco individuos por hogar, según el cómputo más generalizado en Castilla (2).

(1) Zurita, *Anales de Aragón*, tomo III.

(2) González (D. Tomás), *Censo de la población de las provincias y partidos de la Corona de Castilla en el siglo XVI, con varios apéndices*.— Madrid, 1829. Véase especialmente el apéndice II.

Realmente se explica la concepción sociológica de aquellos siglos. Aún pudiera añadirse que esta concepción arranca de la naturaleza misma de la familia. Ésta existe, en primer término, para la perpetuación de la especie; en segundo lugar, para la educación de la prole, y finalmente, para mutuo auxilio de los que la constituyen; fines tan estrechamente unidos y enlazados entre sí, que apenas se concibe el uno sin la existencia de los otros dos. Por esto ha podido decirse y repetirse por innumerables autores, en todos los siglos, que la sociedad conyugal es la primera y la más necesaria de todas las sociedades, y por consiguiente, la más natural y la más antigua de cuantas han existido en el mundo. Los griegos hubieron de llamarla, con gran propiedad, «sociedad primordial», considerándola como semillero del linaje humano, y como elemento primario de los cuerpos civiles, según la hermosa expresión de Aristóteles (1).

Preciso es reconocer que, en este punto, están completamente de acuerdo los naturalistas y los filósofos dignos de este nombre. Con efecto, Bufón no dudó en escribir que, « á »
 » menos que se pretenda que la constitución del cuerpo huma-
 » no ha sido antes de ahora diversa de lo que es hoy, y su
 » acrecentamiento mucho más rápido, habrá de reconocerse
 » que es imposible que el hombre haya existido nunca sin
 » constituir familia, porque los niños hubieran perecido segu-
 » ramente, si no hubiesen sido socorridos y cuidados por es-
 » pacio de algunos años, bien al contrario de los animales
 » recién nacidos, que sólo necesitan de los auxilios de la ma-
 » dre durante algunos meses». Añadió á renglón seguido, con los mismos aciertos de pensamiento y de observación: « Es indudable que sólo esta necesidad física basta para de-
 » mostrar que la especie humana no ha podido permanecer,
 » ni multiplicarse, sino con el auxilio de la sociedad, y que la
 » unión de los padres y madres con los hijos está en el orden
 » de la naturaleza, puesto que es necesaria para la conserva-
 » ción de la especie» (2). Bien conocidas son de los doctos

(1) Ginés Sepúlveda, *Aristotelis de Republica*, libro I.

(2) Bufón, *Espíritu de Bufón*, cap. VII.

las palabras con que Aristóteles definía á la familia, apellidándola « asociación natural y permanente por excelencia » (1).

Es evidente, y bien indicado queda, que la familia existe en primer lugar para perpetuación de la especie. De aquí que pequen gravemente contra la naturaleza de la familia, y por consecuencia contra la perpetuación de la especie, los que faltan voluntariamente á esta misión salvadora. Generalmente en los pueblos jóvenes, vigorosos, prepotentes, estas faltas, ó no se dan, ó apenas se dan, al contrario de lo que sucede en los pueblos enfermos, viejos, derruídos por la decrepitud, en los que se dan siempre ó casi siempre. En realidad, las naciones que así obran, no infringen impunemente los deberes que, con espontaneidad notoria, nacen de la ley natural. Á los males de la enfermedad, de la vejez, de la decrepitud se une el decrecimiento de la población, decrecimiento que trae por aparejada consecuencia, si se trata de una nación pobre, la miseria, la extenuación, la ruina total, y si se trata de una nación rica, que extranjeros la invadan, ya en son de guerra, ya pacíficamente, y ocupen los puestos, vacíos por la muerte, no ocupados por los que debieran nacer y no nacen. Así se cumple una vez más la ley de la repugnancia que la naturaleza siente al vacío en el orden de todas las existencias y actividades

Por lo demás, la familia es, á no dudarlo, la única institución que, considerada en sus elementos esenciales, no ha sido atacada, sino en tiempos muy recientes, en nombre de la ciencia, de la justicia, del derecho natural (2). Es que la existencia de la familia se impone, en toda organización regular, aún más imperiosamente que la de la propiedad, según expresión

(1) Aristóteles pudo declarar, en el primer capítulo de su *Política*, que la familia es la asociación natural y permanente por excelencia, y recordar luego que Carondas había podido decir de los miembros que la componían, que comían á la misma mesa, y Epimenedes de Creta, que se calentaban en el mismo hogar.

(2) Federico Engels, *Origen de la familia, de la propiedad y del Estado*, pág. 40 y siguientes, y Juan Grave, *La sociedad futura*, cap. XXII y siguientes.

de Le Play. Pero la familia no ha podido sustraerse en todas partes á la evolución del medio en que ha vivido, y si no ha cambiado su esencia íntima, en cuanto instrumento de conservación de la especie, ha disminuído considerablemente su eficacia, y alterado de algún modo, en algunas naciones, su manera de ser, como elemento social, hasta extremos que hubieran parecido á nuestros ascendientes imposibles por absurdos. En efecto, pocos ignoran que se dan ciudades y aun naciones en que los matrimonios se conciertan bajo la base de la esterilidad unas veces y otras veces bajo la de limitación de la prole á uno, dos ó tres hijos, habiéndose dado familias, en Francia sobre todo, que han expulsado de su seno al jefe por haber éste engendrado un número considerable de hijos (1). No puede sorprender á nadie, en este caso, que de matrimonios así constituídos sólo nazca un nuevo hijo á los diez ú once meses de haber fallecido otro anteriormente nacido. No puede extrañar tampoco, después de esto, que en Nueva York, por ejemplo, sea lícita la industria de los abortivos, según el testimonio de Donnat (2). La verdad es que, si en algunas naciones de Europa no es legalmente lícita esta industria, es al menos tolerada, puesto que la policía y los tribunales hacen como que la desconocen (3). ¿Quién ignora, por otra parte, el abandono en que los padres dejan á los hijos en Berlín, donde la compraventa de los menores constituye en muchos casos una industria paterna que no se detiene ni aun en las fronteras mismas de la prostitución? Quanto al mutuo auxilio de los cónyuges, ¿qué puede quedar de este mutuo auxilio, después de establecido el divorcio, que sólo en Francia disuelve al año de ocho á diez mil familias, y ha de añadirse, por respetos debidos á la verdad, que esta ola de destrucción

(1) Urbain Guerin, *L'Evolution sociale*, libro IV, cap. I.

(2) León Donnat, *La politique experimentale*, cap. XXX.

(3) «Un professeur de l'École de médecine a dit un jour dans un cours qu'une sage femme lui avait avoué faire cent avortements par an... Il existe dans Paris des maisons d'accouchement que tiennent d'horribles mégères; ce sont à la fois des maisons d'avortement et de prostitution, et les hideuses operations qui s'y passent ne tombent que rarement sous la main de la justice.»—Guerin, obra citada, pág. 331.

crece rápidamente de día en día, de hora en hora, de minuto en minuto, de segundo en segundo?

Por dicha estos venenos de corrupción social ó no han penetrado ó apenas han penetrado en España. Así y todo, preciso es reconocer que la condición de los ancianos en la familia no es ciertamente, en todos los casos, la propia, por deberes de naturaleza, y aun en ocasiones por los egoísmos mismos, puesto que los ancianos atesoran los más preciosos caudales de luz y de experiencia, libres, por lo demás, de los fuegos de las pasiones y de los extravíos de la imaginación. Pero si no es la de hoy la condición que tenían hace cincuenta ó cien años, cuando sus indicaciones eran mandatos para hijos, nietos y biznietos, cuando vivían en el hogar rodeados de todos los respetos y de todos los cariños, cuando eran vigilantes ciertos del cumplimiento de la ley moral en la familia y su autoridad era por todos siempre acatada, todavía es inmensamente mejor, aun en la familia obrera, y las excepciones sirven en este caso para confirmar la regla, que la que tienen en las naciones apellidadas las primeras en los caminos anchurosos de la civilización y del progreso. También en este caso conviene consignar una observación: la situación de los ancianos en las familias guarda casi siempre relación con el nivel moral de éstas. Por esto en gran parte de España aun las familias más pobres guardan en su casa á los ancianos, y los hijos y los nietos trabajan con gusto para alimentarlos y vestirlos con arreglo á su clase y condición económica, y por esto también en algunas grandes poblaciones y no pocas naciones extranjeras se sustituye el hogar por el asilo, y el anciano que ya no puede producir elementos de riqueza, falto de fuerzas, desmayadas sus energías, sin otra luz para sus ojos que la siniestra y triste de los desengaños, ve resbalar los últimos días entre dolores intensos y amarguras inacabables, sin otros afectos que los que la caridad le prodiga y la acción del Estado consiente. Sin duda ninguna los asilos para ancianos son una institución buena. Pero convengan todos en que sería inmensamente mejor que los ancianos no necesitaran de este recurso supremo de vida, porque hijos y nietos acudieran presurosos

con sus medios á sembrar de flores y de alegrías el camino de sus ascendientes, astros por desgracia cada día más próximos al ocaso.

Restos quedan y recuerdos aún vivos de la familia patriarcal, no sólo entre los pueblos de pastores de Oriente, no sólo en la constitucion familiar de los labradores rusos, no sólo entre los eslavos de las naciones centrales de este viejo continente, sino también en España, singularmente en el Norte y en el Noroeste de la Península. Pero hoy el tipo de familia que predomina no es el de la familia patriarcal, ni siquiera el de la familia con arraigo de lustros, y en ocasiones de siglos, en una comarca, ciudad ó pueblo determinado. Existen todavía muchas familias, mejor dicho quizás, muchísimas familias de esta clase. Su número va disminuyendo, sin embargo, rapidísimamente. La evolución la arrastra á la ruina. Y en todas partes es sustituida por la familia instable, cuya constitución se parece no poco á la barca de pescadores que echa el ancla donde las necesidades de la pesca lo exigen. Así se ve, gracias á la facilidad de las comunicaciones, á gentes que viven, con residencia oficial al menos, en una población y trabajan en otra, como sucede en Bilbao, por ejemplo, donde entran y salen de ordinario de catorce á diez y seis mil personas, en su inmensa mayoría obreros, y en Bélgica también, donde el Estado da toda clase de facilidades á los trabajadores hasta extremos de darles billete gratis en ferrocarriles y tranvías á fin de que puedan buscar y encontrar trabajo donde lo haya en condiciones de más positivos rendimientos.

Un árbol, una planta, una flor pueden ser trasplantadas en muchos casos sin peligros para su existencia. También puede serlo el hombre, é igualmente puede serlo la familia. Pero ¿acaso no será peligroso el trasplante cuando el árbol, la planta, la flor, y singularmente el hombre y la familia, hayan de cambiar por completo de medio físico y de medio moral de vida? En las familias estables los ancianos ejercen grande y bienhechora influencia sobre hijos, nietos y biznietos, sobre todo cuando se trata de las prescripciones de la ley moral (I).

(1) «Basta recorrer una parte cualquiera de Galicia, visitar á algu-

Para la familia inestable, singularmente la familia pobre, los ancianos son en muchos casos una carga molesta que, por desgracia, más de una vez se confía á los asilos. En las familias inestables los medios de vida no están asegurados, como lo están en la familia patriarcal, como lo están en las familias con raíces profundas en población determinada. Para la familia de arraigo, los contratiempos de la vida son casi siempre tempestades que pasan, dejando á flote el bajel. Para la familia inestable, cada ola de tempestad es un peligro para ella, privada como está de todo auxilio que no nazca de las propias fuerzas. Por esto, aparte la corrupción de la voluntad, elemento primario de toda disolución social, resulta bien claro, estudiada la población de nuestros establecimientos penales, que la inmensa mayoría, la casi totalidad de los reclusos en ellos existentes han nacido en el seno de familias inestables.

Además de la razones, indicadas mejor que expuestas, pueden aducirse otras muchas en favor de la tesis sustentada.

No es ciertamente la de menor importancia la que nace de la naturaleza misma de la condición jurídica de la familia en el derecho de no pocos de los pueblos europeos. No es ésta ocasión de discurrir sobre la libertad de testar en relación con los otros sistemas de transmisión de bienes por causa de muerte. Pero sí lo es de hacer constar que la partición forzosa de las herencias es la primera de las causas de la formación de las familias inestables, así como en la condición industrial de los pueblos modernos ha de buscarse la causa segunda. Antes las familias se agrupaban alrededor de un convento, junto á una iglesia ó ermita famosa, en las inmediaciones de un castillo, y allí permanecían por siglos. Ahora se agrupan alrededor de unos talleres inmensos, de una fábrica gigantesca, de unos altos hornos, de unos astilleros en que se construyen buques que parecen catedrales. Mas no se ligan á ellos

nas familias, especialmente de las del campo, para convencerse de que la sociedad familiar gallega conserva algo del antiguo carácter patriarcal de las familias primitivas de aquel territorio.» Isern, *La sociedad familiar gallega*, pág. 3.

con otros vínculos que los del contrato del trabajo. De este modo cambian de residencia cada vez que las conveniencias del trabajo lo aconsejan ó de algún modo lo exigen. Por esto se ve que el descubrimiento y explotación de unas grandes minas ocasionan cambios de gran consideración en las ciudades y pueblos á que el descubrimiento y explotación más directamente afectan. ¿Se habría llegado á estos extremos de disolución de las familias estables, en unos casos, y en otros, de dispersión casi general de sus miembros, sin la partición forzosa de las herencias, impuesta á la familia por las leyes?

Las familias inestables, por la condición misma de su inestabilidad, corren riesgos de monta, no sólo desde el punto de vista ético, sino desde el punto de vista económico y de existencia material. El obrero estante en el pueblo en que nacieron sus padres y viven sus hijos, cuenta con más medios de evitar naufragios que el obrero inestable. ¿Qué importa á este alcanzar jornales elevados si vive sin medios de afecto, motores casi siempre seguros de la caridad, y puede perecer al menor contratiempo? ¿Qué importa á una familia de la clase media, sin bienes seguros de fortuna, el cambio de medio de vida, con mejoras de momento, si la realidad ha de destruir, en no pocos casos luego, muchos sueños de esperanza, si ha de disipar el viento las nubes de doradas ilusiones? Claro es que el régimen industrial, nota característica de estos tiempos, hace punto menos que inevitables muchos de los males que engendra la inestabilidad de las familias. Pero no menos claro también que las clases directoras y el Estado no hacen cuanto pueden, como lo hace el Estado belga, por ejemplo, para evitar en lo posible las consecuencias de estos males. La familia obrera, que busca y encuentra trabajo en un centro industrial, colocado lejos del pueblo en que nació, y ve perecer aquel centro de producción arrebatado á la existencia por una crisis de mercado, ¿encontrará siempre y en todos los casos, con la perentoriedad exigida por sus necesidades, en tierra desconocida ó poco menos, los medios necesarios de librarse del naufragio? ¿Podrá encontrar siempre medios de modificar su modo de ser en la forma del trabajo? ¿Quién será capaz de describir las amarguras de esta

familia hasta alcanzar una situación de estabilidad abundosa, aunque ésta sea sólo accidental? Estudiadas cien familias obreras de los barrios extremos de Madrid, por ejemplo, es bien fácil descubrir la raíz del pauperismo, mancha que oscurece el brillo de la civilización moderna. En efecto, en la inmensa mayoría de los casos aparece un individuo, aparece una familia que dejó el pueblo de sus mayores en busca de mejora de condición social y económica, no encontró lo que buscaba, y la falta de trabajo en algunas épocas del año, y la miseria con el agotamiento de las fuerzas, le llevaron á situaciones extremas que no previó al salir de su comarca con la imaginación llena de deleitosas ilusiones.

Por lo demás, es en vano que se quiera detener á la evolución en su carrera de automóvil, ó de tren rápido. Las poblaciones crecen, en España sobre todo, y es preciso que crezcan también las subsistencias. Después de todo, el límite de las subsistencias es el límite natural de la población. De aquí que sea preciso pedir á la industria lo que la agricultura no puede dar, en todos los casos y lugares, para la conservación de la especie. De aquí que sea también preciso que los jefes de familia sepan acomodarse á la condición de los tiempos. Así como así, basta recorrer las comarcas en que todavía no han penetrado las auras del progreso para convencerse de que estas comarcas luchan en vano con aquellas otras en que los adelantamientos son hechos indiscutibles. En éstas todo es movimiento, y sabido es que el movimiento es vida. En aquéllas, casas aristocráticas que caen con estrépito, hechas pedazos por el huracán de la evolución que todo lo arrolla, destrozos ocasionados casi siempre por no haberse acomodado con tiempo á las exigencias de la evolución iniciada; casas de la clase media que se destruyen por empeñarse en inscribir á sus hijos en las profesiones liberales en vez de inscribirlos en las profesiones positivas, en la agricultura, en la industria, en el comercio, acomodados á las exigencias de los modernos códigos de acción dictados por los últimos progresos, y casas de obreros, ayer bien abastecidas de todo lo necesario para el sustento, convertidas en ruinas por inventos que confían á las máquinas

el trabajo que hasta entonces se confiaba únicamente al hombre. ¿Es posible desconocer estos hechos cuando á la vista de todos se producen? ¿Es posible negar que estos hechos influyen, cada vez por modo más decisivo, en el modo de ser del hombre, individualmente considerado, en el modo de ser de la familia, en el modo de ser de la sociedad, en el modo de ser del Estado? ¿Saldrá incólume la familia de la prueba por que habrá de pasar al través de la evolución con grandes energías iniciada y sostenida, empujada por vientos de desatadas pasiones?

Por desgracia, existen todavía muchas gentes en España que creen que el mundo no anda porque ellas no se mueven. Ciertamente no se ha llegado, ni con mucho, aquí, á los extremos de corrupción social y de destrucción de la familia que en Francia, por ejemplo. Consta, sin embargo, por el testimonio de autoridades morales por todos reconocidas, que el veneno de la esterilidad concertada, absoluta ó relativa, en los matrimonios, hace estragos de monta en determinadas clases sociales de Barcelona, sin que sea posible exceptuar de la regla á las clases populares, y algo muy parecido, aunque con menos intensidad, existe en Valencia y algunas poblaciones menos importantes (1). En realidad los efectos de los males indicados son fáciles de calcular sin más trabajo que leer á continuación la tabla de decrecimiento de la natalidad en Francia, nación latina como España, decrecimiento que comienza con el siglo pasado, continúa en todo el siglo, y sigue en los años transcurridos del siglo presente.

La natalidad en Francia estaba representada:

De 1801 á 1810	por	32,9.
» 1811 » 1820	»	31,7.
» 1821 » 1830	»	30,6.
» 1831 » 1840	»	28,8.
» 1841 » 1850	»	27,3.
» 1851 » 1860	»	26,1.

(1) Una información muy detenida, practicada con el auxilio de eminencias universitarias de tanta seriedad y seguridad en sus trabajos como el Sr. Rodríguez Cepeda, por ejemplo, permite afirmar con absoluta certeza cuanto se dice en el texto.

De 1861 á 1870 por	26,4.
» 1871 » 1880 »	27,6.
» 1881 » 1890 »	24,0.
» 1891 » 1900 »	23,5.
» 1901 » 1904 »	21,9

Completará de algún modo este cuadro la cifra, si no exacta á lo menos oficial, del exceso de los nacimientos sobre las defunciones en España, y la cifra, también exacta, del exceso de nacimientos sobre las defunciones en Francia. Claro es que el lector deberá tener en cuenta que la población de Francia es ciertamente mayor que la nuestra.

Sin embargo, el exceso de nacimientos sobre las defunciones estuvo representado en España, de 1896 á 1902, por las siguientes cifras:

En 1896 por.....	115.651
» 1897 » ..	105.084
» 1898 » ..	93.538
» 1899 » ..	99.479
» 1900 » ..	91.132
» 1901 » ..	143.074
» 1902 » ...	178.398
<i>Total exceso de los nacimientos.....</i>	<u>826.356</u>

El exceso de los nacimientos sobre las defunciones estuvo representado en Francia, de 1896 á 1902, por las siguientes cifras:

En 1896 por.....	93.700
» 1897 » .	108.088
» 1898 » ..	33.860
» 1899 » ..	31.394
» 1900 » ..	25.988
» 1901 » ..	»
» 1902 » ..	53.944
<i>Total de exceso de los nacimientos.....</i>	<u>346.974</u>

En el año de 1901 no sólo no hubo en Francia exceso de nacimientos sobre las defunciones, sino que hubo 72.398 defunciones más que nacimientos. Así resulta que España, me-



nos poblada que Francia, tiene, por término medio anual, 118.050 nacimientos más que defunciones, mientras el término anual en Francia es sólo de 49.567 (1).

El primer castigo que Francia sufre por sus infracciones de las leyes natural y moral es sin duda la necesidad, por las razones indicadas antes, de presenciar cómo belgas, alemanes, italianos é ingleses la invaden rápidamente. En efecto, el número de extranjeros residentes en Francia en 1901, última estadística publicada, ascendía á 1.037.778, y en el mismo año había sólo en París 45.765 extranjeros naturalizados y 157.565 sin carta de naturalización, y la invasión, en vez de disminuir, aumenta ciertamente de año en año. Existe, sin embargo, en la nación hermana un disolvente más poderoso todavía que los que se han indicado, y este disolvente es la ley del divorcio publicada en 1884 (2).

La tabla de crecimiento de los divorcios en Francia está representada por las siguientes cifras:

Hubo en 1884.....	1.657	divorcios.
» 1885.....	4.477	»
» 1886.....	2.950	»
» 1887.	4.690	»
» 1888.	5.762	»
» 1889.....	4.768	»
» 1890.	5.457	»
» 1891.....	5.752	»
» 1892.....	5.772	»
» 1893.....	6.184	»
» 1894.....	6.419	»
» 1895.....	6.743	»
» 1896..... . . .	7.051	»
» 1897.....	7.460	»
» 1898.....	7.238	»
» 1899.	7.179	»
» 1900..... . . .	7.157	»

(1) Estos datos están tomados de *The-Statesman's Year-Book* de los años que se citan en el texto.

(2) *The Statesman's Year-Book* de este año eleva á más de treinta mil la cifra de los divorcios celebrados en Francia, de 1884, en que se estableció el divorcio, hasta la fecha actual. El progreso es de veras rápido.

Hubo en 1901.....	7.741	divorcios.
» 1902.....	8 431	»
» 1903.....	8.919	»
» 1904.... . . .	9.860	»

Se ha atribuído á un Ministro de Inglaterra la originalidad de determinadas observaciones acerca de la decrepitud de los pueblos latinos en general. En realidad, la observación es de Blunstchli, que la formuló muchos años antes de que la repitiera el Ministro á que se ha aludido. Después de observar el autor citado, de acuerdo con la realidad, que los pueblos latinos tienen técnicos brillantes y brillantes oradores, hubo de añadir, de acuerdo también con la realidad, que la imaginación de estos pueblos es fértil, la dialéctica sutil, el lenguaje claro y expresivo. De acuerdo igualmente con la realidad, añadió que los latinos poseen las tierras más hermosas de Europa, aman con entusiasmo á la patria, emigran poco en relación con otros pueblos, y son de hecho más sedentarios que los germanos. Pero dobló en seguida la hoja, y afirmó con gran energía, que estos pueblos están atacados de vejez, y así naturalmente aparecen sus fuerzas en parte consumidas. Completando de algún modo su pensamiento, terminó haciendo constar que Napoleón intentó en vano reunir en una sola familia política á todos los pueblos latinos, bajo la dirección y el protectorado del imperio francés, y hubo de fracasar en sus propósitos (1). ¿Acaso, si bien se mira, este intento de Napoleón no prueba, por lo que hace á España, la energía, la virilidad, el valor de la raza hispana? Porque el hecho es que Napoleón triunfó de Francia, mejor quizás, de su democracia, triunfó de Italia é hizo de ella cuanto le vino en gana, venció, humilló y en cierto sentido deshonoró á Austria, destrozó los ejércitos de Prusia, y dispuso de los Estados pequeños como de muebles caseros. Sólo España, abandonada de sus reyes, atrasada en las conquistas de la civilización y del progreso, sumida además en los horrores de la anarquía, opuso, con tenacidad invencible, muro de bronce á las ambiciones napoleónicas, y asestó á aquéllas el dardo que había

(1) Bluntschli, *Politik als Wissenschaft*, lib. III, cap. I.

de hacer posible la destrucción completa del primer imperio.

¿Puede ser acusada de decrepita una nación que progresa con paso cierto, tanto en población como en riqueza, y además de esto conserva el nivel moral y el término medio de la familia, como en los tiempos en que dió testimonio de más virilidad y grandeza, cuando era conquistadora y soberana de dos mundos? Es cierto, y lealmente se ha indicado, que en el cuadro se dan manchas. Pero ¿qué significan estas manchas al lado de lo que sucede en la casi totalidad de las naciones europeas, y apuntado queda para enseñanza de todos? El Sr. Costa quiere que España se europeice, y, en efecto, España debe tomar del resto de Europa lo verdadero, lo bueno y lo bello que no tiene en casa y necesita. ¿Quiere decir esto que deba aceptar á bulto todo lo que fuera de sus fronteras se produce? ¿Debe abrir su casa, por ejemplo, á los libros y láminas pornográficas que Holanda exporta como mercancía de ley? ¿Debe permitir que las manchas que se han señalado oportunamente se extiendan con libertad absoluta, como si se tratara de un progreso verdadero? ¿Han de tolerar aquí los Gobiernos lo que en Berlín ocurre, por ejemplo, acerca del abandono y corrupción de menores? Si esto sucediera, entonces sí que nos europeizaríamos y europaerizaríamos á la familia. Los nacimientos disminuirían y las defunciones crecerían como la espuma. Con el término de la honrada familia española coincidiría el término de España, puesto que España vive porque la familia vive como en sus mejores tiempos, salvo las excepciones indicadas que sirven para confirmar la regla.

Mas de la familia española y de sus excelencias habrá de tratarse por modo especial en el artículo siguiente.

DAMIÁN ISERN.

LOS INSECTOS

Generalidades y ejemplos de algunos que tenemos en España.—Particular estudio de los más importantes desde el punto de vista patógeno, agrícola é industrial.

I

Consideraciones generales.—Clasificación y ejemplos de algunas especies de España.

Sumario.—Los insectos constituyen una numerosa agrupación muy bien caracterizada, que encierra más de 180.000 especies.—Abundancia de los mismos en la naturaleza, lugares que habitan, alimentación y colores que tienen, laboriosidad y funciones económicas que desempeñan.—Instintos maternales y vida per zosa de algunos; existencia solitaria y sociabilidad de otros.—Órganos acomodados á satisfacer sus necesidades.—Clasificación.—Apterigógenos.—Dípteros: Moscas y mosquitos.—Hemípteros: Cigarras, hemípteros acuáticos, cochinillas y chinches de los vegetales.—Lepidópteros: Microlepidópteros y macrolepidópteros.—Himenópteros: Himenópteros útiles y nocivos.—Neurópteros: Neurópteros de larvas acuáticas y de los que las tienen terrestres.—Ortoneurópteros ó Arquípteros: Libélulas y termes.—Ortópteros: Ortópteros marchadores y saltadores.—Coleópteros: Sitios donde se encuentran: debajo de las piedras; en los excrementos; en los prados; en las aguas; en los cadáveres de los animales; sobre los árboles, debajo de las cortezas y de los musgos que las cubren; en las flores; en los detritus abandonados por las aguas; en los bordes del mar; en los hormigueros ó nidos de otros animales; en nuestras propias viviendas; en los caminos, cementerios, fábricas y almacenes de maderas.

Los *insectos* constituyen una de las más numerosas agrupaciones de todos los animales conocidos, pues calculando que exceden de 272.000 las especies que encierra el *reino animal*, y que se han estudiado hasta hoy, pasan de 180.000 las que corresponden á los *insectos*.

Mas si dicha agrupación es numerosísima, los animales que comprende se muestran con caracteres tan homogéneos, que no es difícil establecerla y conocerla y así lo hacen y la estudian los hombres de ciencia, dándole el nombre taxonó-

mico de *clase*, igual á si dijéramos *estado* ó *reino*, dentro de un *continente*, en las tan conocidas agrupaciones geográficas.

En dicha *clase* se observan, por otra parte, ciertas variaciones de organización, que se han utilizado, asimismo, para establecer grupos inferiores que siguen inmediatamente á aquélla, los cuales se llaman *órdenes*, que vale lo mismo que decir *provincias* en los referidos *reinos* ó *estados* geográficos.

Los *animales* de dichos *órdenes* se hallan repartidos con grande profusión en toda la superficie del globo, pues apenas existe localidad en el mismo donde no se encuentren los *insectos*, que habitan los bosques, selvas, montes y espesuras, igualmente que los campos y las aguas límpidas y las estancadas (figs. 1.^a y 2.^a).

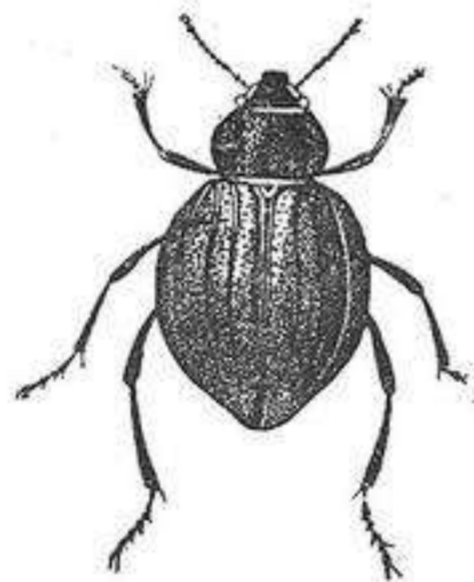


Fig. 1.^a—*Pimelia bipunctata*, F., como ejemplo de insecto terrestre, que desde los primeros días de la primavera se encuentra en España corriendo por las orillas de los caminos y parajes expuestos al sol.

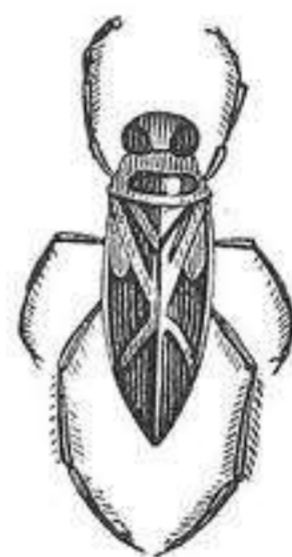
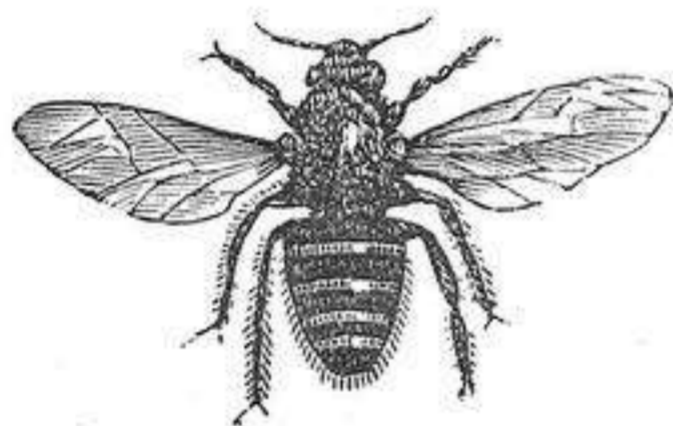
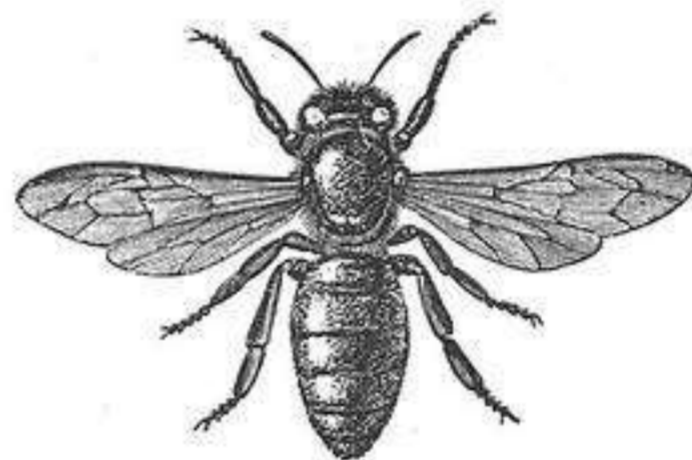


Fig. 2.^a—*Notonecta glauca*, L., como ejemplo de insecto que habita con preferencia en las aguas estancadas de España y se alimenta de otros insectos que mata con su saliva.

Las tierras heladas y sobre los mismos hielos, donde la vida casi es imposible, y en cuyas estaciones menos rigurosas se aventuran á ocupar solamente algunas familias esquimales, allí en aquellas regiones se agitan ó viven también estos animales. Y aunque en dichos países desolados sus especies sean poco numerosas, se compensa su disminución aumentando la cantidad de unos mismos individuos. Verdad es que las plantas y los animales abandonados por el agua en sus riberas, los restos orgánicos que dejan las olas sobre los arenales de las playas, y los despojos ó desperdicios que denuncian el tránsito de los hombres por la tierra, constituyen otros tantos materiales alimenticios de que se sirven los

animales de que hablamos. Bajo los trópicos, en esas comarcas donde la creación se manifiesta esplendorosa, la escena se anima también de un modo extraordinario, embelleciéndola multitud de *insectos*, cuyos élitros brillan más que metales, y cuyas alas, matizadas de colores centelleantes, según dice el célebre naturalista E. Blanchard, hacen palidecer á las piedras más preciosas. En nuestros climas, durante los hermosos días del año, anima y alegra nuestros campos la presencia de otros seres de esta clase, que aunque más modestos que los primeros por sus brillos y colores, no dejan de ser interesantes desde muchos puntos de vista. Y hasta en las costas marítimas habitan especies particulares que viven sobre la arena movediza bañada por las olas, sin alejarse apenas de sus riberas.

Fig. 3.^aAbeja obrera. (*Apis mellifica*, L.)Fig. 4.^aAbeja reina. (*Apis mellifica*, L.)

Durante una parte del año la actividad de los *insectos* no tiene comparación, porque sus larvas, comiendo, royendo y devorando con una asombrosa actividad, crecen y se desarrollan en el menor tiempo posible; los que son alados se buscan y persiguen en el aire, donde se fecundan, y las hembras eligen después un paraje á propósito para colocar sus numerosos huevecillos. Las especies laboriosas, como los *Himenópteros* ó *moscas de cuatro alas*, que así también los llaman algunos, parece que viven únicamente para el trabajo, mostrándose de continuo tan sumamente ocupadas, como si tuvieran conciencia de que no deben perder un momento viviendo en la inacción (figs. 3.^a, 4.^a y 5.^a). La *abeja* solitaria cava el suelo ó los muros derruídos, en los que hace sus celdillas para fabricar su miel, después de haber recogido el

polan de las flores, apresurándose á llevar estas provisiones á las células destinadas á contener los huevecillos. Las *avispas*—*Sphex*—buscan para sus larvas los cadáveres de otros insectos, que han de alimentarlas en aquel estado. Los *Ineumonidos*, *himenópteros* también, de cuerpo esbelto y antenas vibrantes, utilizan igualmente una larva, á la que, valiéndose

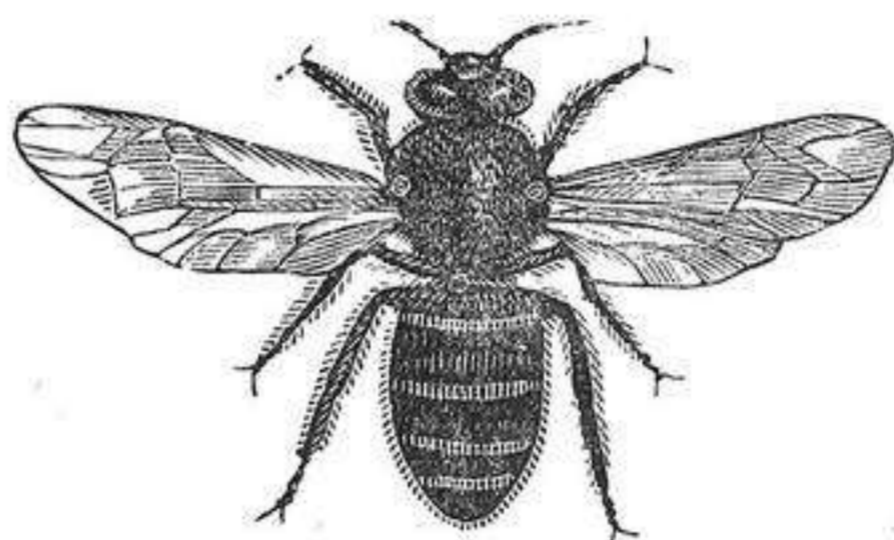


Fig. 5.^a—Abeja zángano. (*Apis mellifica*, L.)

Como ejemplo de insectos laboriosos colocamos á las abejas (*Apis*), que forman sociedades numerosas y perennes, compuestas de machos ó zánganos (fig. 5.^a); hembras fecundas ó reinas (fig. 4.^a), y otras estériles ú obreras (fig. 3.^a). Esta especie es tan interesante por sus costumbres como por la grande utilidad que se saca de sus productos.

de su taladro, horadan la piel para introducir por su orificio un huevo en el cuerpo del animal que no tiene defensa—se llamaron *pupívoros* por Latreille.—Las especies carniceras, con fuertes corazas y vigorosas armas de ataque, persiguen

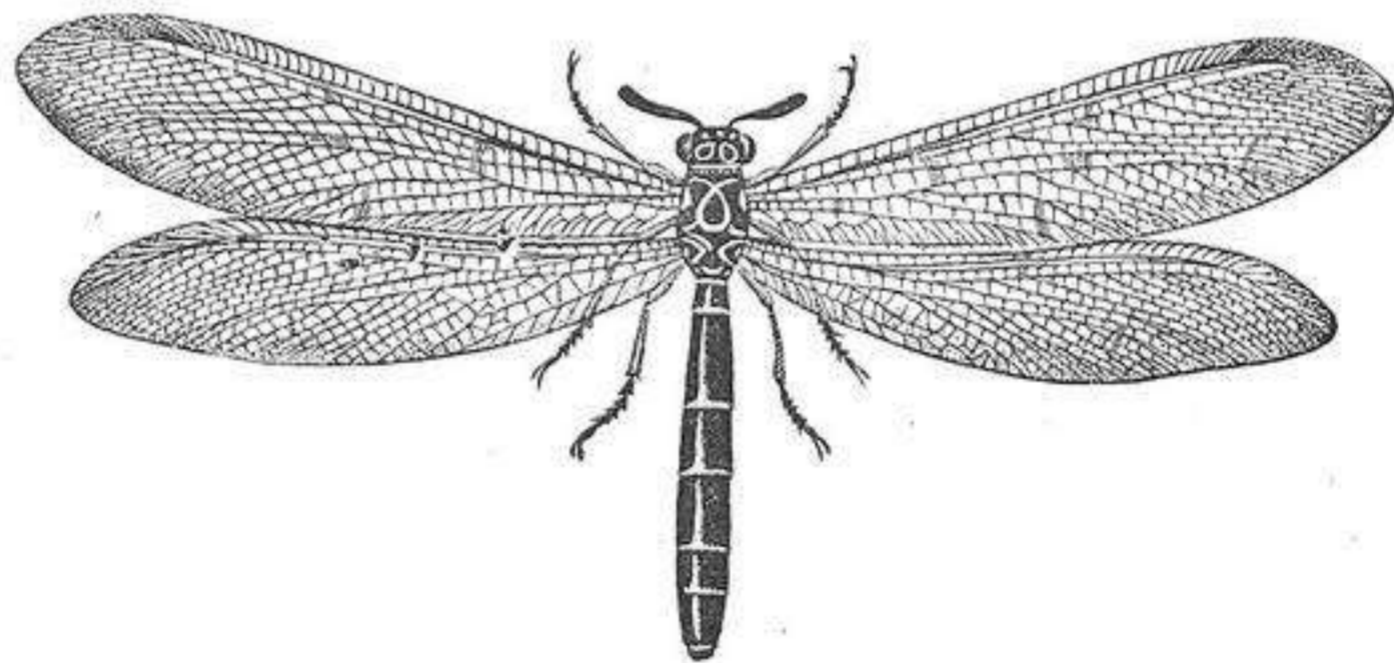


Fig. 6.^a—Hormiga-león (*Myrmeleon formicarius*, L.), como ejemplo de insecto carnicero, cuya larva construye una trampa para cazar á otros animales de los cuales se alimenta.

á las especies fitófagas, y las larvas de las primeras, con la piel blanda y fácil de herir, tienden lazos ó trampas con extraordinaria habilidad en los cuales caen sus presas, de las que se apoderan en seguida (figs. 6.^a, 7.^a y 8.^a).

Desde otro punto de vista los *insectos* realizan funciones diferentes. Si el cadáver de un animal yace sobre la tierra y

ésta se encuentra cubierta de inmundicias, los *necróforos*, guiados por su fino olfato, acuden con prontitud al sitio don-



Fig. 7.^a—Larva de *Hormiga-león*.

de se encuentra aquél, y reunidos varios individuos princi-

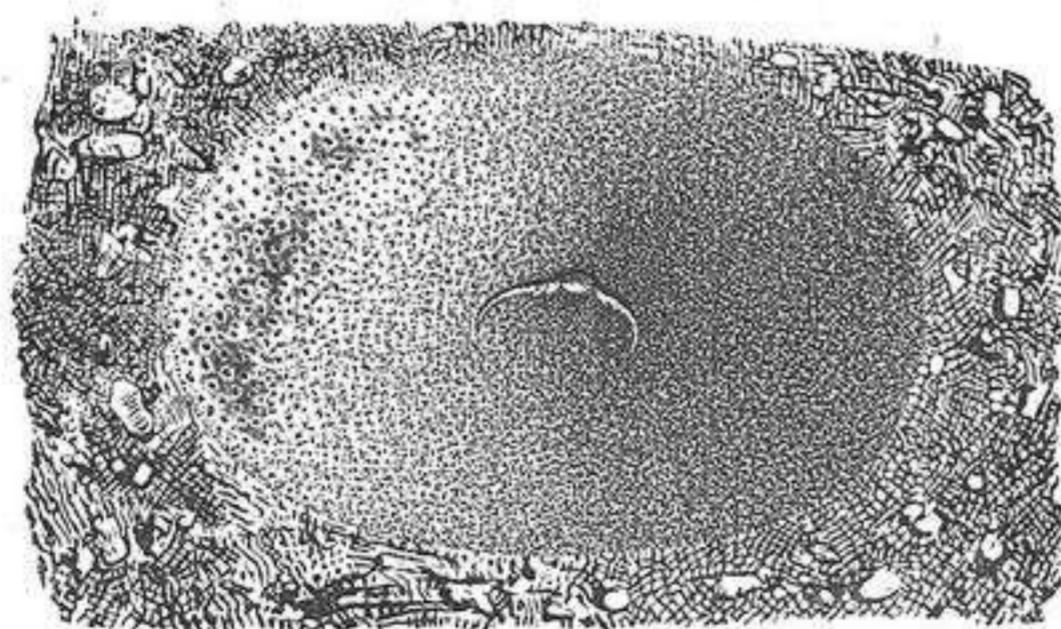


Fig. 8.^a—Hoyo formado por la *larva* de la *Hormiga-león* para cazar á sus víctimas. En los sitios arenosos se establece el hábil minero de que hablamos, y en ellos trabaja con materiales diminutos, resbaladizos y sin argamasa, el cono inverso que se ve en la figura, bastante sólido para sostenerse, con paredes incoherentes, y bastante móvil para desmoronarse al más pequeño movimiento que tenga lugar en sus bordes. En el fondo de este cono se coloca la *larva* de la *Hormiga-león*, cubierta en gran parte por la arena que forma la pared del mismo, y allí espera que pase por su orilla alguna hormiga ú otro insecto, que se hundirá por su peso, siguiendo la pendiente rápida de aquél. Mas como el instinto de conservación le advierte el peligro en que está, hace esfuerzos y lograría repasar el borde del cono si la *larva* no le arrojara una cantidad de arena hasta que su víctima, aturdida, magullada y agobiada por el ataque, caiga al fondo del abismo donde la espera con sus garras para devorarla.

pian á cavar debajo hasta formar una fosa que sirve para contenerlo, después de haber depositado las hembras sus

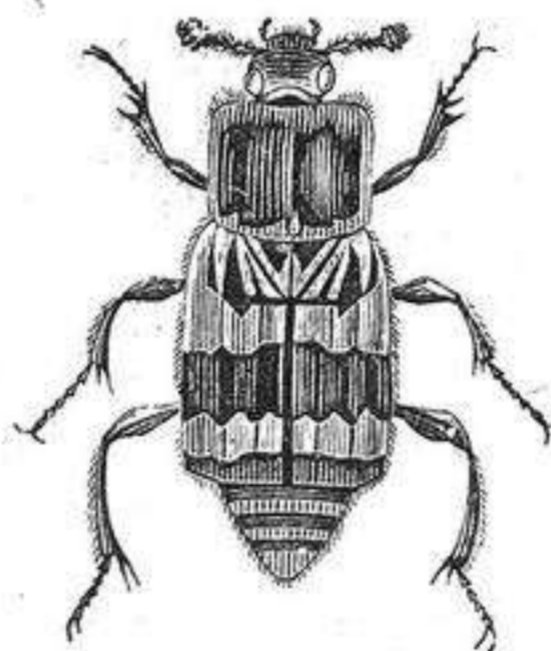


Fig. 9.^a—Necróforo enterrador (*Necrophorus vestigator* Hersch.)

huevos, de donde han de salir larvas que tienen que alimentarse de los despojos del animal muerto (figs. 9.^a y 10). Los

dípteros hacen igualmente la limpieza de aquellas materias orgánicas en descomposición cuya presencia molesta á nuestros sentidos. Y, por último, en el seno de la naturaleza los *insectos* realizan al mismo tiempo funciones compensadoras, como, por ejemplo, sucede cuando una planta se propaga con exceso, pues entonces tiene delante á las orugas que impiden su exagerada multiplicación, al par que aumentan el número de las larvas de los *ineumónidos*, enemigos irreconciliables de aquéllas, y, hablando de una manera general, se sabe

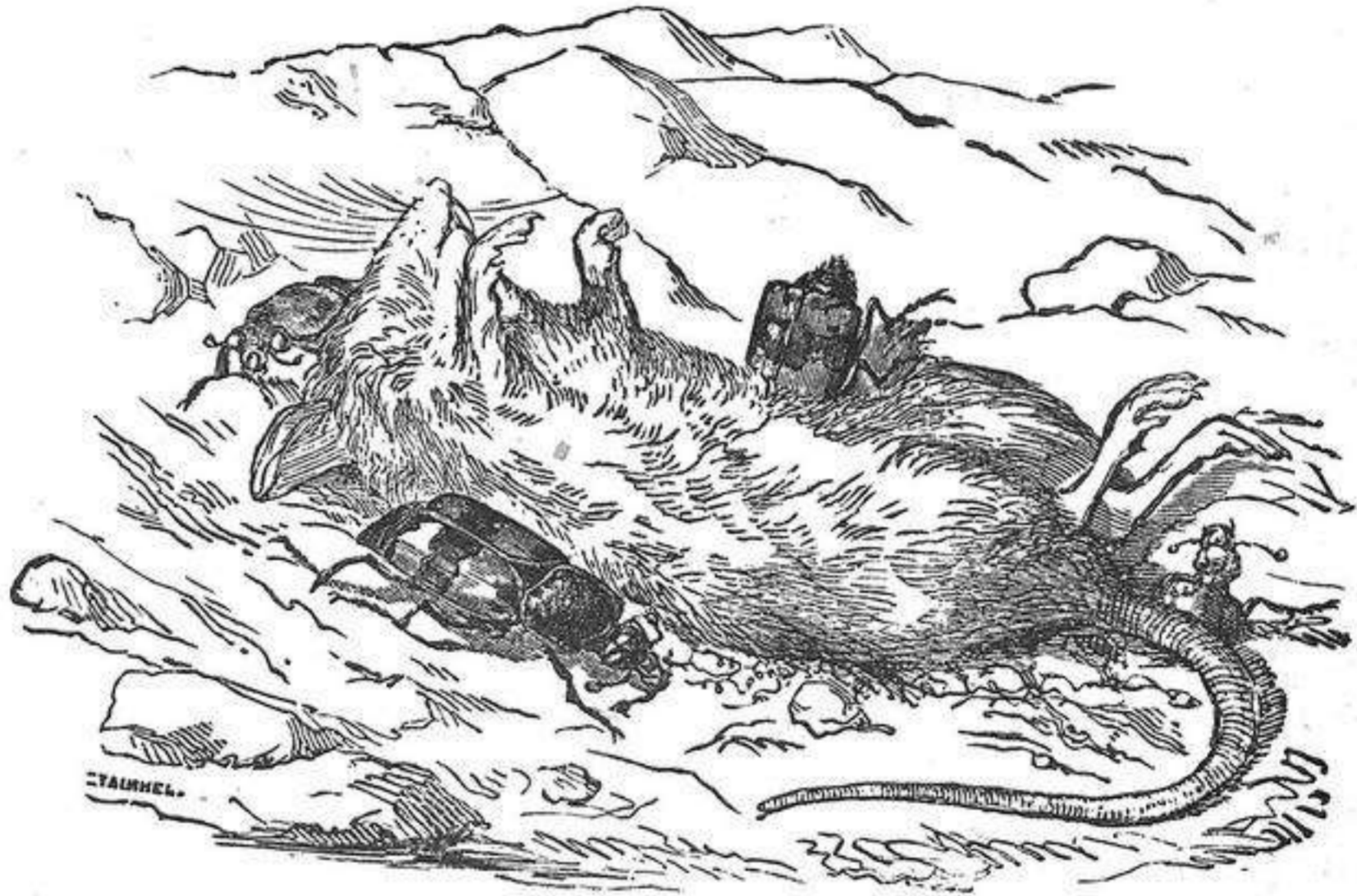


Fig. 10.—*Necróforos* enterrando á un topo.

que las especies fitófagas ó cuya vida siempre es más fácil, no llegan á aumentar su población, que es contenida por las carniceras que la impiden, obedeciendo á sus instintos naturales. De este modo se conserva el equilibrio de la creación á través de los siglos, pues si en Europa nos inquietan de continuo las especies nocivas, se debe á que los cultivos intensivos han alterado el orden de la naturaleza.

Una de las más grandes maravillas de la creación es el espectáculo del perfeccionamiento orgánico de los seres naturales. En cada grupo ó en cada familia de este mundo inmenso que se llama *Reino animal* existen unas especies de organización más complicada que otras, las cuales al mismo tiempo poseen instintos más desenvueltos que las demás.

Las hembras buscan retiros y construyen habitaciones para resguardar su posteridad, llevando á aquellas moradas las pro-

visiones necesarias para su sostenimiento, y no desaparecen de la escena de la vida hasta haber asegurado la existencia de cada larva que tiene que salir de sus huevos. Otras veces el instinto de la maternidad se manifiesta bajo una forma diferente, pues la madre alimenta á sus pequeñuelos desde su nacimiento hasta que llega el día de su metamorfosis, sin que jamás olvide este deber en ninguna de las generaciones que se suceden.

Algunos *insectos* llevan una vida perezosa; otros manifiestan una gran laboriosidad; también cierto número de ellos son solitarios, otros sociales, y en todos podemos contemplar modelos de infinidad de instrumentos de trabajo y de combate.

Si los animales más elevados en organización, los mamíferos, disponen de manos para asir, garras poderosas para retener una presa y dientes para desgarrar, y si las aves cuentan con diversas formas de pico y uña, los insectos tienen una variedad de instrumentos originados por numerosísimas modificaciones de todos sus apéndices. Las *mandíbulas* son pinzas, tenazas, tijeras, muelas y lancetas; y las *maxilas* piezas triturantes, trompas ó chupadores. El *labio* inferior es con frecuencia una hilera. Los apéndices locomotores se adaptan á una porción de usos: se hacen órganos cavadores ó para ahondar la tierra, ó pinzas, llevando á veces como rastrillos, horquillas, brochas ó cepillos; instrumentos todos construídos con una perfección tan sobresaliente, que deja muy atrás á las manufacturas confeccionadas por los hábiles obreros de las sociedades humanas civilizadas.

Clasificación.—Para orientarnos en el estudio que vamos á hacer de estos animales, estudio que no tiene otras pretensiones que difundir dichos conocimientos en la masa social de nuestra España, donde tan poco cultivado se encuentra, principiaremos estableciendo el siguiente

CUADRO GENERAL DE LA CLASIFICACIÓN DE LOS INSECTOS

Subclase I.—Apterigógenos.

Con vestigios de miembros abdominales en el estado adulto; carecen de alas y de metamorfosis. *Apterigógenos.*

Subclase II.—Terigógenos.

SIN MIEMBROS ABDOMINALES VERDADEROS; CON DOS Ó CUATRO ALAS Y SIN ELLAS CUANDO SON PARÁSITOS

A.—Terigógenos Dípteros.

Labios en trompa; las otras piezas bucales son punzadoras. Sin alas, ó con dos alas desnudas y balancines; metamorfosis completas. *Dípteros.*

Chupar.—

Chupadores.

B.—Terigógenos Tetrápteros.

Órganos punzadores formados por las mandíbulas y maxilas.

Cuatro alas desnudas y á veces córneas en la base ó sin alas; metamorfosis incompletas. *Hemípteros.*

Piezas bucales ó armadura bucal dispuesta para

Maxilas en trompa aspirante

Cuatro alas con escamitas; metamorfosis completas. *Lepidópteros.*

Lamer y cortar.—*Lamedores.*

Cuatro alas membranosas y poco venosas; metamorfosis completas. *Himenópteros.*

Cortar ó masticar.—*Masticadores.*

Cuatro alas membranosas reticuladas y semejantes. *Neurópteros.*

Metamorfosis incompletas. *Orto-neurópteros.*

Metamorfosis completas.

Metamorfosis incompletas. Alas anteriores, córneas y estrechas. *Ortópteros.*

Metamorfosis completas. Alas anteriores córneas en estuche. *Coleópteros.*

APTÉRIGÓGENOS.—De estos *insectos* podemos dar como ejemplo de especie española el *Lepisma aurea*, Duf., de color blanco amarillento y con anillos torácicos muy grandes que vive en los hormigueros de los alrededores de Madrid.

DÍPTEROS.—De estos insectos abunda mucho en todas partes la *mosca común*, *Musca domestica*, L., y en los bosques



Fig. 11.—*Olivo*. (*Olea europæ*, L.), en cuyo fruto desova la mosca, cuyas larvas lo comen.

y senderos, posándose sobre las hojas caídas, la *mosca del campo*, *M. campestris*, R. Desv. En los sitios arenosos, la *Stomoxys calcitrans*, L. Introduciéndose en las cocinas en busca de la carne, la *Sarcophaga carnaria*, L. Frecuentando las flores, el *Syrphus pyrastry*, L., y el *S. ribessi*, L. Común hasta en los jardines, la *Volucella zonaria*, Poda. Muy reparado, el *Eristalis tenax*, L. y comunísimo en los bosques el *Hippobosca equina*, L. En las veredas y sembrados, parándose en las hojas caídas y los excrementos, la *Lucilia caesar*, L. En

los cerezos y olivos (fig. 11) el *Ortalis cerasi*, L., cuyas larvas se alimentan de cerezas, y el *Dacus oleæ*, F., que lo hacen de las aceitunas. Comen las materias estercorarias las del *Scatophaga stercoraria*, L. Vuelan en las colinas áridas los *Asilus crabroniformis*, L. En varias plantas, durante las horas de sol, se ven los *Anthrax morio*, L., y volando igualmente sobre las flores en sitios incultos, los *Chrysops cæcutiens*, L. Abundan también los mosquitos *Culex pipiens*, L., y los *Typula oleracea*, L., que vuelan sobre las hierbas próximas á los arroyos y cuyas larvas atacan á las raíces de los fresales y guisantes; mas otros muchísimos *dípteros* que dejamos de citar.

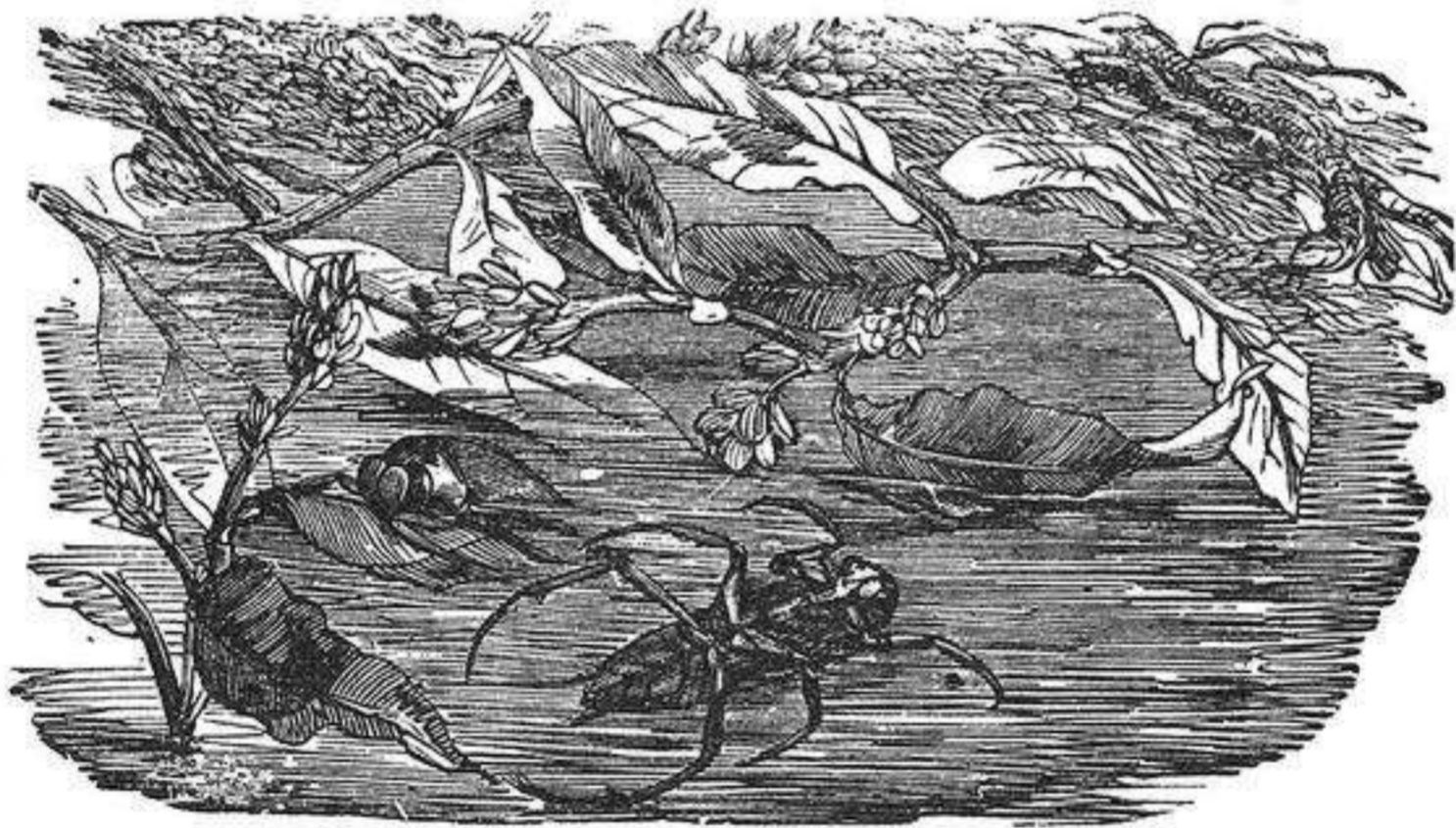


Fig. 12.—*Notonecta glauca*, L.

HEMÍPTEROS.—De los *insectos* de este orden tenemos también en España muchas especies, de las cuales citaremos algunas como ejemplo. Á ellas pertenece la conocida en todos tiempos, ruidosa y abundantísima en verano, *cigarra*, *Cicada plebeja*, Scop.—La *Notonecta glauca*, L. (fig. 12), que se ve en las aguas nadando de espalda para coger más fácilmente las presas que pasan por encima de ella.—El *escorpión de agua* ó *Nepa cinerea*, L., que en primavera y verano se encuentra en los charcos cenagosos.—La *aguja* ó *hidrometra de los estanques*, *Hydrometra paludum*, F. (fig. 13), que con sus patas largas y delgadas corre por la superficie de las aguas.—El *Limnobates stagnorum*, L., que en verano y otoño se halla en las orillas de los charcos.—El *Centrotus cornutus*, L., comunísimo en verano. Varias especies de *Kermes*, ó *cochinillas* que atacan á las cepas, chupan la savia y matan á

los melocotoneros, higueras, naranjos, albaricoqueros y otros árboles y arbustos, á cuyas expensas viven; mas los *chinchas* de las plantas como la *Scutellera lineata*, L. (fig. 14), que citamos como ejemplo, aunque es especie exótica.

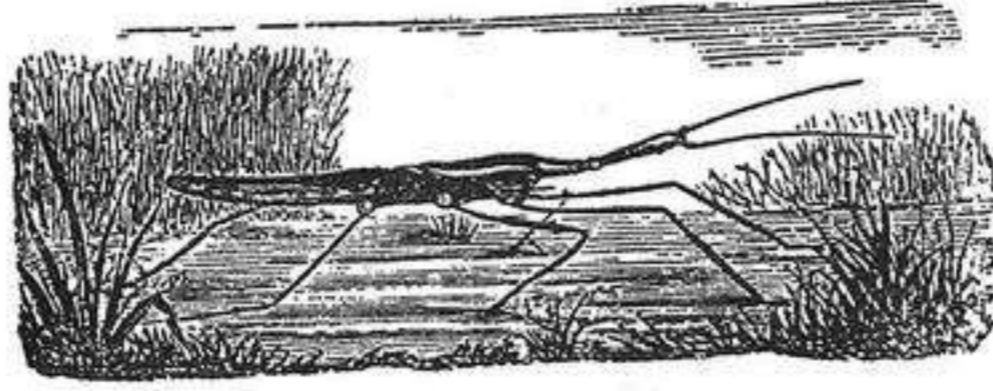


Fig. 13.—*Hydrometra paludum*, F.

LEPIDÓPTEROS.—De esta grandísima agrupación podríamos citar muchísimos y muy conocidos *insectos*, algunos de los cuales los distinguen bien aun las personas que menos hayan cultivado esta rama de los conocimientos humanos, pues las hermosas vestiduras que tienen sorprenden y llaman la atención.

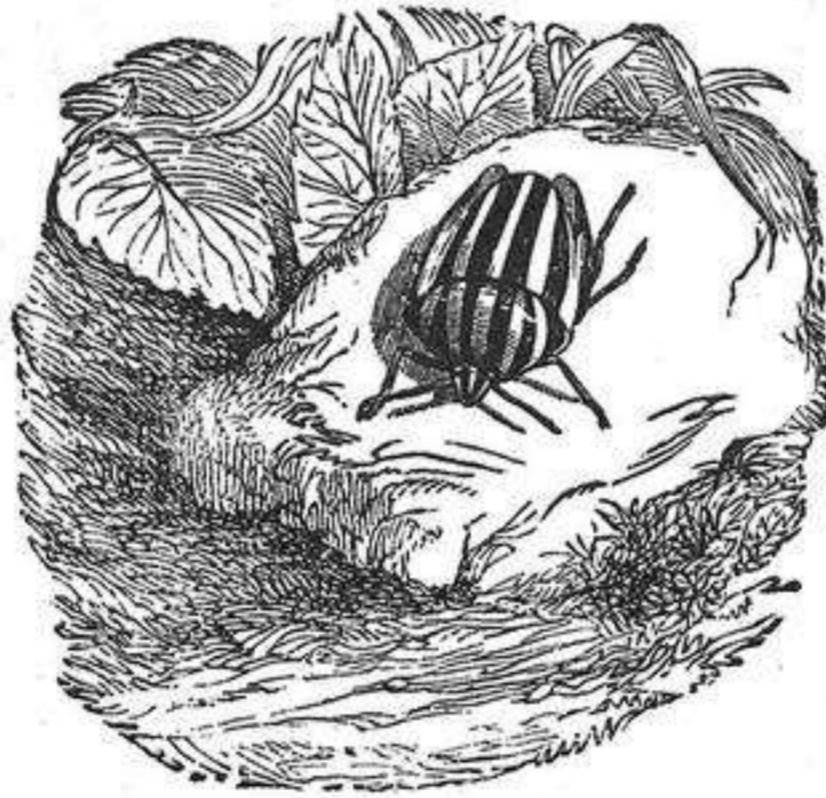


Fig. 14.—*Scutellera lineata*, L.

Unos, que por ser bastante pequeños llaman microlepidópteros los naturalistas, nos causan daños de consideración, y á éstos pertenecen los que vamos á recordar.

La *polilla de la grasa*, *Aglossa pinguinalis*, L., que vuela la mayor parte del año en las habitaciones, cocinas, almacenes, despensas y bodegas, pues su oruga vive de sustancias animales, como el bacalao, la manteca, el tocino y las grasas.—La *A. cuprealis*, Hb., cuya larva, igualmente que la anterior, se alimenta de sustancias animales secas.—La *Aso-*

pia farinalis, L., que vuela en las habitaciones, cocinas, graneros, etc., aliméntase su oruga de la harina, legumbres y pan seco.—Las conocidas vulgarmente con el nombre de *polillas*, en general, pertenecientes á la *Tinea tapetzella*, L., que vemos volar de la misma manera en nuestras habitaciones, pues su larva vive de lana, residuos de papeles viejos, etc., con lo que se hace una especie de funda del pelo

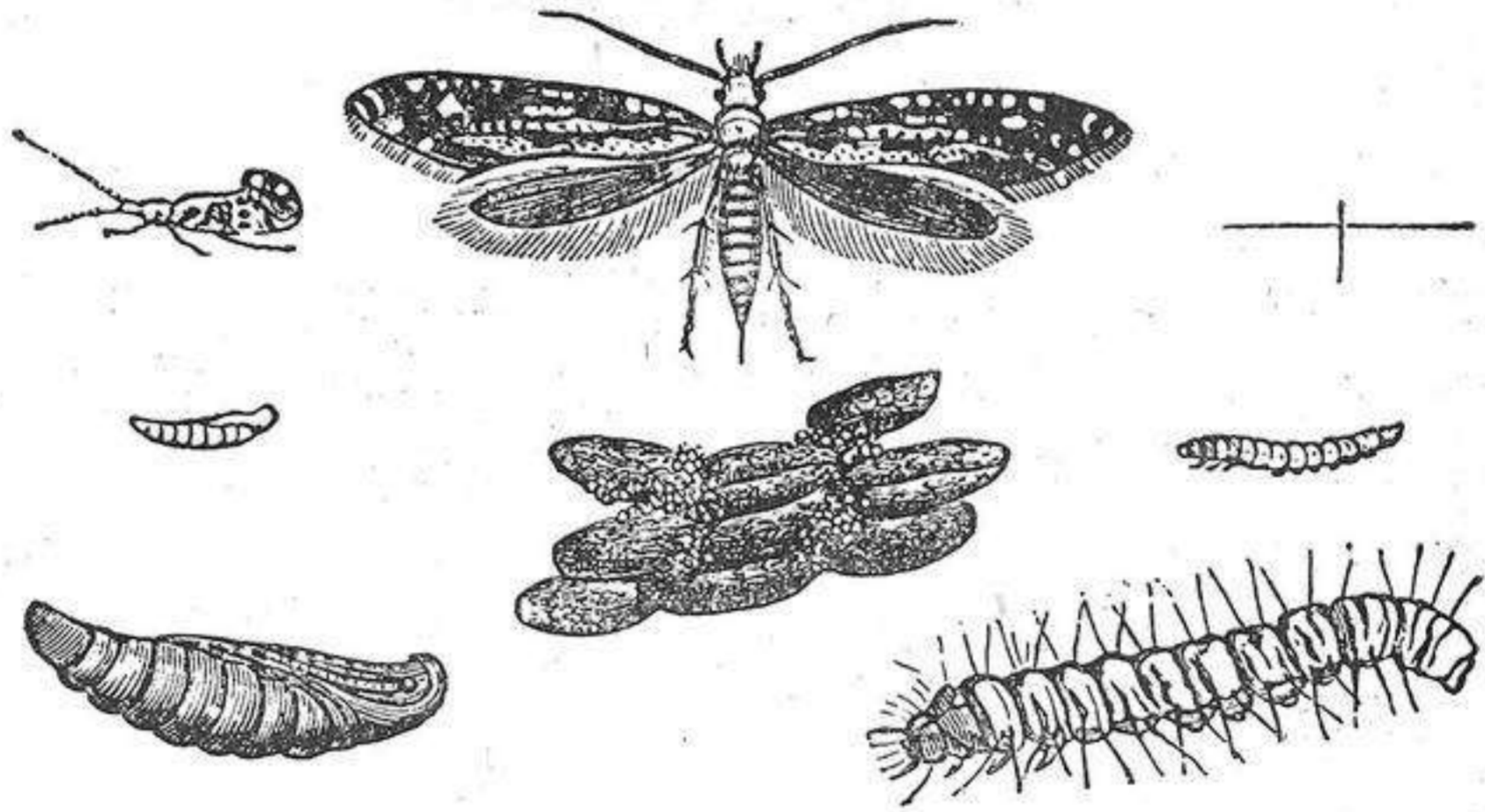


Fig. 15. — *Tinea granella*, L.

que rompe de los tejidos, pasando el invierno sobre los géneros de lana, las plumas y hasta de los cascos carcomidos de caballo.—La comunísima y dañina *polilla de los graneros*, *T. granella*, L. (fig. 15), cuya oruga se alimenta de cereales que destruye en gran cantidad.—La *T. pellionella*, L., *polilla* también que vuela en las casas, destruyendo igualmente sus larvas el paño y otros tejidos, con los que se hacen una especie de tubo sedoso. Todos los microlepidópteros citados deben mirarse como habitantes de nuestras viviendas, porque en los distintos departamentos de ellas los encontramos, lo mismo que á sus orugas.

Relacionándose con los anteriores, hemos de citar ahora á otros microlepidópteros que también se encuentran en los productos que guardamos en nuestras habitaciones, y cuyas orugas vemos en el interior de las frutas que comemos. Á éstos corresponden la *Carpocapsa pomonella*, L. (fig. 16), co-

munísima en la primavera, y cuya oruga se desarrolla en el interior de las manzanas, peras, membrillos y albaricoques, cuya carne come, haciendo galerías que llena de deyecciones, hasta que para transformarse abandona los frutos, baja á tierra, por medio de un hilo que elabora, y pasa á crisálida, ya en el suelo, ya en alguna grieta de la corteza de los

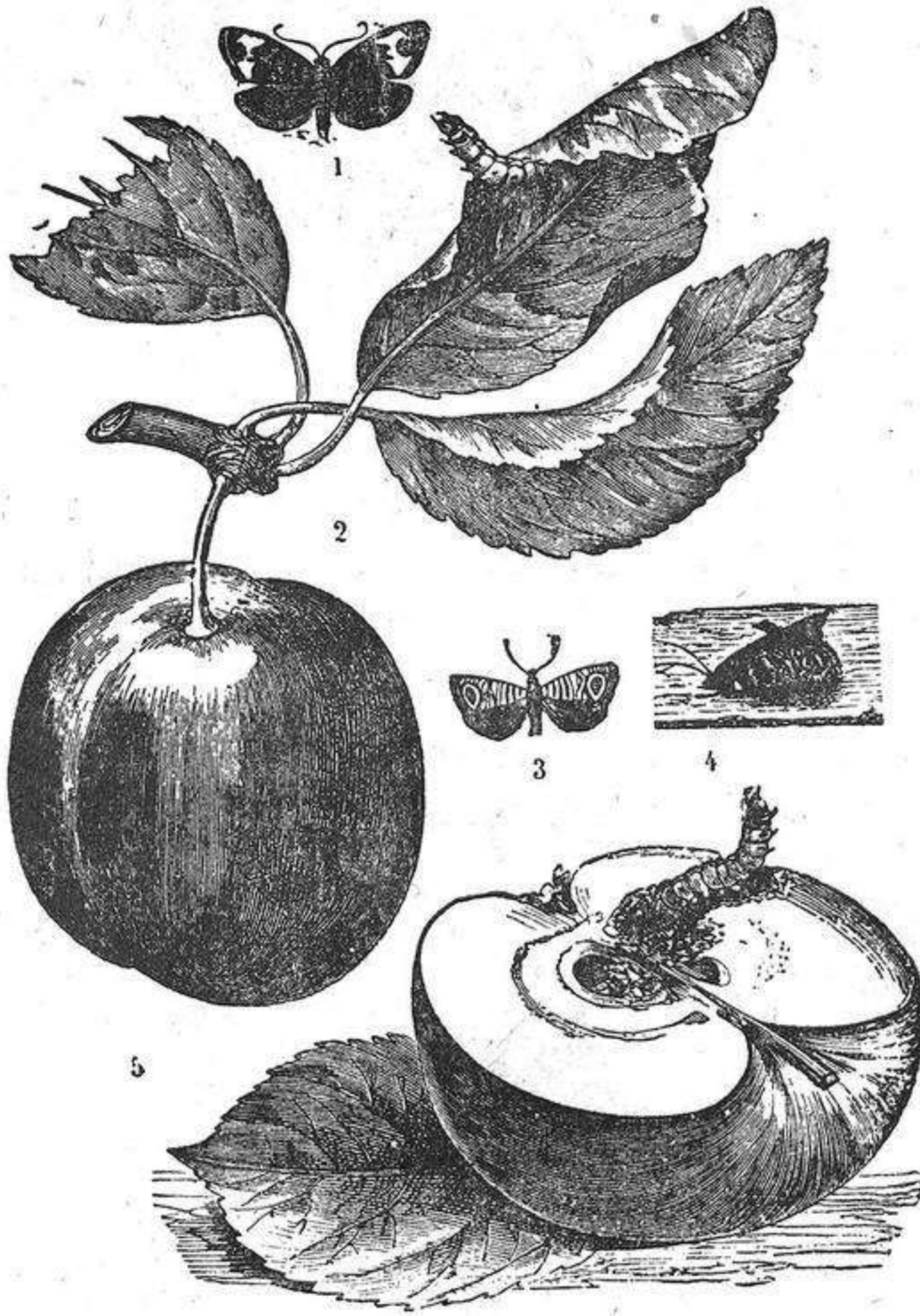


Fig. 16.—*Carpocapsa pomonella*, L., núm. 4; en el núm. 5 se ve á la oruga en el interior de una manzana.

árboles; y la *C. grossana*, Hw., que vuela en la primavera, y vive su oruga en el interior de la bellota del *Quercus*.

La interesante polilla del manzano, *Hyponomeuta padellus*, L., propia del verano, y cuya oruga se encuentra sobre las hojas del árbol que le da el nombre, á las cuales cubre de curiosos filamentos.

También son numerosos los macrolepidópteros que tenemos en España, y algunos de ellos se encuentran repartidos en toda la Península.

Como ejemplos citaremos á la *Libythea celtis*, Esp. (figura 17), que pertenece á este grupo.—El *Papilio machaon*, L.,

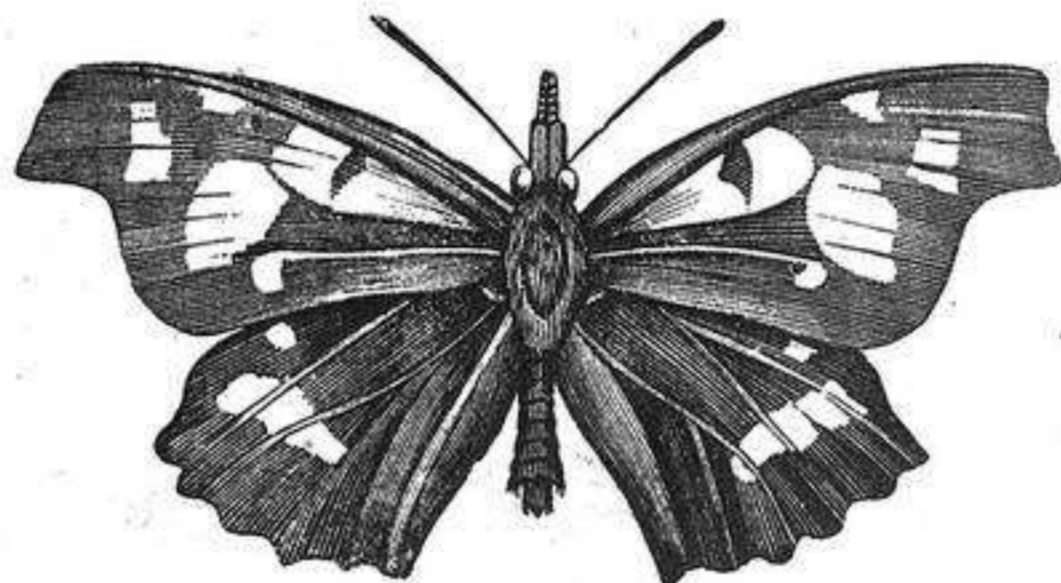


Fig. 17.—*Libythea celtis*, Esp.

que es común hasta en los jardines, con el color amarillo de azufre, en el fondo de sus alas, algunos anaranjado en la generación de fin del estío, y que vive su oruga sobre la *Ruta* y el *Fœniculum*.—El *P. podalirius*, L., cuya oruga se encuentra en los árboles frutales.—La mariposa blanca ó de la col, *Pieris brassicæ*, L. (fig. 18), vulgar y abundante, y cuya oruga

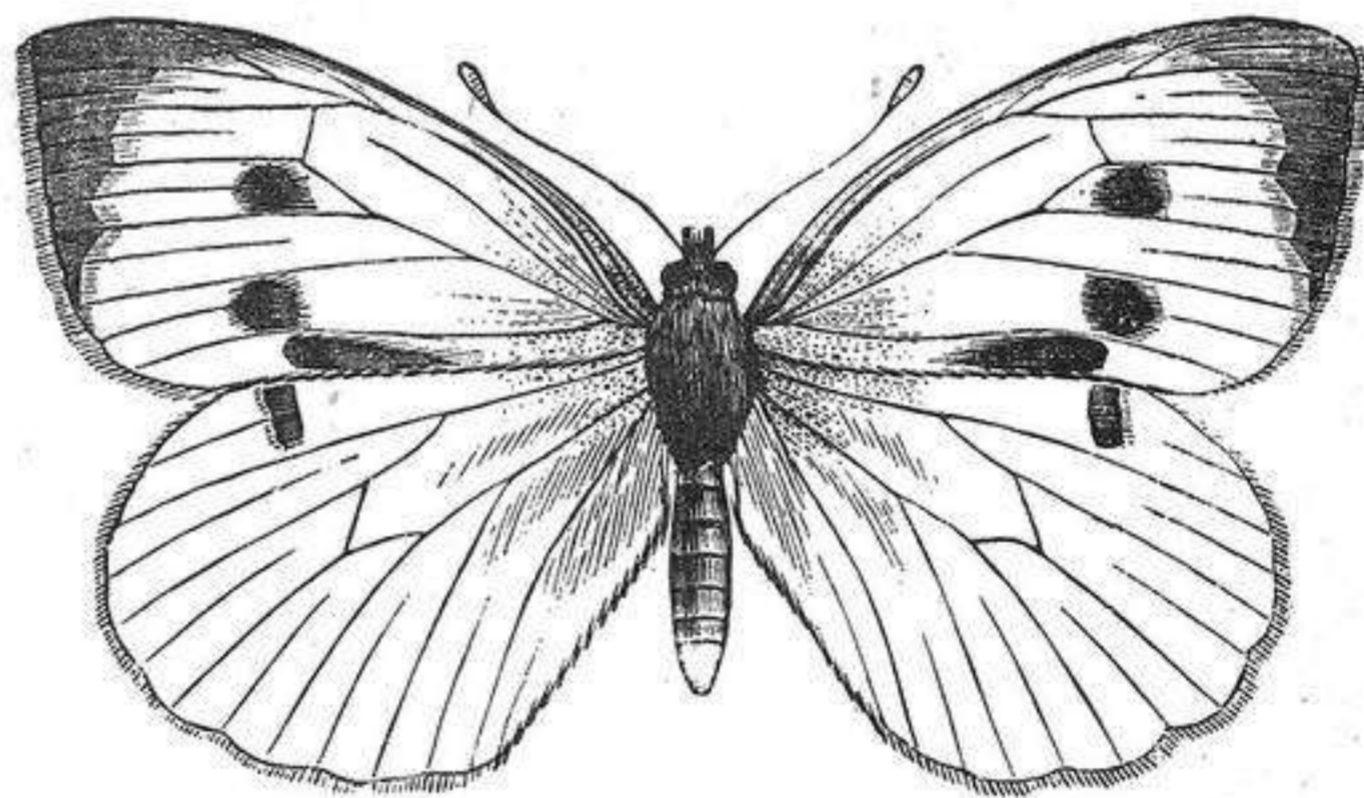


Fig. 18.—*Pieris brassicæ*, L.

se alimenta de las coles y de otras hortalizas.—El *P. rapæ*, L., tan frecuente en los prados, huertas y hasta en los jardines, pues devora su oruga las yemas de la col y las hojas del *Tropæolum majus* (fig 19).—El *Anthocharis eupheno*, L., de los montes, pues su oruga vive de las flores de las crucíferas que se encuentran en aquéllos.—La común mariposa de azufre,

que se la ve desde Abril á Octubre, y su oruga se alimenta de las leguminosas agrestes—*Medicago*, *Lotus Trifolium*.—Les gusta posarse en las flores de las zarzas y volar alrededor de los árboles, á la *Thecla ilicis*, Esp., encontrándose la oruga



Fig. 19.—*Tropaeolum majus*, L.

sobre el *Quercus coccifera*.—Común en los torrentes y claros de los bosques el azulado *Polyommatus phœas*, L., y su larva en el *Rumex acetosella*.

Los *Argynnis*, como el *pandora*, Schiff. (fig. 20), que en Septiembre y Octubre baja hasta los jardines.—La *Lycæna bætica*, L., que vuela la mayor parte del año en los torrentes, y se para en la *genista* y el *Vlex*, en cuyas plantas vive la oruga, así como en la flor del *romero* y en la *Colutea arborescens*, L.—La *Apatura ilia*, Hb., que se encuentra en los montes, y la oruga en los *Salix* y *Populus*.—La *Limenitis Camilla*, Hb., que vuela en los torrentes y sitios frescos, apareciendo dos veces al año, en Mayo y Agosto y hasta Octubre, ali-

mentándose su oruga de las *Lonicera* y hasta algunas veces devora las hojas del *Symphoricarpos racemosa* de los jardi-

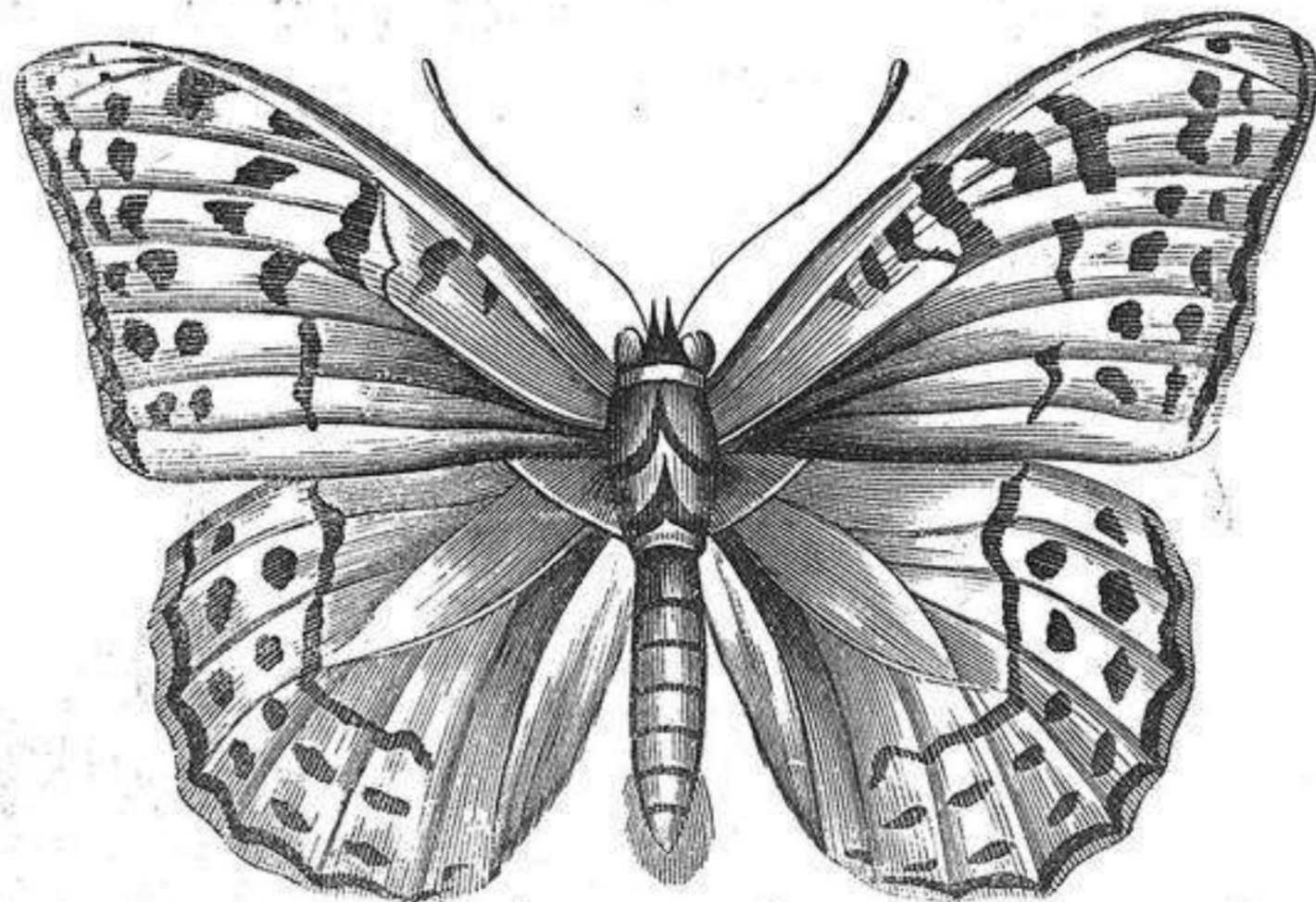


Fig. 20.—*Argynnis pandora*, Schiff.

nes.—La *Spilothyrus malvarum*, Ill., que vuela casi todo el año sobre las flores, en los torrentes, y cuya oruga debe



Fig. 21.—*Malvavisco* ó *Altea officinalis*, L.

buscarse en las *malvas* y *malvaviscos* (fig. 21), porque come sus hojas.—La *Hesperia comma*, L., que se complace en vo-

lar por los claros de los bosques, hallándose su oruga en la *Coronilla* y varias gramíneas.—La *mariposa calavera*, *Acherontia Atropos*, L., de gran tamaño y que vuela en la primavera y verano, alimentándose su oruga de solanáceas, como

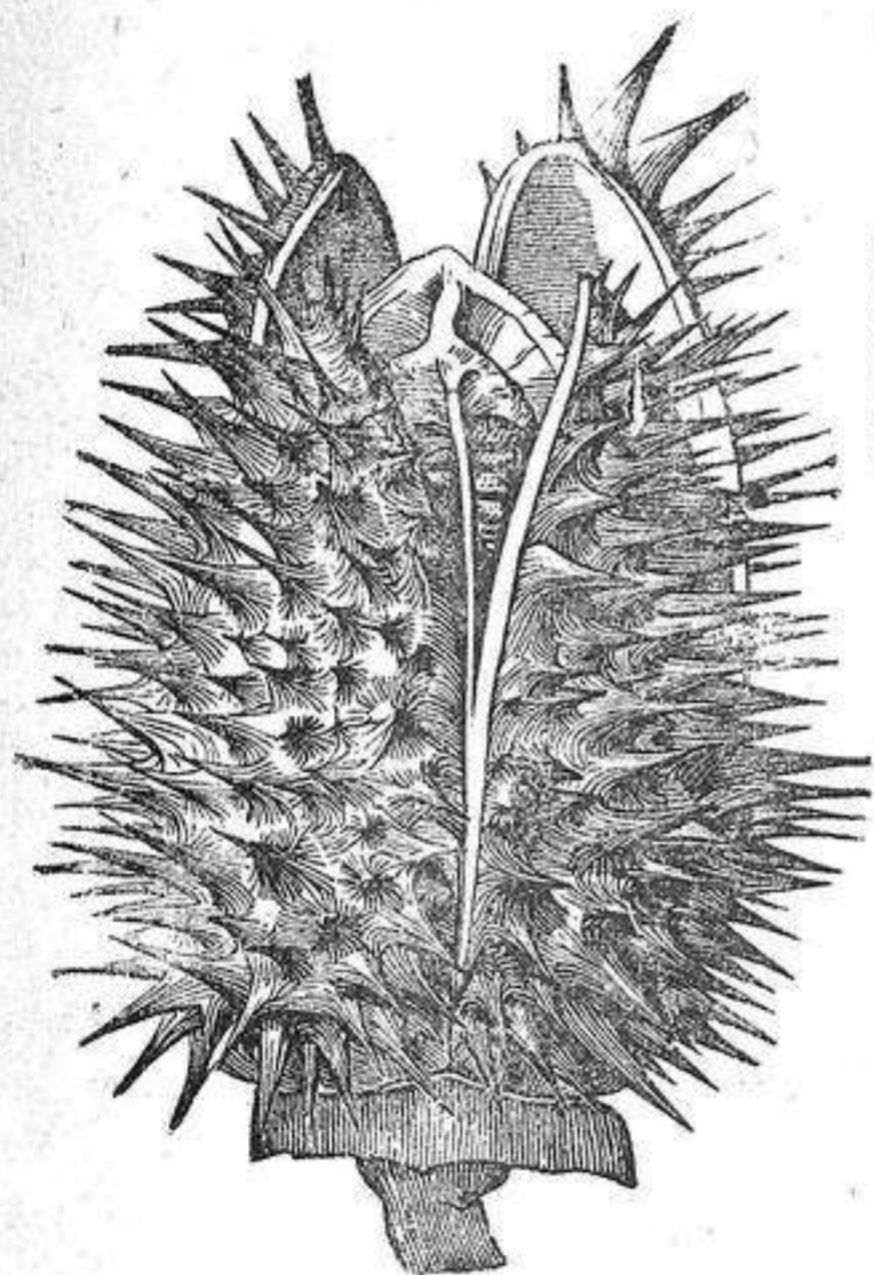


Fig. 22.

Curioso fruto del estramonio.

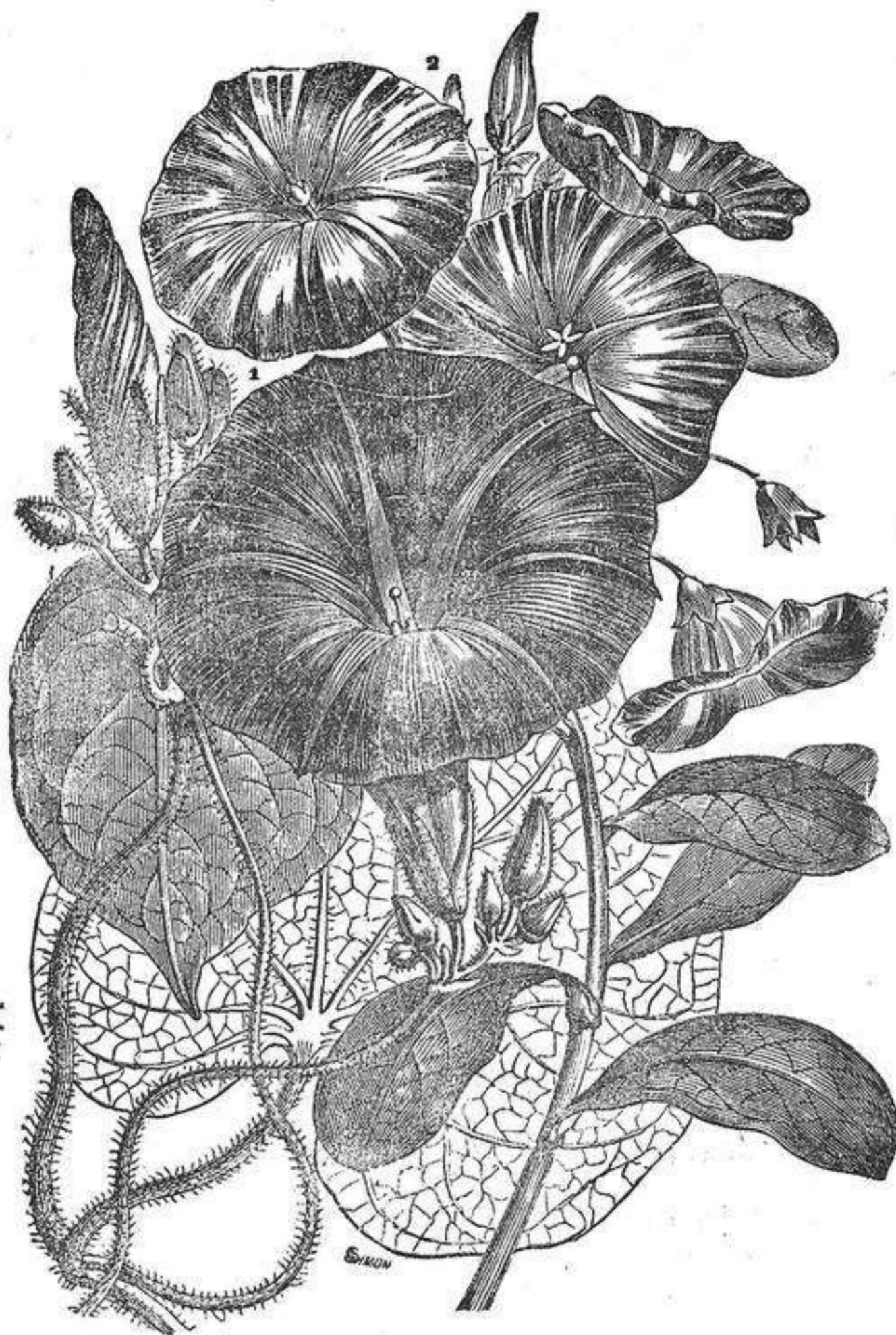


Fig. 23.

Convolvulus tricolor, L., como ejemplo de Convolvuláceas.

patatas, berenjenas, etc., así como del *Xanthium spinosum*, *olivo*, particularmente el silvestre; alchachofas, *Daucus carota*, *Datura stramonium* (fig. 22), *Evonymus europaeus* y otras plantas.—Varios *Sphinx*, de los cuales recordaremos el *S. convolvuli*, L., que se le ve de Mayo á Septiembre, alimentándose su oruga sobre todo de los *Convolvulus* (fig. 23).—El *Smerinthus tilice*, L. (fig. 24), notable por sus alas recortadas, que vuela en verano, y su oruga vive sobre el *olmo*, *tilo* y *castaño de Indias*.—La comunísima y vulgar *Macroglossa*

stellarum, L., que vuela casi todo el año en los jardines á lo largo de los muros, y hasta se la ve en nuestras habitaciones; y cuya oruga vive sobre el *Galium verum*; y el *M. fuci-*

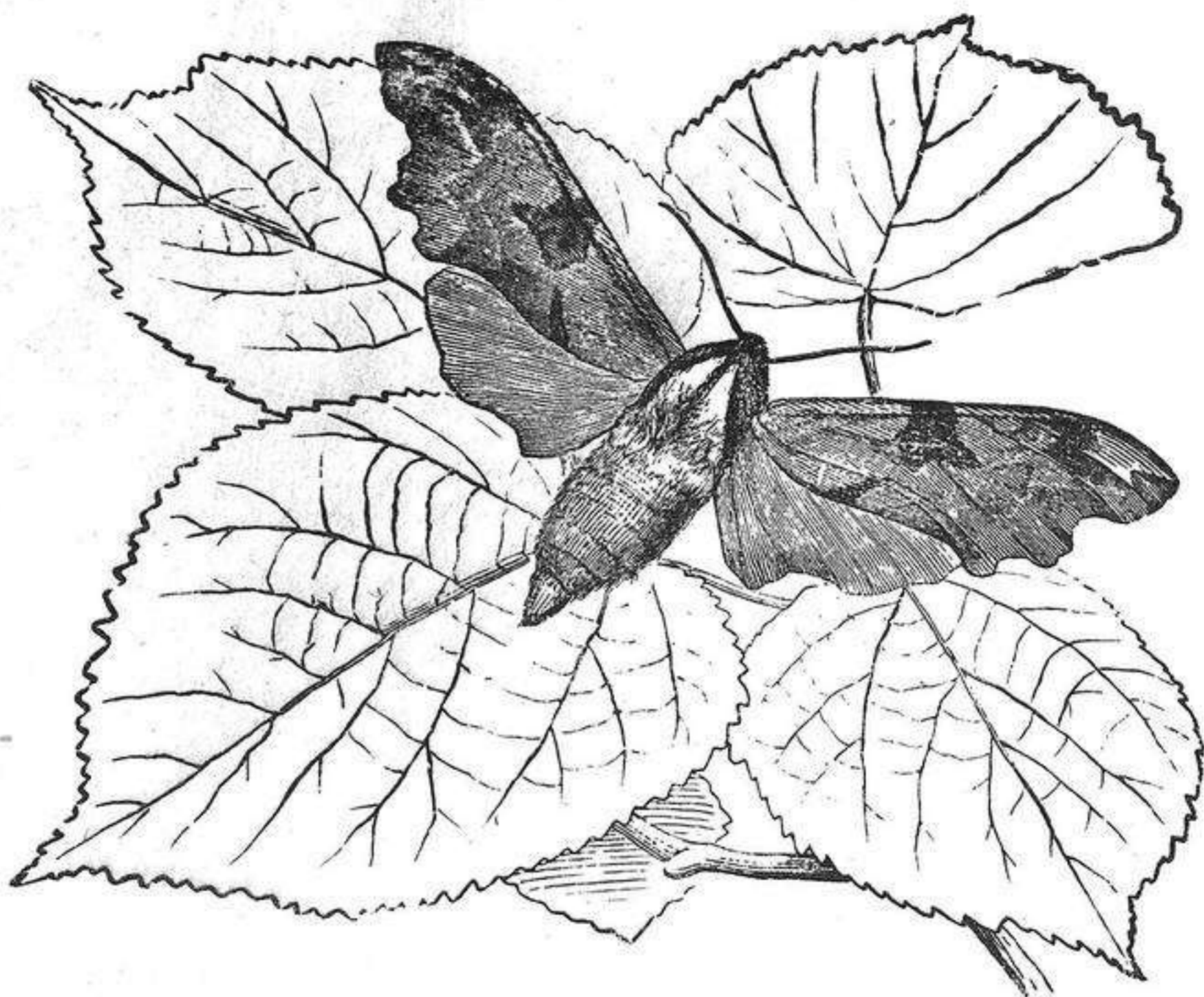


Fig. 24.—*Smerinthus tilice*, L.

formis, L., que vuela en verano y la larva vive sobre la *Lonicera*, *Scabiosa* y el *Galium*.—El *Trochilium apiformis*, Rott., tan parecido á una abeja, y que encontramos posado al pie

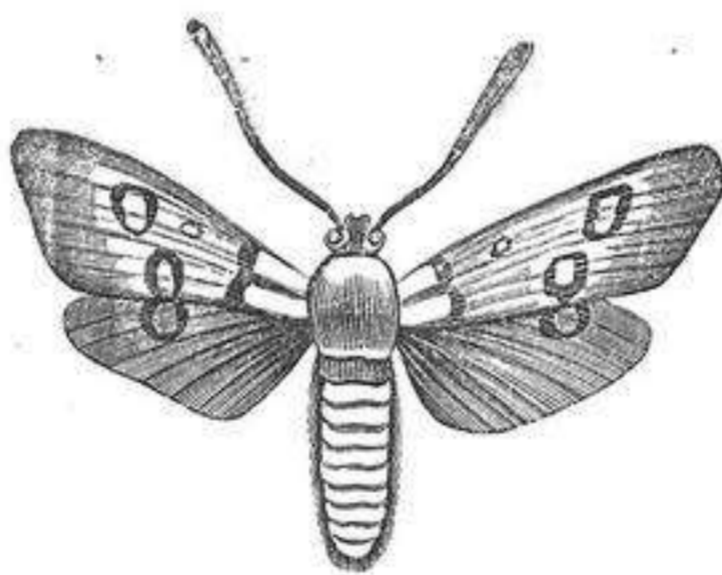


Fig. 25.—*Zygæna lavandulæ*, Esp.

de los *chopos*, en el interior de cuyos troncos vive su oruga. —Distintas especies del género *Sesia*, que frecuentan los senderos en las horas más intensas de sol.—La *Zygæna lavandulæ*, Esp. (figs. 25 y 26), que con torpe vuelo la vemos en los montes y pudiéndonosela coger fácilmente por las ante-

nas.—La *Spilosoma menthastri*, Esp., de los prados húmedos, donde vuela de día, pero poco, pues permanece aplicada

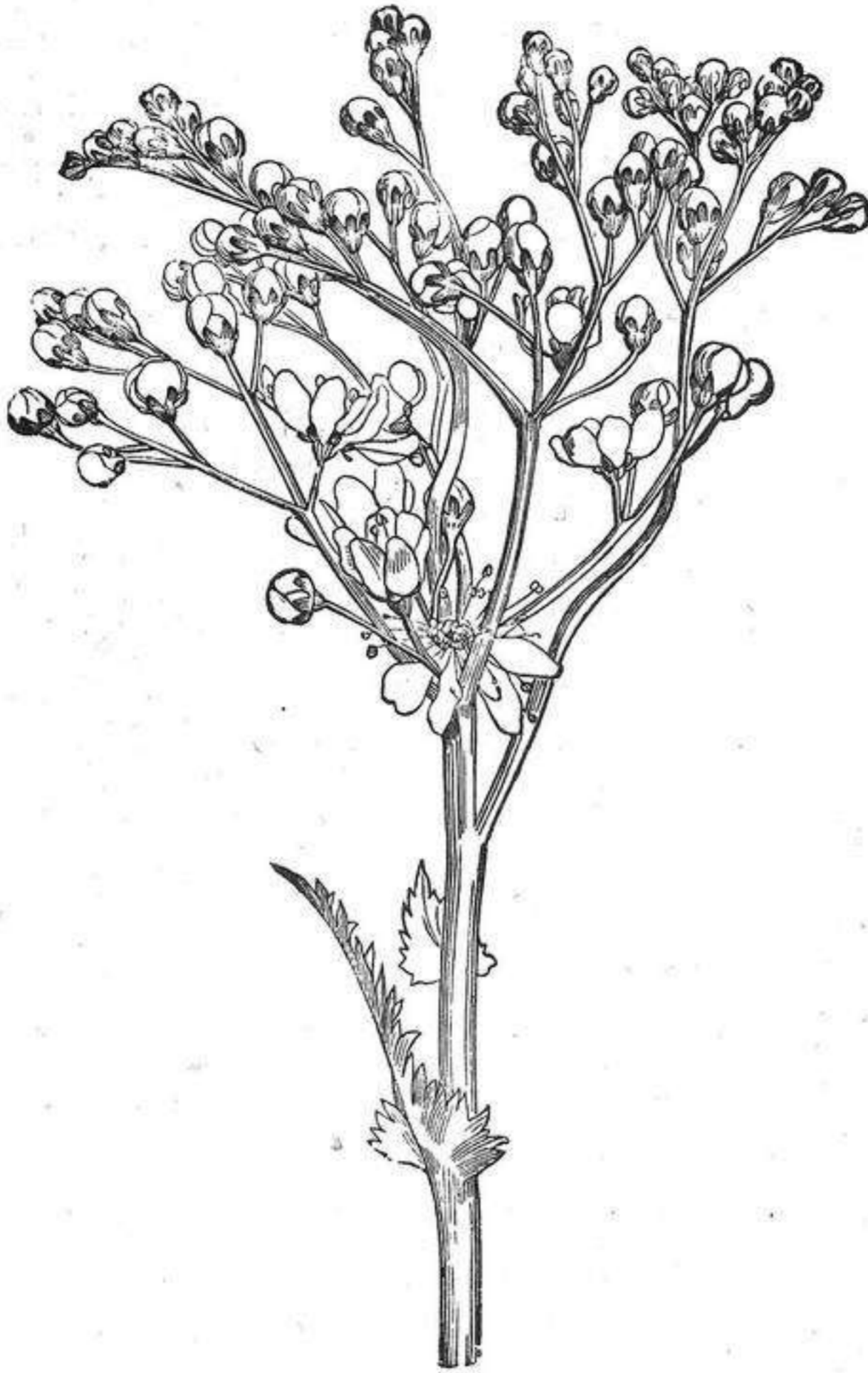


Fig. 26.—*Spiraea filipendula*, L., ó *Filipéndula*, planta en la que viven las orugas de los *Zigenidos*.

á los troncos de los árboles.—El *dañador de los bosques*,

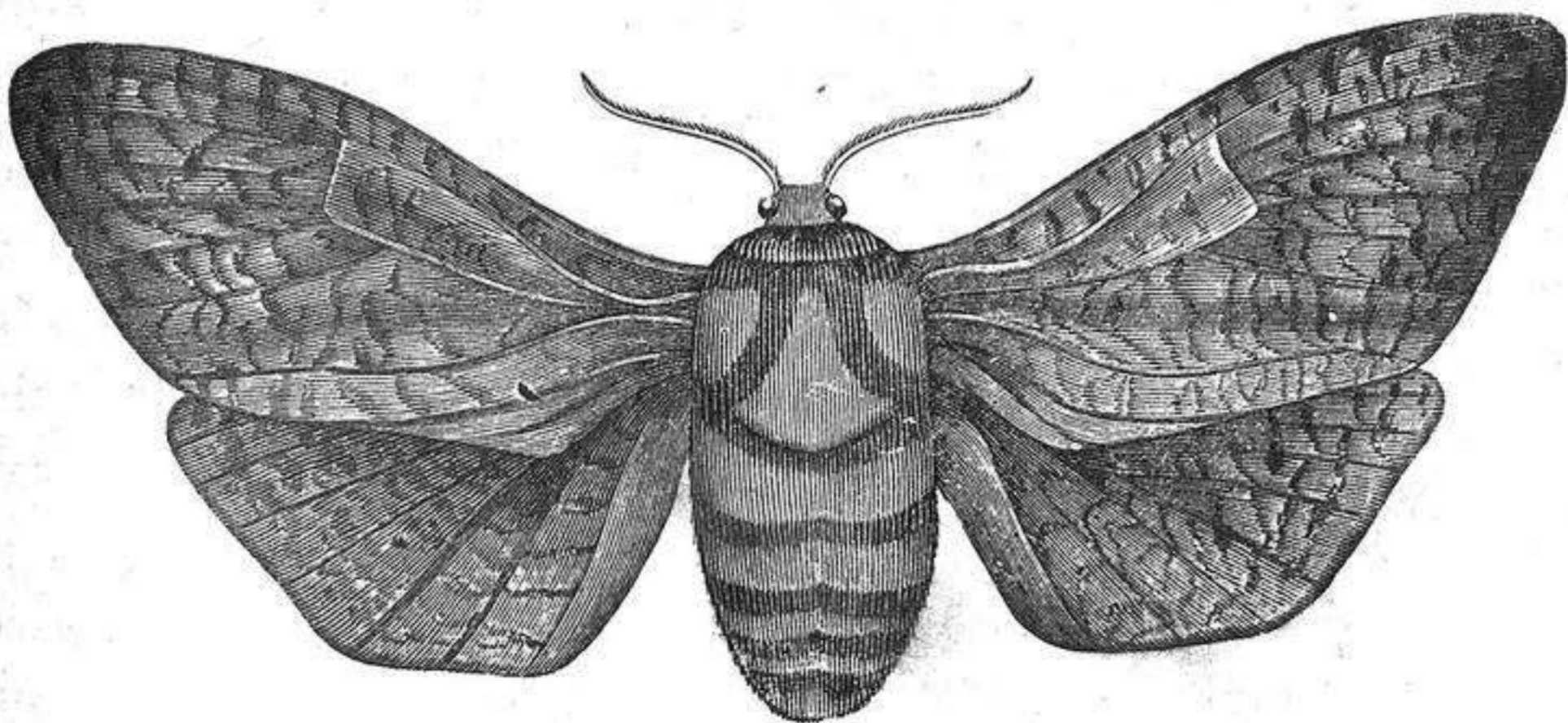


Fig. 27.—*Cossus ligniperda*, Fabr.

Cossus ligniperda, F. (fig. 27), que vemos en verano y cuya oruga ataca á la madera de los árboles, como *chopos*, ol-

mos, etc.—El *Orgyia antiqua*, L., que vuela en primavera y verano, viviendo su oruga en invierno á expensas del *madroño*, otros frutales, los *Quercus* y el *avellano*.—Varias especies del género *Bombyx*, entre los cuales recordamos el *Neustria*, L., que coloca sus huevecillos en brazaletes, rodeando las ramas de los frutales y árboles forestales, cuyas hojas



Fig. 28.—*Lasiocampa quercifolia*, L.

devora su oruga, causando por su abundancia daños de consideración.—La *Lasiocampa pini* L. y *L. quercifolia*, L. (figura 28), que vuelan en verano y sus orugas atacan á las hojas de los árboles.—La oruga de la *Saturnia pyri*, Schiff., del verano, devora las hojas de los frutales, otros árboles y algunas plantas de jardín.—Varias especies del género *Mamestra* cuentan con orugas que destrozan las coles, hortalizas y otros vegetales de nuestros jardines, como los *pelargonios*.—La *Hypena rostralis*, L., del verano, y cuya oruga se alimenta de la *ortiga* y el *Lupulo* (fig. 29), como la *H. proboscidalis*, L., que es común en sitios de poca luz, tales como leñeras y bodegas, etc.—Con otros *lepidópteros* más que no citamos y que son en España numerosos.

HIMENÓPTEROS.—De los *insectos Himenópteros* que tenemos

en la Península, unos interesan por su utilidad, y los otros por los daños que hacen en nuestros cultivos.

Á los primeros, pertenecen, en primer lugar, las comunísimas abejas, ó *Apis mellífica*, L. (fig. 30), que nos dan la cera y mieles, tanto más exquisitas y aromáticas, cuanto



Fig. 29.—Lúpulo ó *Humulus lupulus*, L.

sean mejores las plantas de que aquéllas se sirvan para su elaboración, como les sucede á las procedentes el *azahar*, *romero* y otros vegetales de la perfumada familia de las Labiadas.—Algunas especies de *Eumenes* y *Odynerus* que consumen, para alimentar á sus larvas, muchas orugas de mariposas nocivas.

Los *Cerceris* que destruyen los *gorgojos*.— Los *Crabro*, que aunque persiguen y devoran á las *abejas*, atacan á las *moscas*, y son enemigos de los *pulgones*.—El *Mellinus arvensis*, F., que ataca á diversos *Dipteros* nocivos.—La *Astata*

boops, Spin., que hace provisiones de las larvas de los *chinchés*.—Los *Sphex*, que destruyen á los dañinos *Acridianos*.—El *Ophion luteus*, L., el *Pimpla examinador*, L., y el *Migrogaster glomeratus*, L., con otras más especies que son parásitas de diversas orugas.—El *Chalcis fomereta*, F., que es parásito de la oruga del *Bombyx neustria*.—El *Pteromalus larvarum*, Nees., que lo es del *Apion æneum*.—El *Omalus auratus*, Dahl., que vuela durante las horas de sol entre las zarzas y es parásito del *Cemonus unicolor*.—El *Theronia flavipes*,



Fig. 30.—Abeja.—*Apis mellifica*, L. Obrera, como ejemplo de abejas.

Fab., que es también parásito de la oruga del *Bombyx neustria*, L.—El *Scolia flavifrons*, F., que vuela en los terrenos y lugares incultos, y su larva parece que vive á expensas de las del coleóptero *Oryctes nasicornis*, y otros muchos más *himenópteros entomófagos* que se pueden recoger en España.

No podemos menos de citar en este lugar, y después de las abejas, á las avispas, esos *himenópteros* delgados, flexibles, bravos é impetuosos que atacan de una manera furiosa á los animales y aun al hombre, y cuyas picaduras son muy dolorosas. Unas avispas viven en sociedad, otras solitarias, haciendo sus nidos en los huecos del tronco de los árboles, en las ramas pegadas á las hojas y colgados de ellas, en los agujeros de las paredes, en los ribazos y hasta en el suelo en la arena ó en la tierra. Estos nidos los construyen con arena, tierra, arcilla y lodo, mezclado muchas veces con polvillo de madera seca, que pegan con su saliva. En las ciudades y pueblos ocasionan estos animales muchísimas molestias, principalmente en los mercados y almacenes de frutas, á las que acuden en bandadas, y sobre todo si en los mismos hay canastos de higos, uvas y otras frutas dulces, que embisten

con tal descaro y osadía, que, aun matándolas á millares, de nuevo llegan otras á unirse á las que quedaron con vida. Por esta razón las están ahuyentando siempre los comerciantes, cuyas impertinencias sufren de continuo, al mismo tiempo que sus molestísimas picaduras. Pero no puede tampoco mirarse como nocivas á las *avispas*, porque al pasar de flor en flor para lamer y chupar sus jugos azucarados, llevan con sus patas y su cuerpo el polen de las flores masculinas á las flores femeninas, contribuyendo de esta suerte en

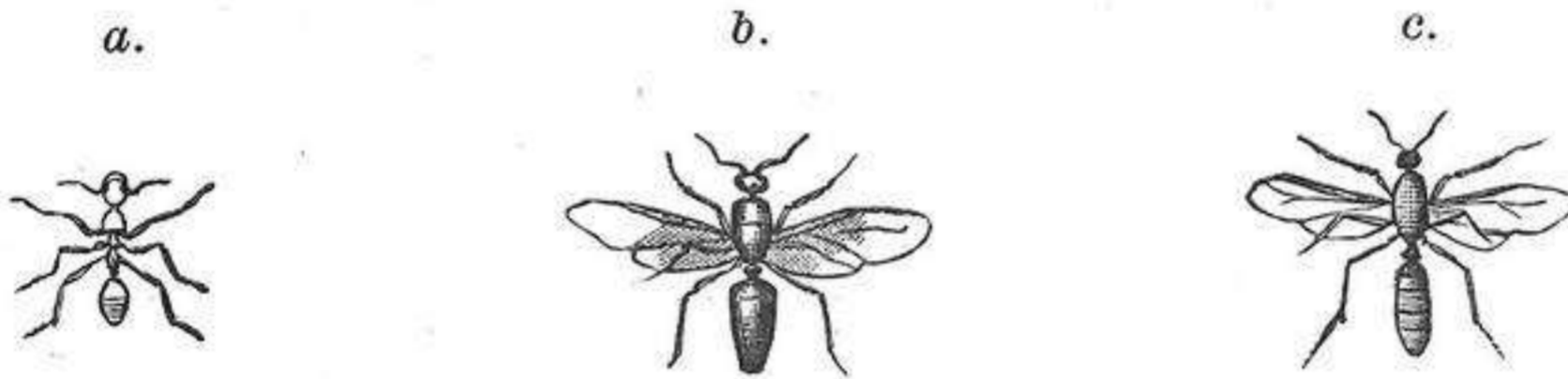


Fig. 31.—*Formica rufa*, L.—a. Obrera.—b. Hembra.—c. Macho.

gran manera á la fecundación de los vegetales, produciéndose más frutas de las que se producirían, si no fuera por el polen que llevaron las *abejas* y *avispas*, que de no ser así quedarían muchas flores infecundas por no recibir el referido polen. De las especies del género *Vespa* ó *avispa* podremos citar como ejemplo en España la comunísima *V. vulgaris*, L.; *V. germanica*, F., y *V. sylvestris*, Scop., que hace su nido en las ramas de los árboles y arbustos.

Las *hormigas*, como las *abejas*, tan dignas de llamar la atención del hombre, viven también en sociedades numerosas, construyen admirables viviendas, cavan galerías en el suelo ó aprovechan los huecos de los árboles para establecerlas y poner sus huevos, que cuidan como igualmente á sus larvas. En España tenemos, lo mismo en las praderas que en los caminos, la *Formica sanguinea*, Latr.; habitando en los claros de los bosques, la *F. rufa*, L. (fig. 31); común en los encinares, la *F. gagates*, Latr., y en los prados y á lo largo de los caminos, etc., la *F. pratensis*, de Gr.

Del género *Bombus* ó *abejorros* contamos, y son comunes, el *B. lapidarius*, F., que frecuenta los montes durante las horas de sol; hasta en los jardines, donde hace su nido debajo del musgo, el *B. muscorum*, Smth.; volando en los mon-

tes, el *B. senilis*, F., y buscando las flores, el *B. hortorum*, Latr., y *B. terrestris*, Latr. A los ápidos solitarios pertenece la interesante *Xylocopa violacea* (fig. 32).

De los HIMENÓPTEROS que se han mirado como nocivos podemos recordar, además de las *avispas*, temibles por sus picaduras, las especies del género *Cynis*, que originan agallas en los árboles, como el *C. Tojæ*, L., y otros que las producen en el roble.—Los *Cimbex*, tan dañinos para las maderas blandas.—El común *Polistes gallicus*, L., que algunos miran

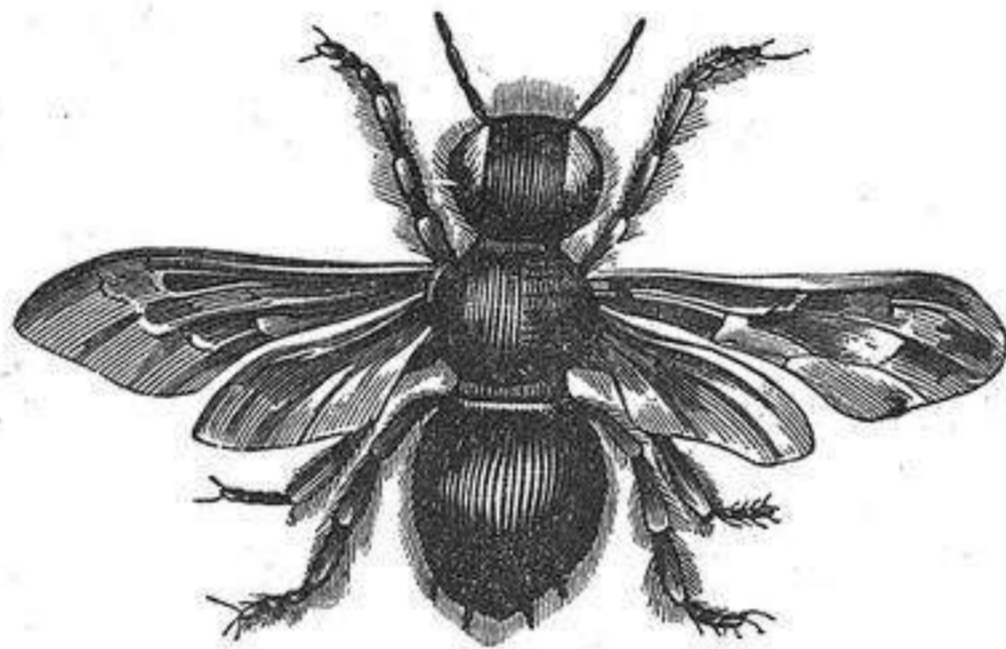


Fig. 32.—*Xylocopa violacea*, L.

como nocivo y otros no.—Los *Selandria*, cuyas larvas, llamadas *gusanos-babosas* ó *larvas limacós*, hacen daños á los árboles y arbustos, y el *S. serva*, F., que vive en nuestros montes. Otro tanto sucede con la larva *Blennocampa æthiops*, F., tan dañina para los *perales*, *manzanos* y *cerezos*.—El *Cephus tabidus*, F., y *C. pygmæus*, L., cuyas larvas destrozan los tallos tiernos de los cereales.—La *Athalia rosæ*, L., y *A. spinorum*, F., del verano, con larvas que viven sobre los rosales.—Las *hormigas* citadas ya.—Los *Megachile*, como los *M. pyrina*, Lep.; *M. argentata*, F.; *M. Panzeri*, Duf.; *M. dimidiati-ventris*, Dour., y *M. maritima*, Kirby, que es curioso contemplarla cuando llega á los jardines y corta de un modo circular con sus mandíbulas una hoja de rosal, y con el pedacito en la boca remontar el vuelo y marchar hacia su nido.—El *Hylotoma rosarum*, F., común igualmente en los jardines, pues su larva destroza las hojas de los rosales (fig. 33), y su crisálida hace un capullo oval amarillento que coloca en las grietas de las paredes ó debajo de las macetas.

Podríamos citar otros *himenópteros* que tenemos en España, ya útiles, ya nocivos; pero no siendo posible hacerlo, terminaremos esta agrupación recordando al *Pelopæus spirifer*, F., que vuela en verano y otoño por las carreteras, caminos y hasta por las calles de las poblaciones, parándose en el lodo.—Varias especies de *Camponotus*, habitantes de los



Fig. 33.—*Rosa gallica*, L.

bosques y lugares sombríos.—El *Lasius niger*, L., común en todas partes, bosques, campos, jardines, habitaciones y debajo de las piedras, dedicándose siempre á la busca de pulgones. El *Lasius brunneus*, Latr., *hormiga* también, que trepa por los árboles, y como la anterior va á la caza de pulgones.—Especies de *Andrea* y el *Osmia rufa*, L., que se encuentra en las flores, buscando el polen, y construye su nido en los árboles, etc., etc.

NEURÓPTEROS.—Muchas especies de estos *insectos* hay también en España. De los *Frigánidos*, ó de larvas acuáticas, pondremos como ejemplo el *Limophilus marmoratus*, Rbr., que se halla en las acequias.—De los *Plannipenos*, ó de lar-

vas terrestres, la interesante *hormiga león* (figs. 6, 7 y 8), y el *Myrmeleon pallidipennis*, Sélys.—La curiosísima *Nemoptera lusitanica* Leaiz, (fig. 34), de la que hemos recogido durante los veranos muchos ejemplares en los alrededores de Villalba

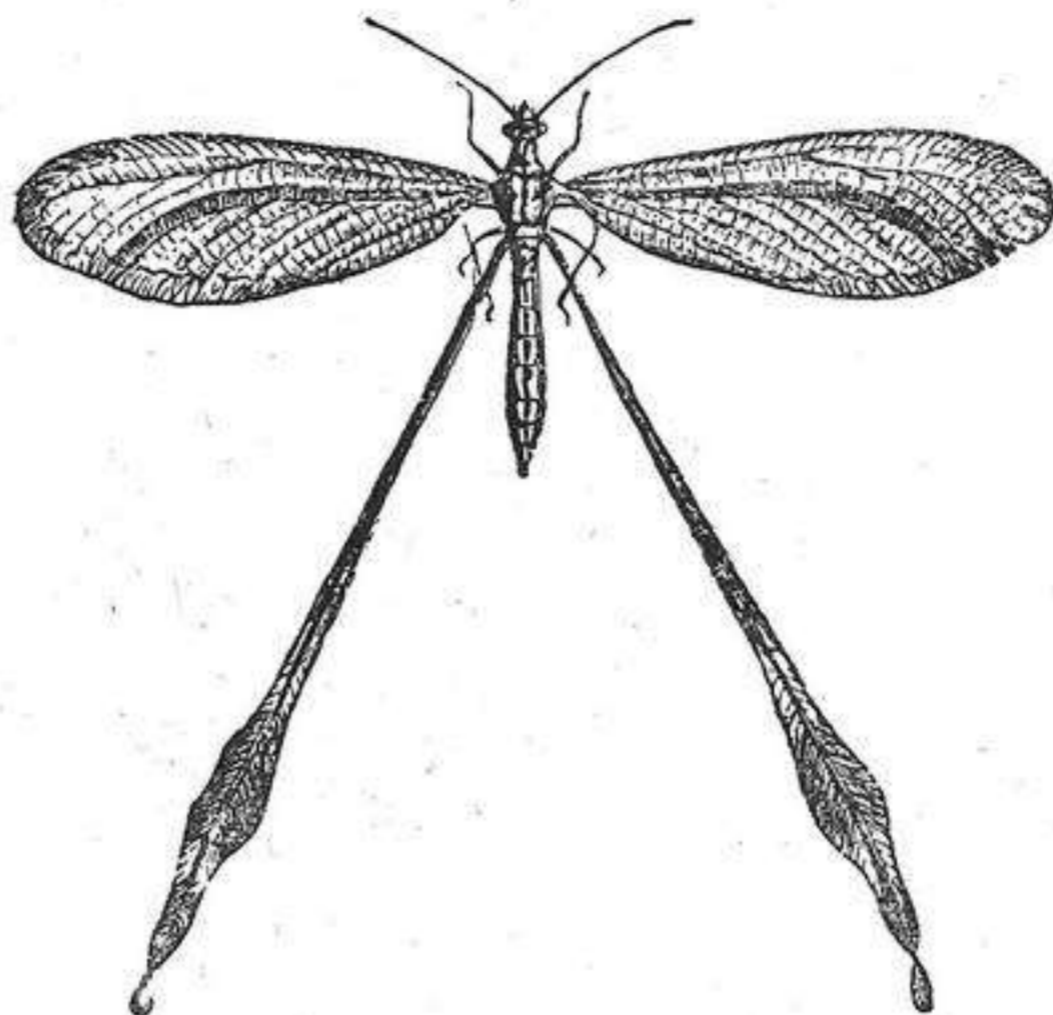


Fig. 34.—*Nemoptera lusitanica*, Leaiz.

(Madrid).—Las *señoritas terrestres* ó *Hemerobius perla*, L., y *H. variegatus*, F., frecuentes en los jardines, donde se paran en las flores, particularmente de los rosales, y las *Panorpa*, como la *P. meridionalis*, Rbr., en los llanos.

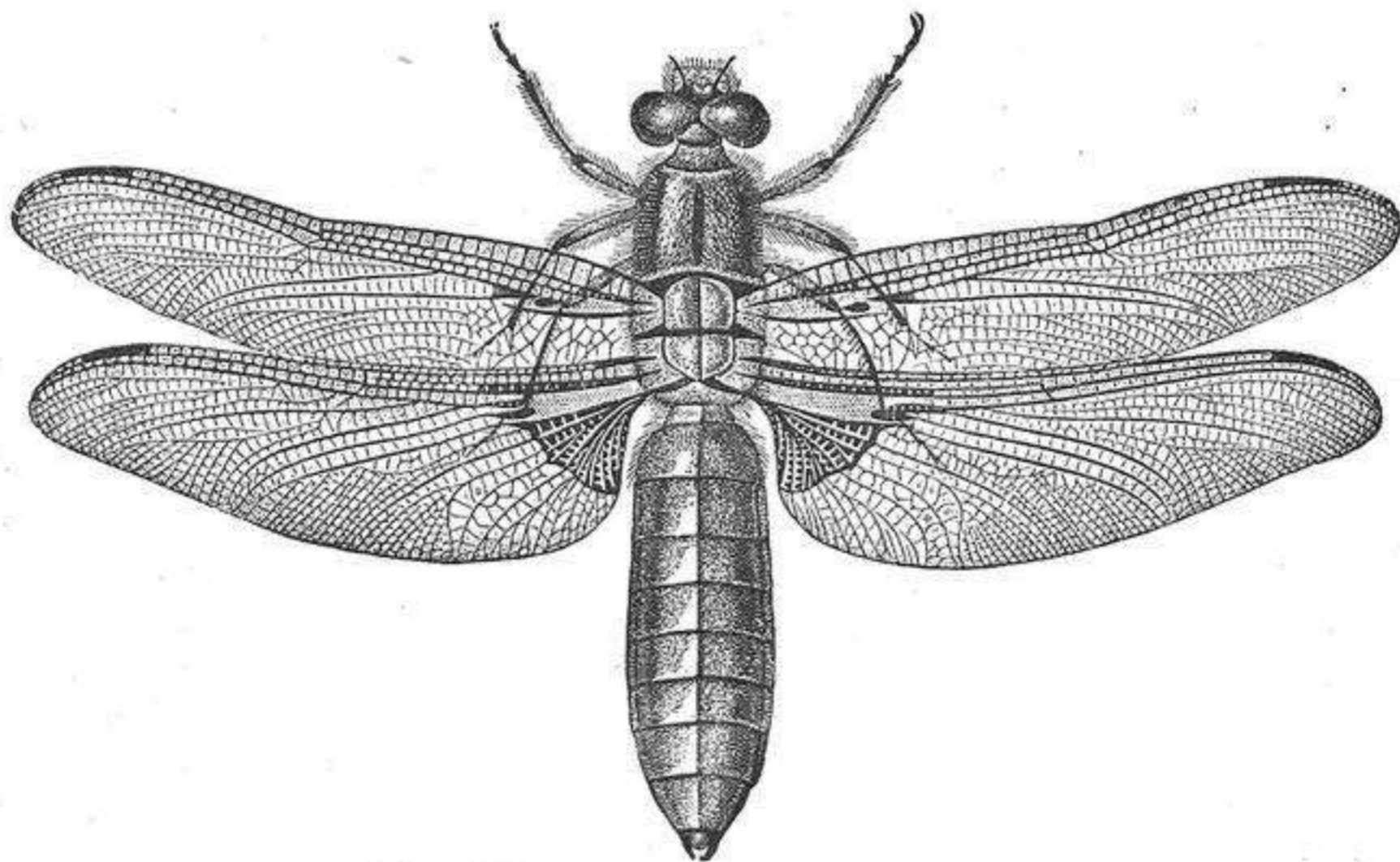


Fig. 35.—*Libellula depressa*, L.

ORTONEURÓPTEROS Ó ARQUÍPTEROS.—Á estos *insectos* pertenece el género *Thrips*.—Las conocidas *libélulas*, de las que tenemos varias especies, y entre ellas la *Libellula depressa*, Lin. (figura 35), que vemos volar en primavera y verano en las

cercanías de los ríos, arroyos y canales y hasta en las plazas de las poblaciones.—La *L. cancellata*, L., que, igualmente en verano la vemos volar sobre las aguas corrientes.—La *L. brunnea*, Fonscol., que en verano se ve en sitios herbosos y húmedos, como por las corrientes volando.—La *L. cærulescens*, F., y otras más que no citamos, aunque también se hallan en España.—El *Agrion pulchellum*, Vand., que en verano recorre volando las hierbas de las praderas.—Los *caballitos del diablo*, *Calopteryx virgo*, L., y el *C. splendens*, Harris,

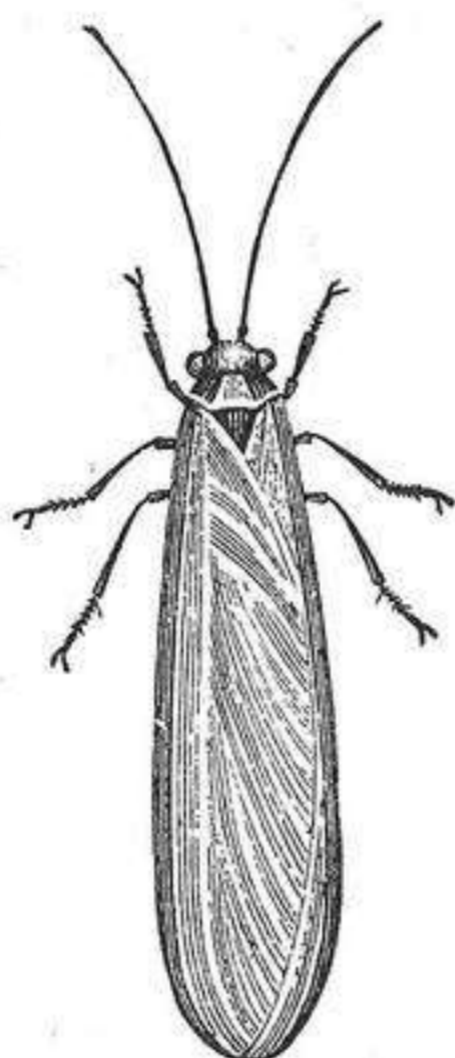


Fig. 36.—*Termes flavicolle*, F.

que vuelan en compañía por las torrenteras y riberas, parándose en los zarzales situados en sitios frescos y sombríos.—La *Ephemerella vulgata*, L., y *E. lutea*, L., que vuelan en verano sobre los arroyos, especies del género *Perla*.—Y por último, de los *Termitidos* citaremos, como de la fauna de España, el *Termes flavicolle*, F. (fig. 36), cuya larva destroza las vigas de las casas.

ORTÓPTEROS.—Son bastante conocidos los *Ortópteros*, que se encuentran en todas nuestras regiones, pudiéndolos clasificar, en el ligero resumen que haremos de ellos, en *marchadores* y *saltadores*.

De los *marchadores* ó que se mueven con lentitud recordaremos á los delgadísimos *Bacillus*, como el *B. gallicus*, Charp., y *B. Rossi*, F., que en verano y otoño se encuentran en los matorrales.—El *Mantis religiosa*, L., tan co-

mún en otoño en las torrenteras, praderas y bosques.—El *Iris oratoria*, L., que igualmente vive en otoño sobre las ramas tiernas del pino.—La *Empusa egena*, Charp., del verano, en el que se encuentra sobre las zarzas y la hierba.—De los *marchadores con velocidad* no tenemos más que nombrar, para que inmediatamente los recordemos, á la *corredera* ó *cucaracha*, *Blatta*, que comprende más de una especie, y las *tijeretas* ó *Forficula*, á la que pertenece la comunísima *F. auricularia*, L., muy frecuente entre los despojos vegetales y debajo de las macetas en los jardines, causando bastante daño en las plantas de adorno.

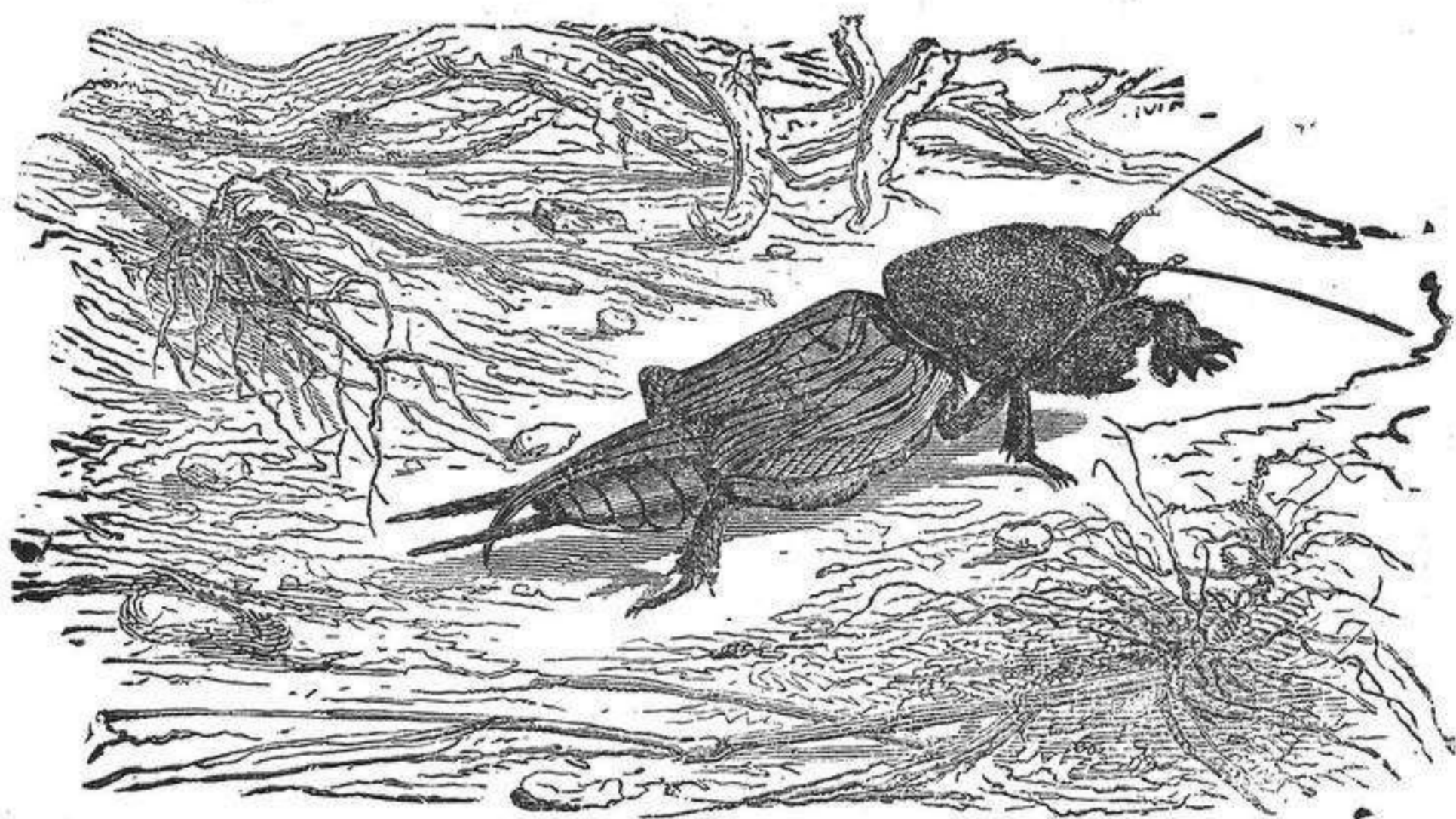


Fig. 37.—*Gryllotalpa vulgaris*, Latreille.

A los *Ortópteros saltadores* corresponden nuestro *grillo común* y el *alacrán cebollero*, *Gryllotalpa vulgaris*, Latr. (fig. 37), tan común en los terrenos arenosos, donde hace galerías dentro de la tierra, infestando á veces las huertas.—La *Locusta viridissima*, L., que se ve en verano y otoño en terrenos sin cultivar y sitios húmedos.—Varios *Ephippiger* sobre los arbustos y sitios herbosos.—Y, por último, la dañina *langosta* ó *Stauranotus maroccanus*, Tumberg, que no hay más que citarla para que en todas nuestras comarcas se la recuerde inmediatamente con terror.

A. DE SEGOVIA Y CORRALES.

(Continuará.)

MUSICALERÍAS ⁽¹⁾

DIÁLOGOS

—¿Vuelve usted á su tema?—me interroga uno de la galería algo amoscado.

—Sí, señor mío. Vuelvo á mi tema, un tema con variaciones que no se agotan. Porque tiene tantas facetas, tantos puntos de vista y tantas diversificaciones, que daría materia para una colección interminable de artículos. Usted me diría que esto es ponerse pesado, darle á uno la lata y otra porción de cosas semejantes. Y si se abstiene de hacerlo es por puro respeto ó porque cree usted que yo no le haría caso ni tomaría en serio sus reflexiones, pues á mí cuantas observaciones de esta índole usted pueda hacerme me son absolutamente innecesarias. ¿No es así? Usted calla; demostración de que otorga. Ni aun se decide á formular una frase que encierre una contestación negadora de mi afirmación precedente. Comprende usted que sería tan débilmente expresada, con tan poco ardor emitida.. Y es que para convencer á otro se precisa tener la propia persuasión. ¿Y cómo puede usted estar convencido de que en este debate le falta la razón que á mí me sobra?... En su actitud adivino sentidas protestas de sumisión, que permanecen informuladas, porque yo, que no puedo transigir con la mentira, antes de que abra la boca, me adelanto á decirle que es inútil falsee la verdadera expresión de sus sentimientos. Le conozco á usted, amigo mío; tiene usted un alma cristalina y en el fondo de ella leo que usted se dispone á engañarme diciéndome lo contrario de lo que siente. Si pudiera leer en el impenetrable porvenir

(1) Véase el número anterior.

como en su alma, me consideraría el más feliz, ó acaso el más desgraciado, de los humanos, ó me consideraría un ser superior. ¿Quién sabe? Pero dejemos á un lado todas estas consideraciones, que nos han apartado de nuestras musicales, y entremos de lleno en el tema. Ó mejor, en una variación de él. Oiga usted atentamente, que empieza la música.

—¿Me permitirá usted le interrogue sobre el título de esta canción?

—Está usted facultado para ello y de ninguna manera podría yo oponerme á complacer sus tan legítimos deseos. Existe, sin embargo, una poderosísima razón para que me abstenga de satisfacer, á pesar de mis buenas intenciones, su curiosidad. Esta canción, como usted erróneamente—y perdoneme la rudeza del calificativo que, por otra parte, supone una prueba de la estimación cordial y confianza que le otorgo—la ha rotulado, puesto que no es canción precisamente, carece de título. Se reduce á una prolongación, un alargamiento, ó un desdoblamiento del tema general que inicié y desenvolví en mi anterior diálogo. Y ahora, divagaciones á un lado, escúcheme hasta el final, puesto que ni mi conversación será tan larga ni su paciencia tan corta que no pueda hacerlo.

»Usted habrá observado indudablemente—porque á mí no me cabe duda de que usted es un espíritu meditativo, observador y abierto al discernimiento, que inquiere y escudriña en la vida para obtener la esencia de ella,—usted habrá observado la inconsciencia intuitiva con que el público maneja el vocabulario. El público, en su amor desmedido á la monocromía y á la uniformidad, á los monótonos ritmos selváticos, á las canciones unitonales, á la homogeneidad, á la nivelación, á todo lo gris, y en su odio correlativo á cuanto exige como condición previa para su comprensión total un esfuerzo, aun el más leve, de las facultades intelectuales, no puede saborear el encanto infinito de la sensación delicada, refinada, intensa, del matiz, de la exquisitez, de la expresión emotiva. Tales refinamientos son patrimonio de los espíritus superiorizados; no pueden gozarse por aquellos que se hallan en el pleno usufructo de una paupérrima mentalidad de seca-

no, ni por esos otros que llegan á enmohecer y aun á esterilizar por el desuso sus potencias y energías anímicas. Éstos ven todas las cosas en bulto, en montón, en sus líneas generales, y lo mismo les sucede con el idioma. Limitan el léxico, á pesar de su locuacidad proverbial, repitiendo las mismas frases y los mismos pensamientos, que acuden á su imaginación estereotipados. Uno de ellos cuelga á un vocablo una significación más ó menos precisa ó apropiada y muchas veces reñida con el sentido etimológico, el histórico y el común, y este vocablo así modificado, al rodar repetido instintivamente, acaso por atavismo simiesco, sirve en lo sucesivo para expresar todos los matices y todas las gradaciones, desde las más sùtiles á las más plásticas, porque puede atravesar la idea que él refleja. Las palabras víctimas de esta falta de criterio y de este raquitismo cerebral son numerosísimas. Una de ellas es la palabra *clásico* cuando se aplica á la calificación de obras musicales, lo mismo que se aplica una etiqueta sobre el frasco que en correcta formación, con otros muchos, duerme una interminable vida de aburrimiento en la anaquelera del farmacéutico. Demostración al canto. Se verifica un concierto de música sinfónica. El *philistin* oye á Beethoven y á Mozart, y acertando, como aquel burro de la fábula célebre, exclama con voz hueca, con entonación enfática de académico frustrado ó de académico en ciernes y con tufos de inteligente indiscutible: « ¡Oh, esto es muy clásico! » No hace falta que usted no olvide la frase aunque tenga interés en retenerla. Porque después, á la conclusión de una página de Schumann, el aire será herido de nuevo con el vulgar cliché: « ¡Oh, esto es muy clásico! » Y la misma frase, transcrita *ad pedem literæ* ó á lo sumo con una ligera modificación, se escuchará á la conclusión de cada una de las obras que integren el programa, pertenezca su paternidad á Bach ó á Wagner, á Rameau ó á Debussy. Otro *philistin* de estómago estragado ó de estómago de escasa receptividad se abona un año á las representaciones de ópera italiana en el teatro Real. Este señor, como Don Herógenes, el más conocido y respetado de nuestros *philistines*, abomina de las ruidosas y estrepitosas producciones que fir-

mó Wagner, indudablemente porque el intenso poder emocional y sugestivo, por ningún otro autor superado, que en ellas alienta, no entra en sus facultades sensitivas (¿enmohecidas? ¿atrofiadas?). Pero se llama aficionado, á pesar de su ramplonería y de su sanchopancismo, y se cree un refinado *gourmet* porque satisface un placer puramente sensorial oyendo *Lucías*, *Favoritas*, *Cenerentolas* y otras ñoñerías rossini-bellini-donizettianas. El « ¡Oh, esto es muy clásico! » volverá á resonar lo mismo al terminar la representación de *El barbero de Sevilla* ó *La favorita* que al concluir la de *Bohemia*— esta pobre Mimí que durante el acto segundo ha sido tan envidiada por muchas señoritas de un pasar modesto y decente—ó la de esta afortunada *Cavalleria rusticana*. Otro aficionado de menor cuantía, también agregado á la institución *philistinal*, asiste á ciertas cachupinadas de carácter pseudo artístico que se celebran en un domicilio particular. La niña de la casa canta el *Vorrei morire...* de Tosti; una vecinita, muy bonita y muy bestia, primer premio en el Conservatorio y primer premio en Coquetería, ejecuta al piano una mazurka de salón, tan pretenciosa como ayuna de belleza y exenta de musicalidad. Después, á su vez, cántanse y tócanse, por diversas señoritas, arias y *canzonetas* trasnochadas, fantasías longitudinales, temas con variaciones, nocturnos, melodías sentimentales con títulos románticos, «Amores lejanos», «Sin ti», «Horas de ausencia» y otras obras de una vulgaridad estrepitosa. El *philistin*, después de los aplausos de rúbrica y de los elogios de rigor, exclama, convencidísimo, á la conclusión de cada una de ellas: « ¡Oh, qué clásico es esto! » Y es que, amigo mío, todos estos señores y otros muchos que prodigan con una pedantesca afectación dogmática ciertos adjetivos en los que creen ver una calificación justa, precisa y concreta, son grandes involucrados que no distinguen, no pueden distinguir, están incapacitados para ello, de épocas y de escuelas artísticas ni de modas antiartísticas. Ignoran cuanto afecta ó guarda una más ó menos grande conexión con la elaboración y el proceso evolutivo del arte, es decir, aquello que constituye su filosofía. Á pesar de creerse unos inteligentes profundos, nada saben

de la pesantez abrumadora que el medio ejerce sobre el productor. Desconocen, asimismo, la relación íntima que existe entre él y la época en que sus energías activas se expanden. Bien es verdad que para hallarse en posesión de estos conocimientos requiérese la previa asimilación de otros que al *philistin* nada le importan. Y á causa de tal ignorancia, que estoy tentado de llamar crasa é inveterada, y que acaso no merece el calificativo de supina, no ve más que clasicismo donde hay primitivismo, ó sea anticlasicismo, clasicismo, romanticismo, y un gran número de tendencias que integran el modernismo, y, donde, como en esas obras, de una vanidad inofensiva, de las que es arquetipo el *Vorrei morire...* precitado, no hay ni música, ó sí existe, es de la misma índole que aquellas *quadrilles* citadas por Ricardo Wagner en sus *Caprichos estéticos*, las cuales, «afortunadamente, nada tienen que ver con la música». La errónea aplicación de *clásico* produce en muchísimos casos los más grandes anacronismos, y muchas veces, los mayores dislates contra el sentido común. Pero *clásico* es una etiqueta. ¿Y qué quiere decir esta etiqueta? Sabio, científico; ó bien, artificioso y complejo; ó también, apopular, superpopular, engorroso y aburrido. En todos los casos, significa algo que se eleva sobre el nivel de lo vulgar y corriente, algo que traspasa los límites de lo que satisface el mediocre instinto musical de las masas. El arte es, indudablemente, un lujo de los espíritus superiores, y el placer que experimentan las masas ante una audición musical es puramente instintivo, y no pasa de una epidérmica sensación que halaga sus largas y puntiagudas orejas. Así, les sucede en música, lo mismo que en pintura. No soportan á Wagner por lo ruidoso, y en cambio, gustan de los golpes isócronos de golpe y platillo, con que la banda que acude al paseo favorito en la noche del verano ó en los días de invierno, marca el ritmo de una envejecida y trasnochada mazurka del año 1863. No toleran tampoco que su recato y su pudibundez sean heridos por los desnudos que inmortalizaron en los lienzos los grandes artistas del pincel, y si van al Museo del Prado se tapan el rostro con las manos y los ojos con los dedos—á veces algo entreabiertos (pudor, no; hipocresía, sí);

—y aceleran el paso, volviendo la cabeza al lado opuesto para no mirar—ó para que no les vean que miran—un deshonesto desnudo, la Danae de Tiziano, la Maja de Goya, la Fortuna de Rubens, y esta pudibundez y este recato no son óbice para que al llegar á su casa se retiren al más escondido lugar de ella á saborear el libro pornográfico de texto ultralascivo y de láminas archiafrodisíacas... ¿Estamos de acuerdo, amigo mío, estamos de acuerdo en este punto?

—Sí, señor; le asiste á usted razón sobrada.

—La espontaneidad de su contestación pone de manifiesto la sinceridad de sus palabras. Vivimos en una época de vacilaciones, de persecución de orientaciones nuevas, de apuntalamientos que retardan el desplome inminente de un mundo viejo. Y, sin embargo, la mentira reina, la hipocresía triunfa, la verdad se defrauda. Acaso estén próximos el advenimiento y la instauración de una humanidad menos humana y más superhumana. Nietzsche fué el profeta. No faltan algunos ilusos optimistas que ya ven por Oriente el alba de este día lleno de vida nueva, en el que el imperio de la luz invadirá el actual reino de las tinieblas, y en el que la verdad y la sinceridad se asentarán en el trono que hoy ocupan la mentira y la hipocresía. Pero aún no ha llegado el *Mane, Thecel, Phares* de esta sociedad, ni nos hemos purificado ni somos perfectos... Todavía nos vemos invadidos y rodeados de una serie de mentiras convencionales que tejen la compacta red de nuestro vivir. Á las señaladas por Max Nordau podemos agregar otras muchas, entre ellas la mentira artística, en virtud de la cual se tuerce y se retuerce la misión de toda bella arte, falseándola y adulterándola, y se hace de la música cosa de lujo y de vanidad. Es decir, no entra como un elemento educativo que se ingiere en los cerebros infantiles conjuntamente con la gramática, la aritmética y la geografía. Se la considera como cosa frívola, pasajera, de importancia poco menos que nula y meramente recreativa, como una charada, un complicado salto de caballo ó un enrevesado jeroglífico de Novejarque. Nos servimos de ella como de un pasatiempo más, como de algo que nos ayuda á matar el tiempo. Así lo declaraba ya este desinmortalizado animal

(cisne? pato?) de Pésaro, que se llamaba Rossini. «Que aprenda la niña á tocar el piano para que no sea menos que su amiguita la del entresuelo, para que tenga ocasión de lucirse cuando asista á reuniones», dice el papá. Y la mamá, envanecida por los futuros éxitos de la niña, manifiesta su asentimiento al luminoso é inspirado proyecto de su adorado marido. Esta niña, casi siempre falta de vocación, de aptitud y de entusiasmo sincero, si reside en la corte acabará aporreando pésimamente el pobre piano y acabará siendo el cuarenta y siete primer premio, en su curso, del Conservatorio. Pero, eso sí, logrará el objeto propuesto por los papás: tocará tan mal como la vecina del entresuelo y cosechará ruidosos aplausos en las reuniones interfamiliares, y, con el tiempo, esta muchacha cobrará un odio profundo al arte musical que, á cambio de breves satisfacciones de vanidad, le ha proporcionado horas interminables de aburrimiento, obligándole á repetir el paso dificultoso, los ejercicios inabordables ó abordados imperfectísimamente, las escalas, los arpeggios, toda esta *lata* imprescindible que constituye el tributo rendido á la vanidad satisfecha.

—¡Qué grandes verdades está usted diciendo!

—Gracias, amigo mío. Y continúo... Otro aspecto de la cuestión, la música coral, por ejemplo, apenas está por aquí cultivada.

—¿Y los orfeones?

—¡No me los recuerde por Cristo, por el Dios de los ateos ó por la divinidad que usted prefiera! Ya sabemos que tienen sus pequeñas ventajas bajo diversos aspectos: el educativo, el sentimental y el moral, entre otros; pero salvo algunas escasas excepciones, no compensan estas ventajas los inconvenientes que en el orden estético presentan tales instituciones filarmónicas. Orfeo renegaría de ellos como renegaba el personaje de *Los malhechores del bien*, de Jacinto Benavente, al decir, poco más ó menos, que eran una cosa excelente, admirable, colossal... sobre todo cuando no cantaban. Iba á hablar de las asociaciones corales y del escaso ó más bien nulo entusiasmo que en España existe para contribuir á la mayor solemnidad de los jubileos artísticos de las gran-

des masas vocales, prestando su colaboración gratuita aquellos que pudieran hacerlo. En Alemania, en Inglaterra y en Suiza, todos, grandes y chicos, nobles y plebeyos, obreros intelectuales y manuales, jóvenes y viejos, hombres y mujeres, aunan sus esfuerzos *ad majorem musicæ gloriæ*. Allí, todos agrupados, todos unidos en espíritu, sin distinción de clases ni de categorías, sin otra recompensa que la satisfacción de cooperar á la obra común y poseídos de un entusiasmo que para nosotros quisiéramos, forman parte de sociedades corales y dan audiciones solemnísimas en las que interpretan las colosales creaciones de todos los grandes artistas. Y, como ya expuse en otra ocasión, sucede que la coparticipación de los diversos individuos en las grandes masas corales exige como condición previa é imprescindible una absoluta abdicación de la propia personalidad en pro del conjunto, á la cual nadie por aquí se somete gustoso. La aspiración de todos los cantantes es cantar *solos*, para tener ocasión de lucir sus facultades y para conquistarse el aplauso halagador que le envanece. ¡El aplauso otorgado á las masas vocales, repartido á prorrata entre los numerosos individuos que las integran, toca á tan poco!... Esta aspiración á la individualización, una vez puesta en práctica, deprime á la obra que debiera ser realzada, realzando, correlativamente, al intérprete de ella. Es decir, que aquí se trata —y el público otorga gustoso su sanción á este modo de sentir—no de oír, por ejemplo, á Schumann, ó á Franck, ó á Debussy, sino de oír cantar al distinguido señor A ó á la bella señorita B obras de estos grandes maestros. La personalidad del artista creador se posterga ó se pospone, la del intérprete se ensalza; lo grande se empequeñece, se engrandece lo pequeño. Y no crea usted que este defecto es exclusivo de España. No, señor. También en nuestra república vecina cuecen habas. No hace mucho tiempo que una revista parisién se lamentaba de lo mismo. Y el autor de este artículo exponía las contestaciones obligadas de los cantantes cuya reputación estuviera en vías de consolidación ó estuviera consolidada, si se solicitase que colaboraran en las masas corales para contribuir al mayor éxito del conjunto.

Unos protestarían airados de que se les propusiera desempeñar las funciones de corista. Otros, para evadirse del compromiso, alegarían la elegancia de su clientela. Éstos sostendrían que sus discípulos les abandonarían si formaran parte de las masas vocales. Aquéllos se escudarían en el demérito que, á los ojos del público, sufriría su talento. Todos solicitarían que se les reservara algún *solo* para ellos solos.

—Y en este caso concreto, ¿cuál cree usted que sería el remedio?

—El remedio, remedio general y no únicamente de este caso concreto, estaría en proceder á la inversion total y absoluta del valor concedido por nuestro pueblo á la música. Es preciso enseñarla no como una diversión frívola, menos como un lujo, menos aún como un medio de obtener el halagador aplauso que envanezca, sino como una de tantas cosas que deben ser aprendidas desde la infancia y que integran la cultura. Pero para ello tropezamos con una dificultad. Aquí acaso somos excesivamente amantes de la especialización en materias pedagógicas.—¡Hay que proclamarse detractores de la integración insana que abarrota el cerebro de conocimientos inútiles, perjudicándole en su recto funcionar!—exclaman muchos que sólo ven en el niño un futuro abogado, un futuro médico, un futuro perito agrícola, al que es preciso inocular de jurisprudencia, medicina, agronomía hasta que reviente ó estalle, pero exclusivamente de jurisprudencia, medicina, agronomía, en cada caso respectivo. Sólo ven en el hombre al hombre de una pieza ó al muñeco de cartón con un limitadísimo número de resortes. Y estos pobres de espíritu no conciben al ser humano complejo, inteligente, culto y cultivado, que, siendo especialista en una rama del saber, puede, no obstante, poseer conocimientos múltiples de otras muchas cosas, sin gran esfuerzo ni desgaste intelectual y sí únicamente con una sabia, recta y ordenada dirección en sus estudios.

»Invirtiendo total y absolutamente el valor concedido á la música por los pueblos latinos, aprendiéndola en los colegios, para posteriormente ampliar la extensión de su estudio, si hay verdadera aptitud y decidida vocación, ó dejarla,

en el caso contrario; mostrando las insuperables satisfacciones anímicas que reporta su audición, y señalando la influencia decisiva é incontestable que ejerce sobre la psicología individual, se llegará á trocar una fórmula latente entre nosotros, aunque no enunciada, «la música por el aplauso», por otra fórmula más artística y más en consonancia con la belleza, «la música por la música». Entonces se llegará á comprender por todos que para apreciar en su completo valor la delicadeza, la expresión, la intensidad y el poder emotivo de esa música que inmortalizó á los grandes productores y que en la actualidad se tiene como cosa científica, sabia, engorrosa y aburrida y, aun por algunos, como una discreta invitación al bostezo y al sueño, y que se cree por muchos producto del análisis razonado, de la meditación tranquila, del cálculo glacial de las fórmulas matemáticas y de las algebraicas y logarítmicas combinaciones, para saborear en todo su valor esta música tan musical bastará poseer un alma

sentimental, sensible, sensitiva,

como dijo el autor de *Prosas profanas*, un temperamento exquisito y refinado y una sólida educación artística. Pero créame usted, amigo mío, hay por aquí y por ahí tantísimas personas que se hallan tan pésimamente educadas...

JOSÉ SUBIRÁ.

(¿Continuará?)

SONETOS

A la Virgen.

¿Oís? La voz del místico poeta
con angélicas arpas acordada
aquella vida canta inmaculada
que predijo el davídico profeta.

Fué la divina creación completa
cuando el Señor buscó la Madre amada,
cuando ésta con sus lágrimas regada
dejó en Jerusalén negra silueta.

¿La Encarnación? Misterio inescrutable.
¿Sus Dolores? Emblema sin segundo.
¿Aquella Soledad? Inenarrable
tragedia. Si miráis eso profundo,
veréis en la Parábola adorable
bajo su pie la salvación del mundo.

A Isabel la Católica.

I

No tan sólo un breviario y una espada
te ofreciera en el sueño peregrino
el alumno inmortal del Perugino,
sino el timón de un Argos nacarada.

Por ti el nuevo Jasón vió secundada
su empresa gigantea; y el camino
que conduce al dorado vellocino,
franqueado, Medea coronada.

Ya en Vizcaya no crujen las antenas;
 deja Beni Nasar su loco empeño,
 y de Colón al fin cesan las penas:
 que al prestarle Isabel un frágil leño,
 del dulce Saltes apartado apenas
 trizo al solio español de un mundo dueño.

II

Que del arzón descuelguen los juglares
 la resonante y acordada viola
 por cantar á Isabel, gloria española
 que pueblos inundó de fe á millares.

Conservan su memoria nuestros lares;
 superior á Marcela y á Fabiola,
 del nauta la visión tú amaste sola
 endulzando sus hórridos pesares.

Grande tu empeño fué; piedad probada,
 al amparar de un loco la quimera.

Si por fatalidad enmudeciera,
 Isabel, la forminge malhadada,
 la Historia con el sabio prorrumpiera:
 «Por ti misma serás siempre alabada».

III

Si Minturna enturbiara á Ceriñola
 ó el alfanje del turco contrastara
 el arduo nimbo y la fortuna rara
 de aquella sin igual Reina española,
 el admirable empeño con que sola
 la fe insaciable, de piedad avara,
 á Colón protegía, le bastara
 para alcanzar la célica aureola.

En ella fía el nauta, va bogando,
 muestra desde el Pilar, tierra, María...
 ¡Patria de Hermenegildo y de Fernando:

- bien merece blasones tu hidalguía;
 en el mundo, Isabel desde aquel día
 es el más grande nombre y venerando!

IV

Oyele: que no es loco ni es ignaro;
 ve su frente titánica cuál brilla,
 escuche la señora de Castilla
 al señor del castillo de Cuzaro.

De potencia á potencia: él sólo avaro
 de un mundo por la fe, milla tras milla
 hinca la cruz en la apartada orilla
 y gualdo y rojo el pabellón preclaro;
 ella derriba un solio carcomido,
 y en las nubes, cual águila su nido,
 á donde pueblo alguno no llegara,
 asienta su escabel por dicha rara.
 ¿Qué mucho que sepulte en el olvido
 al Borgoña la prez de Trastamara?...

V

¿Cuál tu acierto, Princesa, fué?... ¡Sublime!
 ¿Cuál tu empeño?... ¡Tenaz é incomparable!
 Acoges á Colón pía y afable
 en tanto que derrumbas al muslime.

Cesa el dolor, el pueblo ya no gime;
 de la invasión cambió la suerte instable;
 ya en Palos desamarra el duro cable
 la nao; ya el viento su pujanza imprime.

Puesta la vista en ti, deja la orilla
 el nuevo Tifis; tras la noche oscura
 la isla de Hierro su cadena humilla,
 flota entre las nereidas tu hermosura
 y surge un hemisferio por Castilla
 «en medio de la líquida llanura».

VI

Tú imitaste al alumno allá en Granada
del Gamaliel turbado ante el divino
vórtice cabe el muro damasquino,
de mundanales joyas despojada.

La mente de Colón por ti amparada
de los mares halló en el torbellino
con la fe de holandés benedictino
la Tebaida del Kempis ansiada.

Ya ve en Colcos el nauta su tesoro,
Calpe derriba su columna fiera,
en lo alto de Padul suspira el moro,
logra nuevo blasón tu fe sincera:
campo azul, mar de plata, islas de oro
y va flotando el globo por cimera.

VII

Spínola, Grimaldi, Fieschi, Doria:
¿no veis vuestro poder oscurecido?
Es porque en Corogeo ha resurgido
la luz del porvenir y de la gloria.

Al verla el luso despreció su historia,
desdén del galo y del normando ha sido;
mas de Isabel el ánimo ha encendido,
y esto basta no más á la victoria.

Va Colón, con la pía y la clemente
Princesa que le apoya y es su guía,
adonde el sol poniente se escondía,
á realizar, por Dios, la hazaña ingente
por la cual esta España prepotente
á Venecia venció y Alejandría.

VIII

Las ínclitas jornadas que algún día
Epaminondas y Alejandro hicieron
tus esfuerzos sublimes repitieron,
magna Isabel, en esta patria mía.

Te habló Colón y en tu semblante via
revolar los arcángeles que oyeron
al augusto profeta. Ya salieron
las naos á realizar la profecía:

ya Tule queda atrás: benigno el hado
muestra á Veragua hermosa y venerable.
Si á certamen sagrado y memorable
asistieron Coronas de buen grado,
fuera tu gala y premio un envidiable
«corazón en rubíes engarzado».

IX

No acrecía el coturno tu estatura
cual la de aquel augusto Molinero
que tomó por oráculo á un.....
Es más grande, más noble tu figura.

Apoyando la ciencia ó la locura
del cosmógrafo, vate ó agorero
que en la ciudad de Ulises halló fiero
contraste entre la envidia y la impostura.

¿Guanajaní, que al alba sonreía,
será la prueba del delirio insano?
Un cinto le forjó filosofía

á la Reina en el solio castellano,
y como el macedón hiciera un día,
al mundo sometió bajo su mano.

A Fray Luis de León.

Astro fulgente de la Atena hispana,
doctor profundo, en la fecunda orilla
del Pisuerga, tu ciencia flota y brilla
tu excelsa luz desde prisión tirana.

Allí tu prosa nítida y galana
llegó á vencer el dolo y la mancilla
y desde tu escabel que hizo Castilla
cundió tu acento por la especie humana.

Ática y salvadora fué tu pluma
cuando cruenta voráGINE de males
á Europa en invasión ruda flagela;
y de odios mil en la siniestra bruma,
tu genio á remediar las infernales
herejías... «¡acude, corre, vuela!»

II

Medroso, cual medroso mira al Arca
el profano judío, pido al hado
de Palestrina armónico el teclado
por loar al salmántico jerarca.

De la tarsia eptaconde patriarca,
á Rioja y Garcilaso has enmendado,
y el arpa de Sión has combinado
con las guzlas de Jordi y de Petrarca.

Ni te arredre que suelte el odre Eolo,
ni que la Parca el siglo venidero
hile; centurias mil reserva Apolo
por ensalzar al que á Polión cantaba,
y por magnificar al Tajo fiero,
vengador de Julián y de la Cava.

III

Tú sabes do sesteas el dulce Esposo,
ves de los sacros libros la infinita
luz; tú dictas al ardua Carmelita
avilesa, que ensalza al poderoso

Sabaotk; es por ti sólo dichoso
el sabio que en mansión campestre habita;
tu estro envidiable y sin rival milita
de Yago en campamento victorioso.

Dió por ti Calderón autos sagrados,
Klópstok sublime su Pasión famosa,
Fray Paulino romances acabados,

MeléndeZ salmantino hizo tu glosa;
y todo lo inspirabas con un dístico
terso, magno, ideal, suntuoso, místico.

ENRIQUE PRÚGENT.

EL COLECTIVISMO ⁽¹⁾

CAPÍTULO II

Definiciones del socialismo, comunismo y colectivismo, por Hamon.— Juicio de Malon acerca de tales sistemas.—El colectivismo, sus bases y sus aspiraciones.—Á juicio de Mr. Fourniere, el colectivismo es la fórmula económica de la síntesis sociológica.

I

Antes de proseguir el estudio de las más importantes teorías colectivistas y de las opiniones de aquellos distinguidos publicistas que las han hecho objeto de sus apreciabilísimos trabajos, teorías y opiniones en las que se marcan así las divergencias como las aproximaciones que ya se advierten en lo dicho en el capítulo anterior, procuraremos puntualizar el sentido que á las palabras *socialismo*, *comunismo* y *colectivismo* atribuye algún escritor de reconocida significación en el campo revolucionario social y de innegable autoridad científica.

«Sea la que se quiera la doctrina con arreglo á la cual se socialice la propiedad—dice Mr. A. Hamon en un artículo publicado en *L'Humanité Nouvelle* sobre la definición del socialismo y sus caracteres,—no puede concebir el espíritu humano una forma social que excluya por completo la propiedad individual. No creemos que el hombre pueda imaginarse un sistema social en el que el vestido, por ejemplo, no fuera propiedad individual. Luego, racionalmente, del mismo modo que históricamente, estamos obligados á precisar la noción de *propiedad* socializada.»

(1) Véase la página 225 de este tomo.

Conceptúa Mr. Hamon que «las cosas apropiables por el hombre pueden dividirse en cosas ó medios de producción y en cosas ú objetos de goce, clasificación que, como todas, es imperfecta, siendo nuestro objeto al hacerla el llegar á una noción exacta del socialismo, pues en realidad todas las cosas son medios de producción, sea directa é inmediatamente, sea de un modo mediato ó indirecto, y todas son también objeto de goces».

«Pero—añade—la socialización de los objetos de goce no es admitida por todos los que, en el pasado ó en nuestros días, han sido considerados como socialistas. Tal es el caso de Sidney Well, de la *Fabian Society*, de Picquar, según el cual el trabajador recibe una remuneración y dispone de ella libremente; de San Simón, de Colins y de otros muchos, los cuales en sus doctrinas conservan la propiedad individual de los salarios ó remuneraciones, y, por consiguiente, de los objetos de goce. Por lo tanto, históricamente estamos obligados á restringir la significación de *socialismo*, limitándole á la sola socialización de los medios de producción, excluyendo la de los objetos de goce. De este modo tendremos la siguiente definición. Socialismo: sistema de sociedad, ó doctrina social, según los cuales son socializados los medios de producción. Nota: se entiende ser medios de producción el suelo, las aguas, los inmuebles, la maquinaria y el utensilio en general.»

«Esta definición—prosigue diciendo Mr. Hamon explicándola—es por modo cierto clarísima y suficientemente precisa para diferenciar al socialismo de los otros sistemas ó doctrinas filosóficas referentes á la sociedad. Tal cual es, tiene una precisión bastante para permitir la reunión, bajo la misma definición, de todas las doctrinas, de todos los sistemas sociales enlazados por la concepción común de la socialización de los medios de producción, no entrañando ninguna hipótesis sobre el modo de socializar, siendo modalidades del socialismo así definido todas las formas del comunismo y colectivismo.»

Con motivo de esta definición, y refiriéndose á ella, hace varias consideraciones encaminadas á esclarecer si satisface

á las concepciones sociales que fueron descritas ó experimentadas y escribe: «Para los diversos historiadores del socialismo, sean partidarios de él, sean adversarios, sean únicamente imparciales, son socialistas los Tomás Moro, los Morelly, los Esenios, los Godwini, los Anabaptistas, los Valdenses, los Niveladores, los Fourrier, los San Simón, los Lammenais, los Bakounine, siendo para los sociólogos las doctrinas que imaginaron y los sistemas que pusieron en práctica doctrinas sociales clasificables en el socialismo. Éste, según nuestra definición, comprende todas las doctrinas y sistemas sociales en las que los medios de producción están socializados. ¿Esas teorías y formas sociales imaginadas por dichos reformadores y filósofos admitían la socialización de los medios de producción? Su estudio sugiere una respuesta afirmativa. Platón, los Esenios, los primeros padres de la Iglesia, tales como San Clemente, San Juan Crisóstomo, San Basilio, etc., eran comunistas, y, de consiguiente, preconizaban la comunidad de los bienes. Los Valdenses, Tomás Moro, Novilef, Leyden y los Anabaptistas, los aldeanos de Alemania, Campannia y los Niveladores predicaron de igual modo la forma comunista de la propiedad. Los peruanos bajo los incas, los chinos once siglos antes de Jesucristo, estaban organizados, los primeros, con una forma de propiedad colectiva, y los segundos, con una forma de propiedad comunista. Más cercanos á nosotros, los pequeños grupos de las Misiones jesuíticas del Paraguay, los cuáqueros, los ruppistas, los zoaristas, etc., pusieron la propiedad bajo un modo colectivo. En los comienzos del siglo XIX se ve á Fourrier, Voven, Cabet y Pedro Leroux predicar el comunismo, mientras que San Simón, Pecqueur y Francisco Huet se erigen en protagonistas de un modo colectivo de propiedad, y Lammenais, Luis Blanc, Proudhon, Hercen, Karl Marx, Lassalle y Bakounine quieren, ó la comunidad de los bienes, ó una forma colectiva de los mismos».

Después de hacer notar que todos los socialistas contemporáneos son opuestos al actual régimen de la propiedad, queriendo sustituirla, ó por la forma comunista, ó por la

colectiva de todos los medios de producción, se expresa Mr. Hamon del siguiente modo: «De todo lo expuesto resulta que históricamente, en el pasado y en el presente, la definición que hemos dado es satisfactoria. El comunismo y el colectivismo son las dos principales manifestaciones del socialismo. Julio Guesde escribió que «el colectivismo de los medios de consumo es el que obliga á una definición del colectivismo para poder comprender el comunismo». Littré considera al comunismo «el sistema de una secta socialista que tiende á hacer prevalecer la comunidad de los bienes, esto es, la abolición de la propiedad individual y la entrega de todo el haber social al Estado, que hará trabajar y distribuirá los productos del trabajo á los individuos».

Esta concepción presenta como esencial al comunismo la existencia del Estado, y esta modalidad del socialismo sería así definida como función de una forma política y de una forma económica. Por eso los sistemas que tuviesen la misma forma económica y distinta forma política serían de clasificar fuera del comunismo.»

Refiérese á continuación, para fundamentar más sus definiciones, á la opinión de Houre y Barré (*Enciclopedia natural*), á cuyo entender, «el comunismo es la comunidad de todos los goces que procuran los bienes de la tierra, así como de todo trabajo que su explotación reclama». Esta definición adolece del defecto de ser poco precisa y clara. No se sabe si únicamente trata de las producciones del suelo, ó si se trata de todos los bienes existentes. Parecería también que son los goces los comunes, y no las cosas que producen estos goces, resultando de ello que esta especie de comunismo obligaría á todos los individuos á gozar del mismo modo. La concepción platoniana es preferible, pues no presupone como esencial al comunismo ninguna forma política. No conceptuamos que estas palabras, «organización unitaria», implican la idea del Estado, porque si así fuese, la definición dada por Platón será inaceptable por las indicadas razones. Con todo, la preferimos, aunque no la aceptamos, á la de Morelly: «el comunismo es un sistema ó forma de vida común, en el que el derecho de la propiedad privada es abolido por la ley, sien-

do una comunidad de bienes una característica esencial á todos los géneros de comunismo».

Nos hemos extendido, acaso más de lo conveniente, en las anteriores consideraciones de Mr. Hamon, para puntualizar mejor sus ideas; pero á los fines de este estudio son de mayor interés otras de su trabajo. «Para la otra variedad del socialismo, conocida con el nombre de colectivismo—dice,—se han propuesto varias definiciones. Leroy Beaulieu, F. Engels, Ives Guycot, Schaeffle, Colins, etc., han identificado el socialismo con el colectivismo. Brisac y Leo presuponen como esencial al colectivismo la existencia del Estado. Benito Malon dice que «el colectivismo es la inalienabilidad de las fuerzas productoras puestas bajo la tutela del Estado, confiándolas éste temporalmente y mediante anticipo á las agrupaciones profesionales, en las que se hace la distribución de los productos del trabajo». Littré dice que es «la teoría social que suprimiendo la propiedad individual, la pone por completo en manos del Estado». Se ve, pues, que ambos dan una idea análoga, con el Estado por base; pero no podemos aceptar sus condiciones, porque excluyen del colectivismo sistemas generalmente conocidos como perteneciéndole. El modo político no puede ser específico del colectivismo, porque no podrían ser comprendidos en el mismo vocablo diversos vocablos que tienen formas económicas y diversos modos económicos.

Mr. Hamon aprecia en estos términos otras definiciones: «Las de Engels y de Schaeffle no son bastante claras y precisas, lo mismo que la que resulta de la explicación de Mauricio Block: «el colectivismo es la secta del comunismo que permite á los individuos tener propiedades inmuebles particulares, pero que quiere poseer en común, esto es, colectivamente, los inmuebles y los instrumentos del trabajo». «El colectivismo, escribió Julio Guesde, es el comunismo de los medios de producción», noción que implica una definición precisa del comunismo para ser bien comprendido, por su definición. Según Woolsey, el colectivismo «es la condición de una comunidad, cuando sus negocios, y especialmente su industria, son manejados colectivamente, en lugar del mé-

todo del esfuerzo individual aislado»; concepción que carece de claridad, mientras que la de Platón, implicando la necesidad de «un período de reformas de la sociedad por vía legislativa», excluye el colectivismo revolucionario».

«Por eso—dice en conclusión—nos inclinamos á definirle del modo siguiente: Colectivismo, variedad socialista, sistema ó doctrina social en que tan sólo los medios de producción son poseídos colectivamente. Esta idea del colectivismo es clara y precisa porque permite la exclusión de los sistemas sociales que no admiten la sola posesión colectiva de los medios de producción, y además es independiente de todo modo político, y, por consiguiente, no excluye ningún sistema. Igualmente, así en el pasado como ahora, satisface también los sistemas económicos cuanto á los colectivistas. El san-simonismo, la doctrina de Pecqueur, la de la Fabian Society, la de Colins, etc., son colectivistas: la diferencia entre el colectivismo y el comunismo está en la distribución de los productos. En este sentido los objetos de goce son poseídos en común, y la forma de su repartición es «á cada uno según sus necesidades». En aquel sistema los objetos de goce son de posesión privada, y la fórmula de repartición de los productos es «á cada uno según sus obras». En ambos sistemas los medios de producción son de posesión común colectiva.»

II

Nos hemos extendido dando á conocer algunas de las ideas del eminente escritor Mr. Hamon, no sólo por el grande valer científico que por todos se le reconoce y por el lugar preeminente que ocupa dentro de una de las escuelas sociales de mayor radicalismo en sus aspiraciones, sino porque patentizan con verdadera claridad los caracteres distintivos de la doctrina colectivista y los que la separan de la comunista, tanto del histórico como del moderno que busca su base en la anarquía. A fines análogos responden las emitidas en su *Précis historique, théorique et pratique du socialisme* por el no menos distinguido publicista Mr. Benito Malon, á quien aquél hace repetidas referencias. Por ello, y porque nuestro princi-

pal objeto es dar á conocer el movimiento colectivista por el de las ideas, lo verificaremos de las del ilustre socialista, en cuanto, como las de Mr. Hamon, ponen de relieve las diferencias que á su juicio distancian al comunismo del colectivismo.

Manifiesta en primer término Mr. Malon que «el *comunismo* es la colocación en común de todas las fuerzas productoras bajo la gestión directa del Estado, mientras que el *colectivismo* es simplemente la enajenabilidad de dichas fuerzas productoras, puesta bajo la tutela del Estado»; idea que no se diferencia mucho de la por Mr. Hamon emitida, y añade: «Este último las confía temporalmente y mediante un anticipo á grupos profesionales; la repartición se hace á *prorrata* del trabajo; y en cuanto al consumo, es completamente libre, cada uno gasta como más le agrada, y el equivalente le es entregado, una vez que llena las cargas sociales, del producto de su trabajo, y por lo tanto, el *colectivismo* no es «una falsificación belga del *comunismo*», como ha dicho Pablo Lafargue, sino más bien una transacción en el terreno de la justicia, entre el antiguo comunismo utópico y el individualismo reinante».

Mr. Benito Malon entiende que la evolución económico-social va encaminada en tal sentido, y que más ó menos pronto, pero antes de lo que se piensa, lo que hoy para muchos es un sueño y un mero ideal para otros, se convertirá en realidad. Esto es lo que resulta del siguiente pasaje: «Que debe llegar un día en que las costumbres, suavizadas é ilustradas por un período de justicia económica y de solidaridad social creciente determinará el colectivismo, y que éste será después sustituido por el que hoy llamamos *comunismo libertario*, lo creemos tanto más cierto, cuanto que entendemos que el socialismo no traerá al mundo una sociedad perfecta, sino simplemente una sociedad superior, en potencia y en justicia, y que será seguida de formas sociales tan elevadas que aún no las concibe nuestro pensamiento. Los colectivistas no tienen la pretensión de decir al progreso «traemos la última conquista», pues sería incurrir en la torpeza de los *religionistas*, que toman por verdad absoluta y eter-

na el estrecho dogma encerrado en su cerebro. Para los socialistas conscientes, la transformación social, en lugar de cerrar al progreso las grandes vías de la justicia futura, se las abrirá muy amplias, y tan matizadas de ciencia que aumentar, de fuerzas naturales que sujetar, de perfecciones morales que adquirir y de felicidades sociales que realizar».

Pero, á juicio del mismo Mr. Malon, nos hallamos todavía muy lejos de tan bello ideal, pues entiende que aún el colectivismo no es más que una esperanza, y se presenta bajo diferentes fórmulas, que pueden enumerarse del siguiente modo: «1.^a, *colectivismo enfitéutico*, forma de posesión de la tierra, cuya naturaleza resulta del nombre, propuesta en 1826 por Bernardino de Ribadavia, Presidente de la República Argentina, y con arreglo á la cual el Estado, poseedor de la tierra, se obligaba á no enajenarla, pero la confiaba, mediante un canon fijado, á arrendatarios enfitéuticos, cuyas contribuciones constituían la renta social; 2.^a, *colectivismo industrial*, del que es indudablemente el primer teórico Constantino Pecqueur, quien presentó en 1836 una obra en dos volúmenes, que tenía por título *Los intereses del comercio, de la industria, de la agricultura y de la civilización en general*, obra en la que Pecqueur proponía socializar las instituciones de crédito, los caminos de hierro, las minas, etc., y servirse de los recursos que proporcionaría esta medida, para completar gradualmente la socialización de todas las fuerzas productoras, y también Francisco Vidal concluye como Pecqueur en sus opúsculos; 3.^a, *colectivismo colinsiano*, que toma su nombre de Colins, quien preconizó la apropiación colectiva del suelo y de una parte de los capitales, queriendo que se procediera por vías de rescate, que se haría posible por medio de un gran impuesto sobre las herencias, no atribuyéndose el Estado en este sistema sino un dominio eminente del suelo y de los grandes capitales, que deberían ser explotados por familias ó asociaciones que tendrían que efectuar un pago social y á un registro de cargas; 4.^a, *colectivismo internacionalista*, que se proclamó en varios Congresos internacionales, y ha tenido por principal propagador á César de Paepe, constituyendo una mezcla de las Concepciones anteriores, partiendo de

este principio, «la sociedad tiene el derecho de abolir la propiedad individual del suelo y del gran utensilio industrial, abolición que es preciso que se realice», y ofreciendo como medios, en primera línea, el impuesto sobre las herencias, el impuesto único, directo y progresivo, y la recuperación por la sociedad, con indemnización debatida, de las instituciones de crédito, vías férreas, canales, minas y de algunos monopolios; 5.^a, *colectivismo revolucionario*, basado, en cuanto á los medios, en la expropiación revolucionaria, y sin indemnización, de la clase burguesa, por el proletariado sublevado y hecho dueño de los poderes públicos; 6.^a, *colectivismo marxista*, que difiere del anterior en que es más objetivo, y para cuyos adeptos la historia no es más que la trama de la lucha de clases prosiguiéndose á través de las modificaciones necesarias de las condiciones económicas; 7.^a, *colectivismo anarquista*, coetáneo del revolucionario, que imperó, sobre todo, entre los internacionalistas italianos, rusos y suizos, que difiere de aquél en que, para los colectivistas anárquicos, la revolución, que es preciso realizar por todos los medios, debe ser puramente destructora de todas las formas gubernamentales y jurídicas burguesas, y entonces, los grupos y los municipios libres y autónomos podrán federarse libremente para organizar la producción y los servicios públicos indispensables; 8.^a, *colectivismo agrario*, que también podría llamarse *anglo-americano*, cuya primera idea en su forma exclusiva corresponde á Stuart Mill, y se ha desarrollado naturalmente en los países de gran propiedad, contando entre sus eminentes preconizadores á Henry George, al sabio naturalista Russel Wallace y á los irlandeses Miguel Duviff y Patrick Forel».

Tales son los sistemas colectivistas que en la actualidad se disputan el campo, según Mr. Malon los ha clasificado. No hemos hecho más que apuntar las ideas de dicho escritor, porque su desarrollo tendrá mejor cabida en otros capítulos. Como se ve, la idea culminante de todos ellos es la misma, variando tan sólo en cuanto al mayor ó menor alcance de la socialización de los medios productivos, y se perciben también las diferencias que les separan entre sí y de los comu-

nistas. A tales sistemas agrega, en último término, Mr. Malon el *colectivista reformista*, que indica ser el mejor, y que «se aproxima bastante al llamado *industrial*, teniéndose en él gran cuenta de la evolución capitalista, pero sin creer que deba dejarse continuar la pauperización del proletariado y la proletarización de la pequeña burguesía industrial». En conclusión dice: «En los diferentes sistemas se admite el derecho del niño á un sostenimiento suficiente, á una instrucción general y profesional, cuyos gastos sean de cargo, ya de las sociedades, ya del municipio; del mismo modo se admite para los inválidos y para los incapaces un amplio derecho á la subsistencia en proporción á los recursos sociales».

MANUEL GIL MAESTRE.

(Continuará.)

BOLETÍN BIBLIOGRAFICO

La casa de Cárdenas, por M. R. BLANCO BELMONTE. — *Barcelona, Gili editores, 1906.*

Raro acontecimiento en el mundo literario es hoy la aparición de un libro que puede ponerse sin recelo ni inconveniente alguno en manos de mujeres y niños, cuando ese libro tiene la forma de la novela, y raro es también que á tan recomendable circunstancia reúna la del mérito como escrito, lo ingenioso de la invención y la facilidad y corrección del estilo: tales son las prendas de la obra que anunciamos á nuestros lectores. Como todo lo que publique la casa Gili merezca figurar al lado de *La casa de Cárdenas*, bien pueden gloriarse estos editores de haber aplicado los adelantos de la tipografía á libros dignos de encomio.

No es una novela este libro en el expreso significado de este nombre. La unidad de la obra está representada por un solo personaje, mejor dicho, por el nombre de una familia y por su casa solariega en una ciudad andaluza. El autor pretende contarnos sus recuerdos de la infancia y describir muy diversos tipos que formaban la tertulia de su tía D.^a Antonia de Cárdenas, carácter de singular belleza moral, con quien desde luego simpatizan los lectores. D.^a Antonia es una D.^a Perfecta, aunque no lleve ese nombre. No aparece en escena sin que nos deje encantados con alguno de sus dichos ó de sus hechos; pero no son menos notables las figuras del capellán de la casa y del médico, asiduo huésped de la misma. Una colección de cuentos en labios de aquella buena señora prepara al lector para verdaderas historias, dignas de ser contadas á los hombres. Entre esas historias son notables la del casamiento de D.^a Antonia con el médico del pueblo, de quien se enamoró por las obras de caridad por él practicadas, y que había presenciado la misma señora, y la del capellán que, por no violar el secreto de la confesión, dejó de entregar á los tribunales al asesino de sus padres. ¿Y qué diremos del misionero mártir que había abrazado el estado religioso para purgar el delito, más bien inadvertencia, de no haber comunicado á tiempo la noticia de un indulto? Antes de consagrarse á Dios por votos solemnísimos, había protegido cuanto pudo á la viuda y á los hijos del condenado á muerte, y víctima del rigor de las leyes militares, y no contento aún, cambió su nombre por el de aquél, á fin de reivindicar ante la posteridad el buen nombre del que había quedado entre los infames. La historia del niño que nació y

vivió algunos años con natural impedimento para la locución y á quien ciertas palabras no muy prudentes atrajeron la muerte en horca, nos enseña que es bueno cuanto hace Dios, aun cuando no cuadre á nuestros propósitos, aunque nos parezca que hubiese sido mejor lo contrario. Los que en otro tiempo escribían esta clase de libros contaban cosas buenas y episodios morales é interesantes, pero no acertaban á presentarlos con la elegante forma que ha dado á su libro el Sr. Blanco Belmonte. Así, no por una sola obra buena, sino por una serie de ellas, engarzadas en buenos párrafos de prosa castellana, damos la enhorabuena al autor, que por la impresión del libro deberan compartir los editores.

A. BALBÍN DE UNQUERA.

* * *

Apología del Cristianismo, por el R. P. ALBERTO M. WEISS, *escrita en alemán y traducida por distinguidos literatos.*—*Cuarta parte.*—*Cosa editorial Gili.*—*Barcelona, año 1906.*

Acaban de publicarse los tomos VII y VIII, que componen la cuarta parte de la obra del célebre P. Weiss. Esta parte es la que más interés ofrece al público en las presentes circunstancias, por cuanto las cuestiones sociales apasionan hoy los espíritus, y en ella su autor expone y resuelve estos arduos problemas de la humanidad.

En siete partes ó secciones ha dividido el autor su notable trabajo. «La vida política», «El derecho», «Las bases de la sociedad», «La familia», «La sociedad civil», «El Estado y la sociedad de pueblos» y «El reino de Dios».

Tales son sus epígrafes. En cuanto á su contenido, baste decir que no hay cuestión alguna que no salga esclarecida por completo de las manos del autor. En estos libros desfilan estudios del absolutismo, del radicalismo ó la revolución, del liberalismo, del socialismo, del anarquismo y del internacionalismo, terminando esta sección destinada al examen de la vida pública con dos interesantísimas conferencias sobre la situación del mundo y la solidaridad en la responsabilidad de las ideas modernas. Estudia luego el derecho en sus relaciones con el orden moral, el orden público y el orden divino; la personalidad humana, la propiedad y el trabajo como bases de la sociedad; la familia, el matrimonio y la familia; el matrimonio y la sociedad. El estudio consagrado á la sociedad civil es de todo punto sorprendente: la situación social, la organización económica de la sociedad con un apéndice magistral de cien páginas sobre el capital, el interés y la usura, la sociedad civil y el Estado, los medios morales, jurídicos y sociales de salvación, tales son los principales puntos dilucidados en esta sección. No es menos notable el estudio que dedica al Estado, escudriñando su fin y autoridad y las relaciones que deben mediar entre unos y otros, ó sea el derecho internacional. Finalmente, la Iglesia como sociedad, cierra el edificio social

que el P. Weiss ofrece, de conformidad con la más pura doctrina católica, á las generaciones contemporáneas, para que en él encuentren la paz que tanto anhelan en nuestros días los hombres de buena voluntad.

Condiciones generales de la publicación.—La obra consta de cinco partes, de dos tomos cada una, ó sea de diez voluminosos tomos en 4.º (23 1/2 × 15 centímetros). La edición castellana se publica con regularidad, esmeradamente impresa en tipos claros y nuevos, en excelente papel y con todo la pulcritud que la casa editora pone en sus producciones.

Dada la importancia de la obra, se ha hecho una encuadernación especial, en tela inglesa, con hermosa plancha alegórica, tirada en oro y colores, con el lomo en piel achagrinada y cortes rojos pulidos.

Condiciones de venta.—La obra se publica por partes, y éstas se componen de dos tomos en 4.º, á los cuales se ha fijado un precio uniforme, á pesar de ser la tercera y cuarta partes más voluminosas que las demás.

Pago al contado:

En rústica:

Precio de cada parte, 12 pesetas; íd. de la obra completa, 60.

Encuadernada:

Precio de cada parte, 16 pesetas; íd. de la obra completa, 80.

Las cuatro partes publicadas, y la quinta, que está en prensa, se remitirán francas de porte y certificadas á los suscritores de España. Los de América y extranjero deberán añadir 2 pesetas por cada parte ó 10 pesetas por la obra completa para gastos de envío.

Los pagos deben efectuarse al hacer el pedido, en libranza del Giro mutuo ó en letra de facil cobro sobre Londres, Berlín, París, Roma, Madrid ó Barcelona.

Publicado ya la cuarta parte y en prensa la quinta y última, y deseando vivamente ofrecer los editores todas las facilidades posibles para que el clero y las familias religiosas puedan poseer esta publicación, han establecido una nueva forma de suscripción bajo las siguientes condiciones:

1.ª Los suscritores á plazos podrán adquirir la obra completa por el precio de 66 pesetas en rústica y 88 encuadernada, satisfaciendo su importe en seis plazos mensuales ó bimensuales si la desean en rústica, ó en ocho plazos mensuales ó bimensuales si la prefieren encuadernada; es decir, en seis ó doce meses en el primer caso y en ocho ó diez y seis en el segundo. El aumento de precio sobre el coste al contado responde á los gastos que representan las seis ú ocho letras necesarias para el cobro de su importe, de que se habla en la condición 3.ª

2.ª El suscriptor recibirá toda la obra franca de porte y certificada. Por manera que los nuevos suscritores adquirirán la obra por 66 pesetas en rústica y 88 encuadernada, libre de todo otro gasto.

3.ª Para evitar molestias al suscriptor y simplificar la contabi-

lidad, á toda persona que solicite la suscripción á plazos se le enviarán previamente seis letras de 11 pesetas cada una (si desea la obra en rústica), ú ocho letras de 11 pesetas cada una (si la prefiere encuadernada), correspondientes respectivamente á los seis ú ocho plazos de pago de la obra. Dichas letras serán aceptadas por el suscriptor y devueltas á los editores, indicando al propio tiempo si los pagos han de ser mensuales ó bimensuales. Los editores, luego de recibidas las letras aceptadas, enviarán al suscriptor, libres de porte y certificados, los ocho tomos publicados, y los dos últimos cuando se termine su impresión, que será dentro de tres ó cuatro meses, y pondrán en circulación á su debido tiempo las letras aceptadas, que deberán pagar los suscritores, sin ulterior aviso, en las fechas indicadas en ellas.

4.^a Esta forma de suscripción queda limitada á España, no siendo posible hacerla extensiva á los suscritores de América y extranjero, los cuales deberán enviar el importe total de la obra en las condiciones indicadas más arriba.

* * *

Elementos de agricultura y técnica agrícola é industrial (*ilustrados*), por D. JAIME FERNÁNDEZ CASTAÑEDA.—*Cuenca, imprenta de Celadonio León, 1904 y 1905.*—*Dos volúmenes en 4.º, de 379 páginas el primero y de 180 el segundo. Con bastantes grabados intercalados en el texto.*

Es la obra de Fernández Castañeda labor meritísima, adaptación práctica de los conocimientos de la agricultura para el estudio de esta misma ciencia que deben poseer los alumnos de los Institutos y aun aquellos que con carácter técnico cursaren en los mismos centros.

Da principio el autor á su trabajo con claridad, empleando un método verdaderamente intuitivo y popular que desenvuelve hábilmente para llevar al alumno del conocimiento vulgar que todos poseemos hasta el científico, término y fin de la exposición.

Subordinando ésta al concepto de la ciencia-arte agrícola tal como los progresos modernos lo imponen (ciencia tecnológica), dentro de este carácter estudia el fin económico, la perfección y la ganancia, móviles de todo labrador como industrial.

Sentado el concepto de la agricultura, pasa á estudiar la influencia de los agentes del cielo en los vegetales; después determina las condiciones del suelo laborable, señaladas por la Geología, y á continuación de estudiar la tierra laborable describe la admirable máquina vegetal que transforma en seres vivos las materias inertes.

Toda esta exposición metódica, clara y sencilla, trae naturalmente la descripción de los medios de que el hombre se vale para obtener el fin económico y social que la ciencia agrícola persigue: la alimentación vegetal y la mecánica agrícola están tratadas con elocuente sobriedad, ilustrando la última numerosos gra-

bados y prácticas instrucciones, que han de hacer mucho si se difunden, para la destrucción de la rutina y del atavismo que impera entre nosotros.

Tal es la obra de Fernández Castañeda, descrita á la ligera, sobre la que podríamos decir elocuentes elogios de alabanza que consideramos indiscretos dada la modestia del Director del Instituto de Cuenca.

LEOCADIO LÓPEZ.

* * *

¿Habla usted latín? *Conversación familiar por el licenciado D. HERIBERTO MALLOFRÉ Y GOTSSENS, presbítero, catedrático de literatura preceptiva en el Seminario Conciliar de Barcelona.*

En el extranjero es usual y corriente el método de conversación familiar para perfeccionar el conocimiento de una lengua. El señor Mallofré, con muy buen acuerdo, ha introducido dicho método en España, aplicándolo al estudio del latín. Versan sus diálogos sobre las materias más comunes y necesarias á la vida de relación; sus frases están tomadas de los mejores clásicos, Terencio, Plauto, Tito Livio, Salustio, etc., y la versión española responde á la exactitud del concepto y á la propiedad del lenguaje.

La rapidez con que se ha agotado la primera edición de esta obrita demuestra la excelente acogida que ha merecido en Seminarios, Institutos y colegios, en cuyos centros de instrucción es sumamente provechosa y aun actualmente insustituible.

Un tomo en 8.º, elegantemente encuadernado en cartoné, pesetas 1.

P. A.

* * *

Le regne du silence, par GEORGES RODENBACH.—*Boletín bibliograf.*
—Paris, Bibliothèque Charpentier, 1905.—3,50 fr.

Es Georges Rodenbach, ante todo y sobre todo, un temperamento artístico de primera potencia. Siempre en sus obras, aun en las novelas, como lo atestigua su *Bruges la morte*, aparece el poeta tierno, exquisito, sentimental y refinado, amante de la sensación sutil y perseguidor de la evocación constante de aquello que quiere expresar, valiéndose para ello de imágenes asociadas cuya multiplicidad asombrosa acaba de grabar en el espíritu del lector la sensación real de lo evocado. Georges Rodenbach es un apasionado de las muertas ciudades belgas de espaciosa calles surcadas por canales que reflejan en sus aguas las altas edificaciones bordeantes, atravesados por amplios pontones; ciudades solitarias en las que sólo alienta el espíritu de lo caduco y de lo percedero. Georges Rodenbach es un sutil perseguidor de la sensación fugaz que inmortaliza en bellísimas estrofas, tan modernas, tan originales, tan plenas de personalidad tan inconfundible, que dejan en el

lector una nueva impresión, extraña al principio, pero siempre de una indiscutible belleza. Tal sucede con su libro de versos que hoy anunciamos, *Le regne du silence*. En él desfilan la *vida de los aposentos*, de estas estancias que visionarias y llenas de sueño

Prennent les grands fauteuils pour des vieillards frileux
en cercle dans la chambre et valetudinaires;

Le cœur de l'eau; Paysages de ville, en donde todo se va y todo muere y las piedras que se han marchitado,

... déjà se dispersent en un
reanime et frileux départ des feuilles mortes!

Cloches du dimanche, el día triste, siempre interminable, fatigante, vacío y pálido, en el que las campanas, deshojando sus pétalos de metal, parecen mostrar más vigorosamente la tristeza abrumadora de la vida que muere;

Au fil de l'ame y da silence, admirable colección de poesías de una belleza insuperable, donde hay versos tan intensos como

L'amant entend songer l'amante qui s'est tue;

y estos otros, hablando del crepúsculo vespertino que avanza dando la sensación de que parece sentirse caer algo como una nieve negra:

Et langouusement la clarté se retire;
Douce! Ne plus se voir distincts! N'être plus qu'un!
Silence! deux senteurs en un même parfum;
Penser la même chose et ne pas se la dire.

Rodenbach es uno de los más grandes poetas y *Le regne du silence* una de sus obras más bellas.

JOSÉ SUBIRÁ.

* * *

Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.—*Programa del décimo Concurso especial que abre esta Corporación para premiar monografías descriptivas de Derecho consuetudinario y Economía popular.*

La Academia, por las razones y con el propósito que dió á conocer en el programa de estos primeros certámenes (1), ha resuelto convocar el décimo, correspondiente al año de 1907, destinando la suma de *dos mil quinientas pesetas* para premiar *Monografías sobre prácticas ó costumbres de Derecho y de Economía*, sean ó no contractuales, usadas en el territorio de la Península é islas adyacentes, ó en alguna de sus provincias, localidades ó distritos.

(1) Publicado en la *Gaceta de Madrid* de 16 de Mayo de 1897.

Este premio podrá ser adjudicado á uno solo de los trabajos presentados al concurso ó dividirse en dos ó más, á partes iguales ó desiguales, según lo conceptúe justo la Academia.

El plazo de presentación expirará en 30 de Septiembre de 1907.

Las Memorias tendrán carácter monográfico y de investigación original, debiendo atenderse en ellas á fijar los caracteres y la fisonomía de cada una de las costumbres coleccionadas, más bien que á la crítica de sus resultados. Podrán limitarse á una sola costumbre, observancia ó institución usual en una ó en diversas regiones, con sus respectivas variantes, si las hay, ó extenderse á un grupo mayor ó menor de costumbres vigentes en una localidad ó en un distrito ó comarca determinada. Cada costumbre Colegida ha de describirse del modo más circunstanciado que sea posible, sin omitir detalle y no aisladamente, sino en su medio, como miembro de un organismo, relacionándola con todas las manifestaciones de la vida de que sea una expresión ó una resultante, ó con las necesidades que hayan determinado su formación ó su nacimiento, y además, si fuere posible, señalando las variantes de comarca á comarca ó de pueblo á pueblo, y la causa á que sean debidas; apuntando las leyes, fueros, ordenanzas ó constituciones desusadas por ellas, ó al revés, de que sean una supervivencia ó á que sirvan de aplicación ó de complemento; é inquiriendo, caso de ser antiguas, los cambios que hayan experimentado modernamente y la razón ó motivo de tales cambios, ó las mudanzas en el estado social que las hayan provocado; sin olvidar el concepto en que las tengan ó el juicio que merezcan á los mismos que las practican y á los lugares confinantes que las observan desde fuera y pueden apreciar comparativamente sus resultados.

Podrá hacerse extensivo el estudio á costumbres que hayan desaparecido modernamente, determinando en tal caso los motivos de la desaparición y las consecuencias que ésta haya producido.

En el concepto del tema entran todo género de costumbres de derecho, así público como privado, y todas las manifestaciones del trabajo y de la producción, agricultura, ganadería, comercio, industrias extractivas y manufacturas, pesca, minería y demás;— derecho de las personas, del matrimonio, de la sucesión, de bienes, de obligaciones y contratos, desposorios, petitorio, reconocimiento, colectas entre los parientes y amigos, ajuste, donas y demás concerniente á las relaciones que preceden al casamiento, heredamiento universal (hereu, petrucio, púbilla, etc.); sociedad conyugal, comunidad familiar, lugar de la mujer en la familia, derechos de la viuda, autoridad de los ancianos, peculios, caballeros, tiones, sistemas de dotes (renta en saco, al haber y poder de la casa, etc.); constitución de un caudal para los desposados por los parientes y amigos; indivisión de patrimonios; adopción, orfandad, consejo de parientes, etc.;—arrendamientos de servicios; aparcerías agrícolas y pecuarias, comuñas, conlloc ó pupilaje de ganados, etc.; arriendo del suelo sin el vuelo; pago del precio del arriendo en trabajo de senara para el propietario; plantaciones á

medias, rabassas, mamposterías; abono de mejoras; servidumbre y dominio dividido; perpetuidad de los arrendamientos ó transformación de éstos en quasi enfiteusis por la costumbre;—rompimientos privados en los baldíos (emprius y artigas privadas, etc.), forma de explotación de las pesqueras comunes y de las tierras de común aprovechamiento, repartos periódicos de tierras para labor y de monte para pastos; senaras concejiles ó campos de concejo labrados vecinalmente para la hacienda de la municipalidad ó para mejoras públicas; cultivos cooperativos por el vecindario (rozadas, bouzas ó artigas comunales); vitas ó quiñones en usufructo vitalicio; plantíos privados en suelo concejil; compascuo ó derrota de mieses; acomodo de ganados en pastos concejiles y rastrojeras privadas; prados de concejo, su importancia y formas de su distribución. etc.;—colmenares trashumantes; ejercicio mancomunado de la ganadería, hatos ó rebaños en común, veceras, pastores y sementales de concejo, corrales de concejo, seles, etc.;—cooperación: andechas, lorras, esfoyazas, seranos ó hilanderas, hermandades, asociaciones para el cultivo de tierras en días festivos, campos de fábrica, piaras y cultivos de cofradías y destino de sus productos; banquetes comunes de cofradía ó de concejo; socorro mutuo y cualesquiera otras instituciones de prevision y de crédito, seguros locales sobre la vida del ganado, asociaciones de policía rural (como las Cortes de pastores de Castellón), etc.;—recolección en común y reparto de leña, bellota, esparto, corcho, árgoma, etc.;—participación en los beneficios, así en fábricas y talleres como en la pesca marítima y en los campos, «ahorro» de los pastores, pegujar de los gañanes, etc.;—artes é industrias asociadas á la labranza (labradores y pescadores, labradores y alfareros, labradores y tejedores, labradores y gaiteros, etc.);—supresión, atenuación ó regularización de la competencia industrial, turno de productos para la venta, tiendas reguladoras;—lecherías cooperativas;—alumbramiento de aguas para riego y régimen comunal de las mismas, regadores públicos, sistema de tandeo, mercado de agua para riego, etc.;—comunidades agrarias ó rurales, constitución y gobierno del municipio y de las parroquias ó concejos, prácticas de democracia directa y de referéndum, formación y revisión de ordenanzas y libros de pueblo; beneficencia, campos de viudas, enfermos y huérfanos, turno de pobres, andechas benéficas, quiñones de tierra repartidos anualmente á braceros menesterosos; cultivo obligatorio de huerta, plantación obligatoria de árboles;—artefactos y establecimientos concejiles; molinos, herrerías, tejerías, batanes, tabernas y carnicerías de concejo; creación y explotación de cazaderos por los Ayuntamientos;—jurados y tribunales populares de aguas, de pesca, de policía rural ó urbana y su procedimiento; el concejo en funciones de tribunal; penalidad, multas en vino para los regidores ó para el vecindario, etc.; catastros ó repartimientos extralegales de tributos, transmisiones y titulación popular de la propiedad inmueble; facerías, alera foral y comunidades de pastos, etc., etc.

Los aspirantes al premio procurarán, siempre que sea posible

documentar sus descripciones de costumbres, agregándoles copias de contratos, sean públicos ó privados y de ordenanzas ó reglamentos, cuando la práctica los lleve consigo. En todo caso expresarán las fuentes de información de que se hayan valido (nombres, profesión y domicilio de los informantes, etc.), y darán razón del procedimiento seguido en el estudio de cada costumbre á fin de asegurar de algún modo la autenticidad de las referencias.—Se verá con agrado que añadan un croquis sencillo de la comarca objeto de cada Memoria, en el cual aparezcan distinguidas con tinta ó lápiz de color las localidades á quienes las costumbres compiladas se atribuyan.

Se observarán asimismo las reglas siguientes:

1.^a El autor ó autores de las Memorias que resulten premiadas obtendrán, además de la recompensa metálica expresada, una *medalla de plata*, un *diploma* y *doscientos* ejemplares de la edición académica, que será propiedad de la Corporación.

Esta concederá el título de académico correspondiente al autor en cuya obra hallare mérito extraordinario.

2.^a Adjudique ó no el premio, declarará *accésit* á las obras que considere dignas; el cual consistirá en un diploma, la impresión de la Memoria y entrega de 200 ejemplares al autor.

Se reserva el derecho de imprimir los trabajos á que adjudique premio ó accésit, aunque sus autores no se presenten ó los renuncien.

3.^a Las obras ó Memorias han de ser inéditas y presentarse escritas en español, con letra clara, señaladas con un lema; se dirigirán al secretario de la Academia (1), debiendo quedar en su poder antes de las doce del día en que expira el plazo de admisión; su extensión no podrá exceder de la equivalente á un libro de 500 páginas, impresas en planas de 37 líneas de 22 cíceros, letra del cuerpo 10 el texto y del 8 en las notas.

Cada autor remitirá con su Memoria un pliego cerrado, señalado en la cubierta con el lema de aquélla y que dentro contenga su firma y la expresión de su residencia.

4.^a Los autores de las Memorias recompensadas con premio ó accésit conservarán la propiedad literaria de ellas.

No se devolverá en ningún caso el ejemplar de las que se presenten al concurso.

5.^a Concedido el premio ó accésit, se obrirá en sesión ordinaria el pliego ó pliegos cerrados correspondientes á las Memorias en cuyo favor recaiga la declaración; los demás se inutilizarán en Junta pública. En igual acto tendrá lugar la solemne adjudicación de aquellas distinciones.

6.^a A los autores que no llenen las condiciones expresadas, que en el pliego cerrado omitan su nombre ó pongan otro distinto, no se les otorgará premio. Tampoco se dará á los que quebranten el anónimo.

(1) La Academia se halla establecida en la Casa de los Lujanes, plaza de la Villa, núm. 2, principal.

7.^a Los académicos de número de esta Corporación no pueden tomar parte en el concurso.

Madrid 30 de Mayo de 1906.—Por acuerdo de la Academia, *Eduardo Sanz y Escartín*, académico secretario.

* * *

Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.—*Programa para el concurso ordinario de 1907 que abre esta Real Academia con arreglo á sus estatutos.*—*Tema: Examen y juicio de la explotación exclusiva por el Estado de tierras, industrias, vías de comunicación, etc.*

En este concurso se observarán las reglas siguientes:

1.^a El autor de la Memoria que resulte premiada obtendrá una *medalla de plata, dos mil quinientas pesetas* en metálico, un *diploma* y *doscientos* ejemplares de la edición académica, que será propiedad de la Corporación.

Cuando la Academia reconozca mérito suficiente en varias Memorias para obtener el premio, podrá distribuir el valor del mismo en porciones iguales ó desiguales, entregando también á los autores la medalla, diploma y 200 ejemplares impresos de su trabajo.

2.^a La Corporación concederá el título de académico correspondiente al autor en cuya obra hallare mérito extraordinario.

3.^a Adjudique ó no el premio, declarará *accésit* á las obras que considere dignas, el cual consistirá en un diploma, la impresión de la Memoria y la entrega de 200 ejemplares al autor.

Se reserva el derecho de imprimir los trabajos á que adjudique premio ó accésit, aunque sus autores no se presenten ó los renuncien.

4.^a Las obras han de ser inéditas y presentarse escritas en español, con letra clara y señaladas con un lema y el tema; se dirigirán al secretario de la Academia (1), debiendo quedar en su poder antes de las doce del día 30 de Septiembre del año 1907; su extensión no podrá exceder de la equivalente á un libro de 500 páginas, impresas en planas de 37 líneas de 22 cíceros, letra del cuerpo 10 en el texto y del 8 en las notas.

Cada autor remitirá con su Memoria un pliego cerrado, señalado en la cubierta con el lema de aquélla y que dentro contenga su firma y la expresión de su residencia.

5.^a Los autores de las Memorias recompensadas con premio ó accésit conservarán la propiedad literaria de ellas.

No se devolverá en ningún caso el ejemplar de las que se presenten al concurso.

6.^a Concedido el premio ó accésit, se abrirá en sesión ordinaria el pliego cerrado correspondiente á la Memoria en cuyo favor recaiga la declaración; los demás se inutilizarán en Junta pública.

(1) La Academia se halla establecida en la Casa de los Lujanes, plaza de la Villa, núm. 2, principal.

En igual acto tendrá lugar la solemne adjudicación de aquellas distinciones.

7.^a A los autores que no llenen las condiciones expresadas, que en el pliego cerrado omitan su nombre ó pongan otro distinto, no se les otorgará premio. Tampoco se dará á los que quebranten el anónimo.

8.^a Los académicos de número de esta Corporación no pueden tomar parte en el concurso.

Madrid 30 de Mayo de 1906.—Por acuerdo de la Academia, *Eduardo Sanz y Escartín*, académico secretario.

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

Línea de Filipinas.—Trece viajes anuales, arrancando de Liverpool y haciendo las escalas de Coruña, Vigo, Lisboa, Cádiz, Cartagena, Valencia, para salir de Barcelona cada cuatro sábados, ó sean 6 Enero, 3 Febrero, 3 y 31 Marzo, 28 Abril, 26 Mayo, 23 Junio, 21 Julio, 18 Agosto, 15 Septiembre, 13 Octubre, 10 Noviembre y 8 Diciembre, directamente para Génova, Port-Said, Suez, Colombo, Singapore y Manila. Salidas de Manila cada cuatro martes, ó sean 23 Enero, 20 Febrero, 20 Marzo, 17 Abril, 15 Mayo, 12 Junio, 10 Julio, 7 Agosto, 4 Septiembre, 2 y 30 Octubre, 27 Noviembre y 25 Diciembre, haciendo las mismas escalas que á la ida hasta Barcelona, prosiguiendo el viaje para Cádiz, Lisboa, Santander y Liverpool. Servicio por trasbordo para y de los puertos de la costa oriental de Africa, de la India, Java, Sumatra, China, Japón y Australia.

Línea de Cuba Méjico.—Servicio mensual á Habana y Veracruz, saliendo de Bilbao el 17, de Santander el 20 y de Coruña el 21, directamente para Habana y Veracruz. Salidas de Veracruz el 16 y de Habana el 20 de cada mes, directamente para Coruña y Santander. Se admite pasaje y carga para Costafirme y Pacífico, con trasbordo en Habana al vapor de la línea de Venezuela-Colombia. Combinaciones para el litoral de Cuba é Isla de Santo Domingo.

Línea de New-York, Cuba Méjico.—Servicio mensual, saliendo de Génova el 21, de Nápoles el 23, de Barcelona el 26, de Málaga el 28 y de Cádiz el 30, directamente para New-York, Habana y Veracruz. Regreso de Veracruz el 26 y de Habana el 30 de cada mes, directamente para New-York, Cádiz, Barcelona y Génova. Combinaciones con distintos puntos de los Estados Unidos y litorales de Cuba. También se admite pasaje para Puerto Plata, con trasbordo en Habana.

Línea de Venezuela-Colombia.—Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 11, el 13 de Málaga y de Cádiz el 15 de cada mes, directamente para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico, Habana, Puerto Limón, Colón, de donde salen los vapores el 12 de cada mes para Sabanilla, Curaçao, Puerto Cabello, La Guayra, etc. Se admite pasaje y carga para Veracruz, con trasbordo en Habana. Combina por el ferrocarril de Panamá con las Compañías de navegación del Pacífico, para cuyos puertos admite pasaje y carga con billetes y conocimientos directos. Combinación para el litoral de Cuba y Puerto Rico. Se admite pasaje para Puerto Plata, con trasbordo en Puerto Rico, y para Santo Domingo y San Pedro de Macoris, con trasbordo en Habana. También carga para Maracaibo, Carúpano, Coro y Cumaná, con trasbordo en Puerto Cabello, y para Trinidad, con trasbordo en Curaçao.

Línea de Buenos Aires.—Servicio mensual, saliendo de Génova el 1, de Barcelona el 3, de Málaga el 5 y de Cádiz el 7, directamente para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires el día 1 y de Montevideo el 2 directamente para Canarias, Cádiz, Barcelona y Génova. Combinación por trasbordo en Cádiz con los puertos de Galicia y Norte de España.

Línea de Canarias.—Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 17, de Valencia el 18, de Alicante el 19 y de Cádiz el 22, directamente para Tánger, Casablanca, Mazagán, Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife y Santa Cruz de la Palma, con retorno á Santa Cruz de Tenerife, para emprender el viaje de regreso el día 1.º, haciendo las escalas de las Palmas, Cádiz, Alicante, Valencia y Barcelona.

Línea de Fernando Poo.—Servicio bimestral, saliendo de Barcelona el 25 de Enero y de Cádiz el 30, y así sucesivamente cada dos meses para Fernando Poo, con escalas en Las Palmas y otros puertos de la costa occidental de Africa y Golfo de Guinea. Regresan de Fernando Poo el 26 de Febrero, y así sucesivamente cada dos meses, haciendo las mismas escalas que á la ida para Cádiz y Barcelona.

Línea de Tánger.—Salidas de Cádiz: Lunes, miércoles y viernes para Tánger, con extensión á los puertos de Algeciras y Gibraltar.

Salidas de Tánger: Martes, jueves y sábados para Cádiz.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias, á viajantes del comercio y por pasajes de ida y vuelta. Precios convencionales por camarotes de lujo. También se admite carga y se expiden pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares. La empresa puede asegurar las mercancías que se embarquen en sus buques.

Avisos importantes.—*Rebajas en los fletes de exportación.*—La Compañía hace rebajas de 30 % en los fletes de determinados artículos, con arreglo á lo establecido en la R. O. del Ministerio de Agricultura, Industria y Comercio y Obras Públicas de 14 Abril 1904, publicada en la *Gaceta* de 22 del mismo mes.

Servicios comerciales.—La sección que de estos Servicios tiene establecida la Compañía se encarga de bajar en Ultramar los muestrarios que le sean entregados y de la colocación de los artículos cuya venta, como ensayo, deseen hacer los exportadores.

REVISTA CONTEMPORÁNEA

LA REVISTA CONTEMPORÁNEA se publica mensualmente en cuadernos de 128 páginas en 4.º

PRECIO DE SUSCRICIÓN

MADRID	Pesetas.	PROVINCIAS	Pesetas.	EXTRANJERO Y ULTRAMAR	Pesetas.
Tres meses.....	5	Tres meses.....	5	Seis meses.....	15
Seis meses.....	10	Seis meses.....	10	Un año.....	25
Un año.....	20	Un año.....	20		

Número suelto, 2 pesetas en toda España.

Representante en Londres: ANG. SIEGLE, 30, Lime street.

BANCO VITALICIO DE ESPAÑA

Sociedad anónima de seguros sobre la vida á prima fija.

CAPITAL SOCIAL.....	Ptas.	15.000.000
RESERVAS GENERALES.....		20.554.750,68

Formando un total de **treinta y cinco millones** quinientas cincuenta y cuatro mil setecientas cincuenta pesetas y sesenta y ocho céntimos.

Pagado á los asegurados hasta 31 Diciembre de 1905.....	Ptas.	33.699.941,37
---	-------	----------------------

Esta Sociedad se dedica á constituir capitales pagaderos á la muerte del asegurado ó á un plazo determinado para la formación de dotes, redención de quintas y demás combinaciones análogas, rentas vitalicias inmediatas ó diferidas y compra de usufructos y nudas propiedades.

REPRESENTACIONES EN TODA ESPAÑA

DOMICILIO SOCIAL
Ancha, 64.
BARCELONA



AGENCIA GENERAL
DE MADRID
ALCALÁ, 49

LA CATALANA

SOCIEDAD DE SEGUROS CONTRA INCENDIOS Y EXPLOSIONES
Á PRIMA FIJA

40 AÑOS DE EXISTENCIA

Garantías...	Capital social.....	Ptas.	15.000.000	21.476.546
	Reservas y primas.....		16.476.546	

Capitales asegurados en 31 de Diciembre 1904: **Ptas. 1.772.623.810.**

Fondos colocados en inmuebles situados en Barcelona y en valores de mayor garantía.

Siniestros satisfechos: **8.150**, que importan **Ptas. 9.751.847,29.**

DOMICILIADA EN BARCELONA

RAMBLA DE CATALUÑA, 15, Y CORTES, 624

Representada en todas las provincias de España.